Referencias bibliográficas

Abendroth, Wolfgang (1983), *Historia social del movimiento obrero,* Barcelona, Laia, cap. 2 "La Asociación Internacional de Trabajadores", pp. 35-50.

Fieldhouse, David K. (1977), *Economía e imperio. La expansión de Europa, 1830-1914,* Madrid, Siglo XXI, cap. 4 "Interpretaciones políticas, populares y periféricas del imperialismo", pp. 74-101.

Gay, Peter (1992), *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud,* I. *La educación de los sentidos,* México, Fondo de Cultura Económica, cap. 2 "Dulces comuniones burguesas", pp. 103-158.

Hobsbawm, Eric (1987), *El mundo del trabajo,* Barcelona, Crítica, cap. 9 "La formación de la cultura obrera británica", pp. 216-237.

— (1989), *La era de imperio (1875-1914),* Barcelona, Labor, cap. 3 "La era del imperio" y cap. 4 "La política de la democracia", pp. 56-112.

— (1991), *Nations and Nationalism since 1780. Programme, Myth, Reality,* Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, cap. 4 "The Transformation of Nationalism", pp. 101-130.

— (1998), *La era del capital, 1848-1875,* Buenos Aires, Crítica, cap. 12 "Ciudad, industria y clase obrera" y cap. 13 "El mundo burgués", pp. 217-259.

Kemp, Tom (1976), *La Revolución Industrial en la Europa del siglo XIX,* Barcelona, Fontanella, cap. 3 "El desarrollo económico francés ¿una paradoja?" y cap. 4 "El nacimiento de la Alemania industrial", pp. 79-166.

Kinder, Hermann y Hilgemann, Werner (1978), *The Penguin Atlas of World History. Volume II: From the French Revolution to the Present,* Middlesex-Nueva York, Penguin Books, pp. 62-121.

Mommsen, Wolfgang (1973), *La época del Imperialismo,* Madrid, Siglo XXI, cap. 1 "Las ideologías políticas", pp. 5-34.

Palmade, Guy (1978), *La época de la burguesía,* Madrid, Siglo XXI, pp. 133-164 y 196-212.

Perrot, Michelle (1987), "La famille triomphante", en Philippe Ariès y George Duby (dirs.), *Histoire de la vie privee,* vol. IV: *De la Revolution à la Grande Guerre,* París.

CAPÍTULO V
EL SIGLO XX: LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA (1914-1991)

1. El mundo en crisis (1914-1945)

1914: continuidades, rupturas y significados

¿El año 1914 puede ser considerado un punto de inflexión en la historia? En rigor, muchos de los elementos que caracterizan al siglo XX se originaron en el medio siglo que va desde la gran depresión a la guerra mundial: los modernos partidos políticos, los sindicatos obreros, los sistemas de tipo representativo, la internacionalización de la economía, concepciones de la sociedad, el cine, el psicoanálisis, el automóvil, etc. Muchos elementos parecen indicar más continuidades que rupturas. De un modo u otro, 1914 fue considerado un punto de inflexión por sus propios contemporáneos. Para la mayor parte de los europeos de la época, 1914 significaba el fin de una era. Las preguntas entonces son: ¿por qué los contemporáneos vivieron así esta fecha?, ¿cuáles son las razones de ese significado?

Hacia 1914, nos encontramos con un mundo (sobre todo en las áreas geográficas que interesan para nuestro análisis, Europa y Estados Unidos) densamente poblado. La población europea, por ejemplo, había ascendido de 200 millones en 1800, a 430 millones en 1900. Y esto sin tener en cuenta los movimientos migratorios que habían trasladado europeos a América y Australia. Era un mundo cada vez más integrado por el movimiento de personas, de bienes, de capitales, de servicios y de ideas. Movimientos que se vieron favorecidos por la transformación de las comunicaciones: el ferrocarril, los barcos a vapor, el automóvil y, fundamentalmente, el teléfono y el telégrafo, elementos básicos para la comunicación de masas. Y esta integración estaba dada por la expansión del capitalismo que, ya nadie dudaba, se había transformado en un sistema mundial.

Era un mundo integrado pero a la vez dividido en sociedades "avanzadas" y "atrasadas", en regiones económicamente ricas y pobres, en países

política y militarmente fuertes y débiles. Este panorama de integración y diferenciación, que estuvo ya claramente esbozado antes de 1914, se acentuó en forma notable durante el siglo XX. La relación de la renta *per cápita*, por ejemplo, entre países "desarrollados" y "subdesarrollados" fue, en 1880, de 1 a 2; en 1913, de 1 a 3; en 1950 de 1 a 5, y en 1970, de 1 a 7. En síntesis, las diferencias se hicieron cada vez más notables.

Esta diferenciación es económica pero también política. El desarrollo tecnológico, por ejemplo, en los países avanzados no tiene sólo implicancias económicas, sino también militares. Cuando Napoléon invadió Egipto, franceses y mamelucos se enfrentaron con equipos militares más o menos semejantes. Pero esta relación de fuerza fue transformada con la industrialización: para los países "avanzados" fue cada vez más fácil conquistar a un país "atrasado". Incluso, después de 1914, la relación entre los países avanzados quedó expresada en términos militares y de capacidad bélica en una tendencia que llegó hasta el desarrollo de la tecnología nuclear: el mundo se dividió en áreas que se reconocían en términos de misiles, de acuerdo con su capacidad destructiva. De esta manera se enfrentaron los Estados Unidos y la Unión Soviética, hasta alcanzar niveles como el proyecto de la Guerra de las Galaxias durante el gobierno de Ronald Reagan.

En 1914 ya era muy claro que existían países avanzados y países atrasados, sólo que sus límites no estaban claramente establecidos. Muchas zonas de Europa todavía estaban afuera del límite del desarrollo capitalista. Rusia, por ejemplo, era un país "atrasado", área además de inversión imperialista para los capitales franceses. Su desarrollo era incomparablemente inferior al de los Estados Unidos que en 1914 tenía un ritmo de industrialización que permitía prever su futuro de gran potencia. Sin embargo, ningún contemporáneo culto dudaba de que Rusia (o por lo menos la intelectualidad rusa) constituía uno de los más poderosos bastiones de la cultura europea. Eran nombres de las postrimerías del siglo XIX y de comienzos del siglo XX, Dostoievsky, Chaicovsky, Tolstoi, Borodin, Chéjov, Rimski-Korsakov, etc. Eran además nombres incomparables con los pocos que podían proporcionar los Estados Unidos: el escritor Mark Twain y el poeta Walt Whitman. Incluso, el novelista estadounidense Henry James (que muere en 1916), se había radicado en Gran Bretaña en búsqueda de un clima intelectual más favorable para la creación literaria. En síntesis, para cualquier europeo culto, Estados Unidos era sinónimo de salvajismo mientras que Rusia era un relevante centro intelectual. Indudablemente, los límites se clarificaron en los años siguientes.

El mundo "avanzado" se caracterizaba por una serie de procesos que comenzaron antes de 1914 y que se intensificaron a lo largo del siglo XX.

En primer lugar, el crecimiento de las ciudades se caracterizó por procesos de urbanización ligados a la industrialización, a la transformación de las estructuras agrícolas, a la mayor complejidad de los servicios y de la administración privada y estatal. En segundo lugar, el desarrollo de modelos de instituciones deseables: un país debía constar de un Estado territorial homogéneo y soberano e integrado por "ciudadanos", es decir, individuos con derechos legales y políticos. En rigor, estas dos cuestiones se vinculaban con la irrupción de las masas, fenómeno que se dio desde las postrimerías del siglo XIX y que caracterizó al desarrollo de todo el siglo XX. Por un lado, las ciudades eran cada vez más conglomerados de individuos, donde se visualizaba con mayor nitidez la presencia de la gente "común"; por otro lado, todo el mundo occidental (incluyendo a Rusia, desde 1905) avanzaba hacia un sistema político basado en un electorado cada vez más amplio, dominado por el peso de esa misma gente "común".

Esta irrupción de las masas tuvo como corolario la movilización política de las masas, fundamentalmente en épocas eleccionarias. Esta movilización implicó el desarrollo de partidos y organizaciones de masas, políticas de propaganda y desarrollo de medios de comunicación masiva. La prensa "popular", en los años previos al año 1914, alcanzó una importancia fundamental para los políticos que debían dirigirse a electorados cada vez más masivos.

¿Quiénes integraban esta gente "común" o esta masa? Por un lado, la clase obrera, pero sobre todo los hombres y las mujeres integrantes de una nueva clase media de "cuello blanco" (empleados de la administración pública y privada, por ejemplo) que procuraban diferenciarse de la clase obrera (de la que frecuentemente habían salido) a través de la educación, de formas de vestirse y de vida diferentes. Y no sólo aspiraban a diferenciarse de la clase obrera, sino que también aspiraban a ascender socialmente a los estratos superiores (ascenso que logran algunos a través de la educación universitaria, por ejemplo). Pero muchos, la mayoría, se sentían entrampados entre los ricos y los obreros y defendieron sus posiciones a través de distintas manifestaciones ideológicas, que, como veremos, integraban elementos como la xenofobia y el antisemitismo. El caso Dreyfus (1994-1906) constituye en este sentido un ejemplo significativo.

Los sectores dirigentes no tenían problemas en ampliar los marcos de la participación en tanto pudieran mantener los controles. En este sentido, la gente pequeña se transformó en la base de sus operaciones, la destinataria de un discurso demagógico que apelaba a sus principales temores. Más problemática era la inclusión en el sistema político del socialismo y del movimiento obrero. Ya desde fines del siglo XIX y comienzos del XX, se dise-

ñaron entonces dos tipos de estrategias: en primer lugar, la incorporación de los sectores más moderados al sistema parlamentario, lo que provocó el aislamiento de las minorías más radicalizadas que aspiraban a una salida revolucionaria; en segundo lugar, ante la convicción de que cuanto menos fueran los descontentos, menores serían los problemas: una salida fue el desarrollo de programas de asistencia social, que se alejaban del liberalismo clásico y preanunciaban algunas políticas del Estado de bienestar. Hacia comienzos de siglo, el triunfo de este sistema de participación política ampliada llevó cada vez más a identificar la democracia con la estabilidad económica del capitalismo.

La irrupción de las masas era también signo de que los viejos mecanismos de subordinación social habían dejado de existir. Las antiguas lealtades campesinas, las relaciones personalizadas de la aldea o aún de la fábrica desaparecían y eran cada vez más reemplazadas por la imagen de una abstracta subordinación de hombres (las mujeres carecían de derechos políticos) supuestamente iguales frente al Estado. El problema era entonces cómo asegurar la lealtad de los ciudadanos al Estado o, dicho de otra manera, cómo construir la legitimidad del Estado. Y esto se vincula, como dice Hobsbawm, con la "invención de las tradiciones",[1] "tradiciones" difundidas por el Estado, a través de circuitos institucionales, como por ejemplo, las escuelas. Es importante recordar que una tradición, si bien hace alusión al pasado, no es un trozo inherte de ese pasado, sino una selección intencional que hace referencia al presente. En síntesis, toda tradición tiene fundamentalmente un significado contemporáneo. Estas "tradiciones" se expresaron en la creación de símbolos y ritos que configuraron el cuerpo de la nación. Los años previos a la guerra (1890-1914) fue el período de auge de la creación de símbolos patrios o de apropiación o de incorporación de símbolos: fue el caso, por ejemplo, de La Marsellesa, que de himno jacobino o "rojo" se transformó en el himno nacional de Francia (lo que a su vez llevó a que el movimiento obrero tuviera que crear un contra-símbolo, la célebre marcha "La Internacional"). Pero el "patriotismo" también se confundió con un nacionalismo que sufrió profundas transformaciones.

Un nacionalismo con prejuicios raciales prendió en amplios sectores de las masas, antes y después de la Gran Guerra. El prejuicio racial permitía a la gente común, a los pequeños que aspiraban al ascenso social, participar de una ilusoria superioridad y, de este modo, canalizar resentimientos. Dicho de otra manera, permitía compensar la inferioridad social con

[1] Véase Hobsbawm, Eric J. (1983), "Introduction: Inventing Traditions", pp. 1-14.

la ilusión de la superioridad racial. El antisemitismo además no sólo permitía esta compensación, sino que también podía exculpar de males al capitalismo. Al estar dirigido fundamentalmente hacia los banqueros y empresarios, a quienes se identificaba con los prejuicios que el capitalismo infligía la gente común, era fácil desplazar las responsabilidades.[2]

La xenofobia y el nacionalismo afloraron en sus peores expresiones a comienzos de la guerra. A pesar de que la Internacional, e incluso el Papado, recomendaron la neutralidad y la pacificación, los europeos marcharon con fervor patriótico a la guerra. Los estados pudieron probar la lealtad de los ciudadanos con una guerra que permitió construir la imagen de un "nosotros" víctima de una agresión, frente a un "otro" que representaba una amenaza mortal para los valores que encarnaba el "nosotros".

Pese a las permanencias, los contemporáneos percibieron el estallido de la guerra, y los años subsiguientes, como una ruptura. ¿Por qué? Porque las burguesías habían vivido durante la última década del siglo XIX anunciando un cataclismo, la guerra o la revolución. Y durante esos años se cumplieron sus peores pesadillas: estalló la Gran Guerra y en Rusia se impuso la revolución bolchevique.

¿Por qué las burguesías habían esperado un cataclismo? Pese a la expansión económica que Europa vivía desde 1890, la burguesía habían vivido su situación como algo cada vez más incierto. En primer lugar, había sido desplazada de la influencia política por el ascenso de las masas. Excepto un grupo que se constituyó en "grupo dirigente" o "clase política", la burguesía había dejado de pesar políticamente en un mundo que debía contar con el apoyo de las mayorías. De allí, su abandono del liberalismo y su refugio en el conservadurismo. Pero en segundo lugar, el propio estatus de la burguesía estaba puesto en duda en una sociedad donde el ascenso social y la desaparición de las antiguas jerarquías tornaban a las diferencias de clase en algo cada vez más borroso. La sociedad de 1914 era una sociedad que le costaba reconocerse. La misma sociología de comienzos de siglo expresa esta visión con sus interminables debates sobre clases y estatus social, con el tácito objetivo de reclasificar a la sociedad.

Por un lado, los límites entre burguesía y aristocracia eran cada vez más difusos: la burguesía no desdeñaba los títulos de nobleza y el dinero era un criterio de aristocracia que opacaba los viejos criterios de nacimiento y la herencia. Pero también eran cada vez más borrosos los criterios que separaban a la burguesía de las otras clases subalternas. La dificultad co-

[2] Véase Anderson, Benedict (1993).

menzaba con la expansión del sector terciario, de un trabajo que era subalterno y asalariado pero que no era trabajo manual y que exigía cierta calificación y cierta educación formal. Y, como señalábamos, es importante el reconocimiento que de sí mismos hacen esos sectores: se negaban a ser considerados clase obrera y aspiraban, aun a costa de grandes sacrificios, a incorporar el estilo de vida de las clases respetables. De este modo, la movilidad social, por un lado, y, por otro, la difusión de ciertos modos de vida asociados a la burguesía, como el acceso a una educación formal (incluso, universitaria), ciertas formas de ocio (como el turismo o la práctica de un deporte) comenzaban a borrar los límites de clases.

A esto se sumaba la aparición de grupos sociales nuevos vinculados con la complejización de la administración pública y privada: profesionales de alto rango, ejecutivos asalariados (como los gerentes) y los funcionarios más elevados que muy pronto se confundieron con los empresarios estrictamente burgueses. En síntesis, la identidad burguesa había entrado en crisis.

La idea de ruptura expresa fundamentalmente esta crisis de la identidad burguesa. Y la cuestión aparecía claramente esbozada en el campo de la cultura. En efecto, la alta cultura dejó de ser un coto de la burguesía. La educación de masas amplió el campo a nuevos sectores sociales: la música, la ópera, el ballet comenzaron a ampliar su público. Cada vez más era el número de niñas de familias que buscaban signos de respetabilidad social, abocadas al estudio del piano. Pero la democratización de la cultura se dio fundamentalmente sobre la base de la combinación entre tecnología y descubrimiento del mercado de masas. La edición de novelas baratas y la aparición de la industria discográfica fueron un claro ejemplo de esto.

Pero tal vez el signo más importante de esta democratización de la cultura que sintetizaba tecnología y mercado de masas fue la aparición del cine. La cinematografía apareció poco antes de 1914 y, después de la guerra, se difundió espectacularmente como la forma de cultura popular por excelencia. La expansión del cine fue un fenómeno sin precedentes dentro del campo de la cultura por la universalidad que alcanzó. Las primeras imágenes en movimiento fueron exhibidas en ferias de diversiones entre 1895 y 1896 en París, Berlín y New York. Sólo diez años después, ya casi todas las ciudades europeas y de Estados Unidos contaban con numerosas salas de cine que apuntaban a un público popular. Además, el cine se mostró muy pronto como un buen negocio y generó una auténtica industria: Universal Films, Warner Brothers y Metro-Goldwyn-Mayer fueron las tres empresas cinematográficas que se iniciaron en Estados Unidos en 1905. En 1912 ya se establece el *film star system*, sistema que creaban los estudios Universal

para su principal *star*, Mary Pickford. Dicho de otra manera, ya antes de 1914 se esbozaba el reinado del cine de Hollywood. Era todavía cine "mudo" (el cine sonoro comenzará en la década de 1920) lo que constituía una ventaja porque estaba libre de las restricciones idiomáticas.

Además de esta democratización de la cultura, otra área donde se expresa la crisis de identidad es en el ámbito de las ideas, o en un sentido más general, de las concepciones del mundo. Las ideas del progreso, percibido como un progreso indefinido, y de la ciencia, los principios del positivismo y del evolucionismo habían sido los principios rectores del pensamiento en la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, en los años previos a 1914, el sentimiento de la proximidad del cataclismo llevaron a perder confianza en la razón y la idea del progreso indefinido. Las preocupaciones pusieron entonces el acento en lo irracional. Cobraron cada vez más importancia aquellos aspectos de la realidad que aparecían como ocultos o inexplicables. Dicho de otra manera, la preocupación por lo desconocido o por lo incomprensible ocupaba el primer plano. De allí el éxito que alcanzó Sigmund Freud.

Freud, psiquiatra austríaco –a través del psicoanálisis, una teoría y una terapéutica–, señalaba que lo racional sólo podía ser explicado por las manipulaciones de lo oculto, es decir, del inconsciente. Las teorías de Freud tuvieron un alto impacto en ciertas élites ilustradas que ya hacia 1918 comenzaron a incorporar a su lenguaje términos psicoanalíticos. Y este éxito se debió no sólo a esta intención de develar lo oculto, de rescatar la importancia de la irracionalidad, sino también porque Freud incluyó, como punto central de su teoría, otra de las problemáticas que preocupaba a sus contemporáneos: la sexualidad. Freud fue percibido como aquel que rompía con los tabúes sexuales, que indagaba en un campo de la conducta humana que también pertenecía al campo de lo oculto.

Si la aparición del psicoanálisis, con su eje en la importancia de la irracionalidad, es uno de los indicios de la crisis de la identidad de la sociedad burguesa, otro indicio de esta crisis lo encontramos en los desarrollos de la sociología, a partir de los primeros años del siglo XX. Dos fueron los nombres de los sociólogos más significativos: Emile Durkheim (francés) y Max Weber (alemán). La principal pregunta que cada uno por su lado intentaba responder fue: ¿cómo mantienen la cohesión las sociedades cuando desaparecen de ellas los antiguos elementos de cohesión, como, por ejemplo, la costumbre? La pregunta estaba referida precisamente a las sociedades de masas y la preocupación fundamental era tratar de mantener bajo control los cambios sociales, cómo manejar las situaciones de "anomia", es decir, de falta de normas. Y no es casual que ambos, Durkheim y Weber –pese a ser

hombres manifiestamente ateos– hayan centrado sus estudios en el tema de la religión, para sostener que toda sociedad necesitaba de una religión o de un sustituto de religión para poder mantener su cohesión.

En síntesis, fue esta crisis de identidad social lo que llevó a la espera de un colapso expresado en la guerra o en la revolución, y ambas llegaron finalmente: la guerra en 1914 y la revolución en 1917. De allí la percepción de estos años como una ruptura, como el fin de una época y el comienzo de otra.

La guerra y la revolución

1914: el comienzo de la guerra

El mismo desarrollo capitalista había conducido a la expansión imperialista y a la rivalidad entre potencias. Y finalmente, condujo al enfrentamiento bélico. Esto no significa que los hombres de negocios conscientemente hayan querido la guerra; de hecho, eran quizá de los pocos que no la querían: sabían que la guerra significaba el disloque del mundo de los negocios y la quiebra de los mercados. Estaba muy claro que por el desarrollo tecnológico alcanzado, por la capacidad de los estados para movilizar a sus ciudadanos y enviar ejércitos a grandes distancias, la guerra que se anunciaba se presentaba como la más destructiva de bienes y de vidas. Sin embargo, el mismo desarrollo económico había generado una serie de rivalidades que presentaban la guerra como la única vía posible para ajustar las diferencias. Frente a Gran Bretaña se levantaba Alemania, cuyo poder económico y su crecimiento industrial la habían colocado como la primera potencia del continente europeo. Cada vez más se identificaba a las grandes potencias por su poder económico, pero también por su poder político, militar y tecnológico. Y esta fusión entre poder económico y poder político-militar hizo al conflicto inevitable.

Hasta ahora la diplomacia, estableciendo claramente sus objetivos (determinando, por ejemplo, cuáles eran las zonas de influencia de cada país), había limado las rivalidades, había puesto límites a la expansión. Sin embargo, la lógica de la acumulación capitalista era diferente a la lógica de la política. La acumulación capitalista implica la ausencia de todo límite. Para la Standard Oil, por ejemplo, su expansión dependía del control del petróleo esté donde esté, independiente de todo control diplomático y de toda zona de influencia. La Standard Oil no buscaba petróleo en las zonas de influencia, sino que procuró que el Estado estableciera su zona de influencia allí donde hubiera petróleo. Dicho de otra manera, los antiguos límites impuestos por la diplomacia tendían a desaparecer.[3]

Dentro de esta lógica, la rivalidad de Gran Bretaña y Alemania se intensificó cuando Alemania no respetó sus viejos límites de potencia continental y comenzó la construcción de una gran armada que fue percibida como una amenaza por el Imperio británico. En medio del clima de nacionalismos triunfantes, esta pérdida de límites transformó a las viejas rivalidades entre países (por ejemplo, la de Francia y Alemania después de la guerra francoprusiana) en dos bloques rígidos y cada vez más hostiles: por un lado, Gran Bretaña, Francia y Rusia; por otro, Alemania y el Imperio Austro-Húngaro (posteriormente durante el transcurso de la guerra, Estados Unidos e Italia se habrán de agregar a los primeros y Bulgaria y el Imperio otomano, a los segundos).

En medio de una creciente tensión internacional, la crisis de los Balcanes encendió la pólvora. En 1908, el Imperio Austro-Húngaro había anexado las provincias serbias de Bosnia y Herzegovina. El 28 de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando, sobrino del emperador Francisco José y heredero del trono, fue asesinado en Sarajevo, por los nacionalistas serbios. El incidente llevó entonces a que el Imperio austro-húngaro declarase la guerra a Serbia. Crisis políticas semejantes ya habían ocurrido y se habían zanjado con pactos diplomáticos más o menos satisfactorios para las partes afectadas. Pero las intenciones de las cancillerías europeas de lograr un nuevo equilibrio no funcionaron. Sería además demasiado simplista pensar que los gobiernos estaban ansiosos por ir a la guerra para superar sus problemas internos (en Francia, el debate por el servicio militar; en Inglaterra, la cuestión irlandesa). Lo cierto es que los países europeos se vieron atrapados en una dinámica que los llevó a un enfrentamiento de proporciones inéditas.

Rusia, sostenida a su vez por las diplomacias británica y francesa, declaró su apoyo a Serbia. De este modo, el 28 de julio de 1914, cuando las tropas imperiales atacaron el territorio serbio, comenzaba la guerra, conocida por sus contemporáneos como la Gran Guerra. Sólo en dos semanas cinco millones de hombres habían sido movilizados, agrupados en unidades militares, equipados para la guerra y enviados a las fronteras, en medio de un clima de patriotismo casi religioso. Las pocas voces que llamaban a la paz no fueron escuchadas, incluso fueron violentamente silenciadas: Jean Jaurés, cabeza del Partido Socialista francés, fue asesinado por un fanático nacionalista (julio de 1914).

3 Véase Hobsbawm, Eric (1995), pp. 29-61.

En realidad, se esperaba que la guerra fuera muy breve. Cada uno de los estados mayores había preparado un plan ofensivo que les permitiera ganar una batalla decisiva en el menor tiempo posible. Pero en contra de lo esperado, tras la batalla del Marne (septiembre de 1914) que estabilizó el frente occidental, la guerra se prolongó hasta 1918. La moderna tecnología –la aviación fue empleada en los últimos años del conflicto– o, para suplirla, inmensos contingentes de soldados (como los ocho millones de rusos en el frente oriental) constituyeron la maquinaria más mortífera conocida hasta el momento. De este modo, el fin del largo conflicto bélico mostraba a una Europa destruida, con campos calcinados, ciudades devastadas y una población marcada por la muerte: la guerra había cobrado más de ocho millones de vidas.

Indudablemente, la vida en las trincheras para los hombres que habían estado en el frente había sido muy dura. Pero la guerra también había afectado profundamente a la población civil. Y a medida que pasaba el tiempo y las condiciones se volvían cada vez más difíciles, las consignas nacionalistas que habían apoyado al conflicto se volvían cada vez más vacías de contenido. Para mantener la maquinaria bélica, los gobiernos necesitaban controlar todo el aparato productivo. La economía de guerra implicó entonces una estricta planificación –que se dio en Alemania en su máxima expresión– que supeditaba el abastecimiento de la población a las necesidades del frente. Pero también el bloqueo económico fue un arma de guerra. No sólo se buscaba dificultar el aprovisionamiento de repuestos y suministros militares al enemigo, sino también la extensión del hambre entre los civiles como eficaz medio de desmoralización. La situación era tal que hasta para los propios jefes militares resultaba evidente que no se podía sostener por mucho tiempo el esfuerzo que la guerra implicaba: las protestas no tardarían en llegar. Y así fue. Es cierto que, desde el punto de vista de la política interna, los gobiernos trataron de mantener la paz interior para canalizar todas las energías disponibles hacia la guerra. Pero esto no impidió que desde la izquierda se tratara de canalizar el descontento. En tal clima, en 1917, en Rusia estallaba la revolución: era el primer desafío abierto al capitalismo. Las peores pesadillas de la burguesía parecían haberse cumplido.

La Revolución Rusa de 1917

El análisis de la Revolución Rusa remite necesariamente a dos cuestiones: la situación de guerra que, como señalamos, agudizó los conflictos sociales y, sobre todo, las condiciones específicamente rusas que llevaron a un movimiento revolucionario. ¿Cuál era la situación de Rusia entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX? Comparada con otros países de Europa occidental, la Rusia zarista mostraba un notable atraso: un Estado autocrático se centraba en la figura del zar que ejercía un poder absoluto basado en el principio del derecho divino de los reyes. Ese Estado se apoyaba sobre una sociedad fuertemente polarizada: una aristocracia que basaba su poder y su riqueza en la tierra y un campesinado que, hasta 1861, había estado sometido a la servidumbre.

La permanencia del sistema zarista y la posición privilegiada de la aristocracia en la sociedad rusa parecía verse favorecida por la falta de una burguesía fuerte, comparable con la de Europa occidental. Sin embargo, vinculados a las universidades, en las últimas décadas del siglo XIX comenzaron a surgir algunos grupos de intelectuales, la *intelligentsia*, que pronto se reconocieron como un factor dinámico dentro de la sociedad. Si bien estaban influenciados por ideas "occidentalistas" e incluso socialistas, no constituían un grupo homogéneo. Los *narodnik* (Amigos del Pueblo) consideraban que la vía capitalista no proporcionaba un modelo válido, ya que la única fuerza revolucionaria en Rusia la constituía el campesinado. Incluso, muchos combatían la idea de un proceso de industrialización porque consideraban que sólo conduciría al empobrecimiento y la miseria del campesinado. Para estos grupos, el modelo de socialismo estaba dada por el *mir*, la comunidad rural rusa. Para otros, en cambio, fascinados por los éxitos de Europa occidental, defendían la industrialización. Consideraban que ésta sería el camino no sólo de modernizar Rusia, sino también –según los principios marxistas– de crear un proletariado como clase revolucionaria.

Más allá de sus diferencias, estos grupos adoptaron similares formas: organizaciones secretas, rígidamente centralizadas y disciplinadas, que se consideraban el motor de la actividad revolucionaria destinada a derribar el régimen zarista (era un modelo de acción que tal vez Lenin tuvo en cuenta cuando planteó su tesis del partido como "vanguardia").

Y sus acciones pronto se dejaron sentir: en 1881, el zar Alejandro II –que había efectuado algunas reformas destinadas a la modernización, como la liberación de los siervos– caía asesinado por la bomba de un terrorista.

Su sucesor, Alejandro III, puso fin a todo intento de modernización y concentró sus esfuerzos en restaurar los principios autocráticos. Para acabar con las influencias occidentales, llevó a cabo un plan de "eslavificación". Para ello, se iniciaron iniciaron los *pogroms* contra los judíos y se prohibieron las lenguas que no fueran la rusa y las religiones que no fueran la ortodoxa (situación que afectó particularmente a algunas regiones comprendidas dentro del imperio zarista, como el caso de Polonia). En 1894, la llegada al trono de Nicolás II no mejoró las cosas: el nuevo zar continua-

ba convencido de que era la voz de Dios la que lo convocaba para mantener el poder autocrático.

Sin embargo, paulatinamente la sociedad rusa comenzaba a transformarse. Desde 1890, capitales franceses habían sido invertidos en Rusia. Se comenzó a llevar a cabo la construcción de los ferrocarriles –impulsados por las necesidades estratégicas del Estado– que activó la industria y el comercio. Se empezaron a explotar las minas de carbón y de hierro en Ucrania y en los Urales; aparecieron fábricas en Kiev, en San Petersburgo y en Moscú, que comenzaron a adquirir la forma de ciudades industriales. De este modo, la incipiente industialización comenzaba conformar una burguesía, muy pequeña numéricamente y muy débil, que pronto asumió las ideas del liberalismo. Comenzaba a exigirse participación política dentro de un sistema constitucional que limitase el poder monárquico. Con ese objetivo se formó el *Kadete* (Partido Demócrata Constitucional), que aspiraba a conformar un Estado semejante a los de Europa occidental.

Pero la industrialización también llevó a la formación de un proletariado. Era también débil numéricamente, se encontraba concentrado en las pocas ciudades fabriles y estaba bajo la constante presión de los campesinos que, empujados por la miseria, se incorporaban al mercado de trabajo urbano. Sin embargo, a pesar de que las organizaciones obreras debieron permanecer clandestinas y moverse en marcos restrictivos –los sindicatos estaban prohibidos–, ya en 1890 comenzaron las primeras oleadas de huelgas. En ese clima, en 1897, se fundaba el Partido Obrero Socialdemócrata ruso que aspiraba, como su modelo alemán, a transformarse en un gran partido de masas.

En 1905 estalló el movimiento que llevó a algunos teóricos del marxismo, como Rosa Luxemburgo, a analizar el carácter revolucionario de las huelgas. En efecto, en enero de 1905 (el "domingo sangriento") una masiva manifestación fue reprimida duramente por las tropas zaristas: el saldo fue más de cien muertos y miles de heridos. La indignación provocó una ola de huelgas en las ciudades y levantamientos campesinos. Carecían de objetivos claros, pero una resolución de la Universidad de San Petersburgo –aprobada por unanimidad por alumnos y profesores– se los proporcionó: se exigía la convocatoria a una asamblea constituyente, libertad de prensa, derecho de asociación y de huelga.

Mientras el movimiento de protesta se profundizaba –comenzaron a organizarse los primeros *soviets*, es decir consejos elegidos por los trabajadores en las distintas fábricas–, una serie de derrotas durante la guerra ruso–japonesa mostraba las deficiencias internas del aparato estatal, sin que el gobierno zarista se atreviese a emplear la fuerza para reprimir. Ante la situación dada, el zar Nicolás debió hacer algunas concesiones, incluida la formación de la Duma, la asamblea legislativa. Sin embargo, la composición de ésta permitía comprobar la ruptura entre la autocracia y la sociedad. La elección –179 representantes del Kadete, 94 representantes campesinos, 18 socialdemócratas y sólo 15 fieles al zarismo– mostraba el abismo que se abría entre la Duma y el zar. Ante la situación, Nicolás II no dudó. Una vez que hubo contado con capacidad represiva, disolvió la Duma para convocar otra de clara composición aristocrática (1907).[4]

La guerra acentuó el descontento y la conflictividad. En febrero de 1917, la falta de abastecimiento de pan en Petrogrado –la capital había eslavizado su nombre en 1914– impulsó una huelga que, después de inútiles intentos de represión, desembocó en una abierta insurrección. En rigor, la fragilidad del régimen quedó de manifiesto cuando las tropas del zar, incluso los siempre leales cosacos, se negaron a atacar a la multitud y comenzaron a fraternizar con ella. Intentando salvar lo que se podía salvar, la Duma solicitó la abdicación de Nicolás II, que fue depuesto sin ninguna resistencia, y designó en su lugar un Gobierno Provisional. Su objetivo era crear una Rusia liberal con un régimen constitucional.

Pero ello no ocurrió. Lo que sobrevino fue un vacío de poder, en el que convivían un impotente Gobierno Provisional, por un lado, y por otro, una multitud de soviets. Como señala Carr, se había establecido "un doble poder". Sin embargo, los soviets que surgían espontáneamente no tenían objetivos demasiado nítidos. Diferentes partidos revolucionarios –bolcheviques, socialdemócratas y otras organizaciones menores que emergían de la clandestinidad– intentaban conseguir que se adhirieran a su política, pero lo único que quedaba claro era que los soviets ya no aceptaban ninguna autoridad, ni siquiera la de los dirigentes revolucionarios. La exigencia de los pobres urbanos era conseguir pan y la de los obreros, mayores salarios y jornadas de trabajo reducidas. Y en cuanto al 80 por ciento de la población rusa que vivía de la agricultura reclamaba, como siempre, la tierra. Y todos coincidían en el deseo de que concluyera la guerra.

En contra de la imagen de Lenin que construyó la mitología de la guerra fría –que lo presentó como un hábil organizador de golpes de Estado–, el único capital con que contaban los bolcheviques fue el conocimiento de estas aspiraciones que les indicó cómo proceder. (Incluso cuando Lenin comprendió que los campesinos deseaban la tierra, aún en contra del programa socialista, no dudó en comprometerse con el individualismo agrario.) Las consignas "Pan, paz y tierra" y "Todo el poder a los soviets"

[4] Véase Carr, Edward H. (1993), pp. 11-113.

articulaban las difusas aspiraciones de las masas. De allí que los bolcheviques de Lenin pudieran crecer de unos pocos miles en marzo, a casi 250.000 en julio de 1917.

En el mes de octubre, el afianzamiento de los bolcheviques en las principales ciudades rusas, especialmente en Petrogrado y en Moscú, y el debilitamiento del Gobierno Provisional –sobre todo cuando debió recabar el apoyo de las fuerzas de los soviets para sofocar un intento de golpe encabezado por un general monárquico– llevó entonces a la decisión de la toma del poder. El comité central de los bolcheviques aprobó la insurrección armada y se constituyó un Buró político –integrado entre otros por Lenin, Stalin y Trotsky– responsable de llevarla a cabo. Pocos días más tarde, en una rápida operación, cuidadosamente planificada, los bolcheviques ocuparon los principales centros de poder de Petrogrado y se hicieron del control absoluto de la capital. En rigor, dado el vacío existente, se trató más de ocupar el poder que de tomarlo. Como señala Hobsbawm, hubo más heridos durante el rodaje de *Octubre*, el gran film de Eisenstein (1927) conmemorativo de la revolución, que en el momento de la ocupación del Palacio de Invierno.[5] Para los bolcheviques había sido muy fácil derrocar al Gobierno Provisional. Sustituirlo, establecer un control efectivo sobre el caos en el que estaba sumido el vasto territorio, y establecer un nuevo orden iban a resultar tareas mucho más complejas.

La construcción del mundo soviético

En un principio, los países de Europa occidental observaron la Revolución en Rusia, como un suceso con escasas posibilidades de éxito. (El mismo Lenin parecía no tener demasiada confianza cuando transcurridos dos meses y quince días pudo observar con orgullo y alivio: "Hemos durado más que la Comuna de París".) Hubo que afrontar duras tareas: el fin de la guerra, las difíciles relaciones con Alemania, las amenazas contrarrevolucionarias, la caótica y brutal guerra civil. En contra de los pronósticos, la Revolución sobrevivió aunque también salió de allí profundamente transformada.

Si bien los bolcheviques tenían el control de la capital, quedaba, no obstante, el resto del país: un país inmenso, en el que muy pronto las fuerzas combinadas de las nacionalidades descontentas con la opresión rusa, los partidarios del zarismo y los simplemente opositores al partido bolchevique dieron lugar a un extenso frente armado que chocaría con el nuevo poder en una guerra civil que se prolongó durante tres años. Pero también estaba el frente externo. La imperiosa necesidad de Rusia de poner fin a la sangría que significaba la guerra permitió que Alemania impusiera en la paz de Brest-Litovsk (3 de marzo de 1918) condiciones que les hicieron perder territorios que significaban las tres cuartas partes de recursos mineros –si bien también es cierto que la derrota alemana a fines del mismo año hizo que se paliaran parcialmente esas condiciones.

[5] Véase Hobsbawm, Eric J. (1995), pp. 62-91.

Frente a la situación de inestabilidad, ganar la guerra a los enemigos internos se había transformado en el objetivo principal, aunque para ello se sacrificaran algunos de los principios revolucionarios. Trotsky organizó el Ejército Rojo según los más estrictos criterios de disciplina, pues era la efectividad lo que contaba. A su vez, el poder político se desplazó desde los soviets –teóricamente los órganos supremos–, al Partido Bolchevique, y dentro de él, a un reducido núcleo con Lenin a la cabeza. De este modo, el nuevo régimen iba en marcha hacia un Estado autoritario, fuertemente centralizado, inflexible con quienes discutían su estrategia, sus tácticas y sus medios. Pero también había otras dificultades. El total desorden de la economía condujo a adoptar, desde 1918, drásticas medidas que posteriormente se conocieron como el "comunismo de guerra". Se nacionalizó la industria y todo el aparato productivo y la asignación de la mano de obra quedó bajo la dependencia de las necesidades del Estado. Para muchos, este "comunismo de guerra" significaba un avance hacia el socialismo, en la medida que la economía ya no dependía del mercado. Sin embargo, tras la guerra civil, esta imagen utópica chocó con la realidad de una economía devastada.

De este modo, hacia 1921, la NEP (Nueva Política Económica) introducía cierta flexibilidad anteponiendo la mejora de las condiciones de vida, aunque para ello debiera recurrir a la admisión de algunas fórmulas de propiedad privada y de mecanismos de mercado. En síntesis, la NEP constituyó una forma de compromiso entre la industria nacionalizada y las explotaciones campesinas privadas. Se trataba fundamentalmente de generar estímulos a la agricultura: los campesinos, luego de pagar al Estado un impuesto en "especie", podían vender en el mercado. Esto incluso constituía un estímulo para la industria liviana. Pero el proceso de recuperación económica que se había iniciado se vio ensombrecido por el comienzo de la larga y fatal enfermedad de Lenin (mayo de 1922).

La ausencia de Lenin había permitido a Stalin convertirse en una figura dirigente dentro del Partido Comunista de modo tal que, tras la muerte del fundador de los bolcheviques (1924), pudo ascender al poder, desde donde profundizó la vía autoritaria.

El problema que se debía afrontar era indudablemente el de la industrialización. En 1927, la ruptura de relaciones con Gran Bretaña y la amenaza de la guerra centró la atención en la defensa militar, y las necesidades de rearme reforzaron la causa de un rápido desarrollo de la industria pesada. También se planteaba el problema de la desocupación, cuya principal causa era la superpoblación rural. La solución parecía residir en la creación de nuevas empresas industriales que absorbieran la mano de obra desocupada.[6]

Pero la industrialización exigía también otros cambios. Exigía transferir recursos y producir alimentos para una creciente población urbana. El problema radicaba en la baja productividad de la agricultura. Complicaba la situación la actitud de los *kulaks*, los campesinos ricos, que acaparaban el grano esperando mejores precios para lanzarlo al mercado. Cuando a partir de 1927 la carestía se hizo crónica, se comenzaron a tomar medidas extremas: prestaciones obligatorias y requisas. Fue, como dice Carr, una "declaración de guerra a los kulaks". Pero la medida no sólo afectó a los campesinos ricos, sino también a medianos productores y a otros que apenas tenían reservas mínimas. No obstante, el gobierno había obtenido enormes cantidades de cereales acaparadas. Se confió entonces en la política de la "mano dura" y esto llevó a la colectivización de la tierra.[7]

La colectivización de la tierra figuraba en el programa del partido como una meta distante. También era coherente con los principios del marxismo: se la consideraba un corolario natural del proceso revolucionario. Pero esto no indicaba el camino que Stalin eligió. A comienzos de 1930, bajo la fuerza de las armas, se procedió a la "liquidación de los kulaks como clase", según la expresión de Stalin, a través de la colectivización de las principales regiones productoras de granos. Allí se introdujeron los *svojzi*, concebidos como "fábricas" mecanizadas de granos, y los *koljozi*, que reunían a la masa campesina. Stalin la definió correctamente como "una revolución desde arriba", pero agregó en forma errónea que había estado "apoyada desde abajo". En rigor, los campesinos –y no sólo los kulaks– veían a los emisarios de Moscú como invasores que no sólo habían destruido sus formas de vida sino que los sometían a las mismas condiciones de esclavitud de las que los había liberado la primera etapa de la Revolución.

Los costos de la transformación no tardaron en hacerse evidentes. La mecanización de la agricultura había estado asociada al proyecto de colectivización. Ya Lenin había anunciado que el campesinado se volcaría al comunismo con 10.000 tractores. Sin embargo, la producción de máquinas

[6] Véase Carr, Edward H. (1985), pp. 137-155.

[7] *Ibid.*, pp. 121-136.

no estaba aún suficientemente avanzada como para responder a un proyecto tan amplio. La producción además había quedado desorganizada. Hasta fines de la década de 1930, la producción de granos no volvió a los niveles alcanzados antes de la colectivización forzosa. Lo que había sido planeado como una gran transformación terminó como una de las grandes tragedias de la historia soviética.

La reacción producida por la colectivización y las restricciones al consumo para permitir la industrialización generaron fuertes resistencias. El Estado, por lo tanto, debió acentuar los controles sobre la sociedad: el Partido se adueñó de todos los resortes del Estado, mientras la figura de Stalin se transformaba en el centro de un verdadero "culto a la personalidad".

La política represiva culminó con los procesos de Moscú cuando, en 1936, fue ejecutado un numeroso grupo de disidentes. Pero el poder de Stalin no se apoyó sólo en la represión. Su compromiso con la industrialización –atractivo para muchos comunistas convencidos que veían en ella el camino al socialismo– y su compromiso con el restablecimiento de la grandeza de Rusia, en un renovado discurso nacionalista –atractivo para el ejército y muchos sobrevivientes del régimen zarista– fue la combinación que le permitió mantener un férreo dominio sobre el partido y el Estado. Además hubo éxitos notables: entre 1928 y 1938 la producción –en medio de la crisis de la economía occidental– se multiplicó cinco veces y la URSS ocupó el cuarto lugar entre las naciones industriales. Tal vez por eso, la dictadura de Stalin despertó sentimientos encontrados de admiración y repudio, en una ambigüedad que tardó mucho en disiparse.

La crisis económica

Estados Unidos: la expansión de la década de 1920

Analizar la crisis del capitalismo que se inició con el *crack* de la Bolsa de Valores de Nueva York en 1929 y que se prolongó en la profunda depresión económica de la década de 1930 requiere introducirse en la situación de los Estados Unidos, país que se afirmó como potencia mundial después de la Gran Guerra. Ya en la segunda mitad del siglo XIX, los Estados Unidos habían logrado un considerable desarrollo. Por un lado, la expansión hacia el Oeste –exploradores, tramperos, mineros, vaqueros, agricultores fueron la punta de lanza que permitió a los Estados Unidos una expansión que creó un vasto comercio interregional–; por otro lado, las políticas industrialistas que se intensificaron luego del triunfo de los estados del norte en la Gue-

rra de Secesión (1861-1866) fueron los factores que favorecieron este crecimiento. En 1917, los Estados Unidos entraron en la guerra que asolaba a Europa, considerando que esto les proporcionaría un lugar de la conferencia de paz y les daría la posibilidad de hacer oír su voz en el futuro. Lo cierto es que, en medio del desastre de la postguerra, Estados Unidos fue la única nación acreedora. Y, a partir de 1918, comenzó a experimentar un crecimiento sin precedentes.

La sociedad norteamericana de la década de 1920 fue la primera sociedad de consumo de masas. Ningún otro país había alcanzado esa situación y los europeos no podían dejar de contemplarla con una mezcla de admiración y de envidia, mientras el cine de Hollywood difundía las imágenes de la "buena vida" norteamericana. El crecimiento se basaba en un mercado cada vez más amplio de productos de consumo durable: automóviles y artículos eléctricos. Y la formación de dicho mercado había sido posible por varios factores. En primer lugar, en el proceso productivo fueron incorporados avances tecnológicos como la "cadena de producción", desarrollados durante la guerra para la producción bélica. Incluso los principios de la "gestión científica" de Taylor ya habían sido incorporados por Henry Ford desde 1914. De este modo, los trabajadores podían producir más, bajar costos y reducir los precios al consumidor. En segundo lugar, comenzó a surgir una serie de mecanismo destinados a modificar las actitudes frente al consumo. La publicidad a través de la radio y los periódicos, la importancia creciente del diseño –un nuevo modelo podía volver obsoleto a otro aún útil–, los sistemas de distribución como las cadenas de almacenes, y las ventas "a plazos", que permitían crear una demanda para productos caros (como los automóviles), modificaban los hábitos de consumo. En síntesis, se trataba de "crear" un nuevo mercado.

En este sentido, el caso de Henry Ford ejemplifica este proceso de formación de un nuevo mercado de consumo. Anteriormente, los automóviles eran artículos de lujo empleados para efectuar breves desplazamientos urbanos. Ford, en cambio, advirtió la existencia de un potencial mercado: el rural. Desde 1909 comenzó a fabricar un automóvil, el célebre "Ford T", alto de ejes, que lo independizaba de las carreteras, y de la mecánica especializada (las piezas de repuesto podían ser adquiridas en cualquier almacén de pueblo). Era posible emplearlo como medio de recreo los domingos, pero en los días de semana constituía un factor de producción que reemplazaba el caballo y la carreta. El éxito fue notable: hacia 1927 habían sido vendidas quince millones de unidades.

Sin embargo, durante la década de 1920 también comenzaron las dificultades para la Ford Motor Company. No sólo su propio mercado parecía saturado, sino que el mismo consumo del automóvil se había modificado: las otras grandes compañías, General Motors y Chrysler, producían automóviles más potentes y más cómodos e incluso de colores –recordemos la importancia del diseño– que competían exitosamente con Ford. Esto lo obligó entonces a reformular la producción. Lo importante es que la producción de automóviles ejercía un efecto multiplicador sobre toda la economía. En primer lugar, esta industria absorbía un alto porcentaje de la producción de acero, pero también requería cristal, níquel, plomo, cueros y textiles. La industria del caucho creció paralelamente a la industria del motor. Y constituyó un importante incentivo para la construcción de carreteras, en su mayor parte a cargo de los gobiernos estatales, dando impulso a la fabricación de cemento.[8]

Pero también el automóvil modificó los modos de vida. Como señala Baines, creó "una nación de nómades". Las clases más acomodadas optaron por vivir en residencias suburbanas rodeadas de jardines, dotadas de energía eléctrica, y todos los elementos necesarios para el confort: aparatos de radio, aspiradoras, lavarropas y, a finales de la década, heladeras.

Y todo esto resultaba un importante impulso para la industria eléctrica. El automóvil permitió también la construcción de residencias veraniegas en lugares –como el sur de Florida– donde se podía acceder fácilmente por carreteras, donde aparecieron nuevas posibilidades de negocios, desde moteles hasta puestos de venta de salchichas. De este modo, la economía se activaba y parecía ofrecer múltiples oportunidades para todos.

La industria de la construcción recibió un fuerte impulso por la construcción de viviendas particulares, pero también por la construcción de edificios comerciales destinados a oficinas para la administración gubernamental o de los negocios privados, que adquirió gran complejidad. La aplicación de estructuras de acero y la difusión de los ascensores permitieron la construcción de "rascacielos" e hizo que las ciudades crecieran en altura: Manhattan, en Nueva York, y el Loop de Chicago adquirieron su perfil característico en los años de la década de 1920. Ésta fue la época dorada de la gran ciudad –que creció a un ritmo mayor que la población total–, con su centro y sus barrios suburbanos, y la sociedad norteamericana quedó sometida a una nueva cultura urbana.

A pesar de las ideas sobre la no intervención del Estado en la economía y la confianza en la fuerza del mercado y la habilidad de los hombres de los negocios, lo cierto es que el gobierno también estimuló este creci-

[8] Véase Baines, Dudley (1979), pp. 257-327.

miento económico. Los gobiernos de los estados participaron a través de inversiones en, por ejemplo, la construcción de las carreteras. Pero también el gobierno federal actuó a través de dos mecanismos: aranceles aduaneros que protegían la producción estadounidense (por ejemplo, la industria química) y políticas de créditos baratos. De este modo, la prosperidad era atribuida, fundamentalmente, al gobernante Partido Republicano, considerado el "partido de los negocios" y, mientras la prosperidad duró, los republicanos fueron imbatibles en las elecciones. Además, como la prosperidad abarcaba a amplios sectores sociales, parecía confirmarse la convicción sobre el carácter democrático de la sociedad estadounidense, una sociedad que ofrecía "iguales oportunidades para todos".

Sin embargo, parte de la sociedad quedaba indudablemente excluida de la prosperidad: fundamentalmente, amplios sectores rurales. En efecto, la agricultura no participó de la prosperidad general: los precios agrícolas caían en comparación con los precios industriales. Los productores intentaban compensar sus pérdidas aumentando la superficie cultivada, pero la mayor producción acentuaba –frente a un mercado inelástico como el de los alimentos– la caída de los precios. Además, si bien la exportación hacia los devastados países europeos había constituido una salida que estimuló la ampliación del área cultivada, estas exportaciones se cortaron ya hacia 1920 cuando los europeos normalizaron su producción. Por otra parte, durante la guerra, se introdujeron sucedáneos de materias primas agrícolas, como fibras artificiales que redujeron la demanda de algodón. Esto afectó principalmente a las regiones del sur de los Estados Unidos, donde muchos aparceros blancos abandonaron sus tierras agobiados por las deudas para ser reemplazados por negros aun más pobres.

Ante la difícil situación, los agricultores comenzaron a exigir al gobierno la "paridad", es decir, el sostén de los precios con el objeto de garantizar sus ingresos. Se aspiraba a volver a los niveles obtenidos entre 1910 y 1914, lo que implicaba un aumento de los ingresos rurales de aproximadamente 20 por ciento. Pero esto no ocurrió. Sin embargo, pese a los vetos presidenciales, los agricultores continuaban convencidos de la autenticidad de sus reclamos: consideraban que no sólo merecían la "paridad" por la caída de los precios, sino que merecían también un mejor trato, fundamentalmente, por los valores y las formas de vida que representaban. Ellos constituían la América "auténtica".

En efecto, las contradicciones entre el campo y la ciudad se tradujeron en un enfrentamiento entre dos formas de vida y dos sistemas de valores: los "tradicionales", vinculados al área rural y las ciudades pequeñas, y los "modernos", relacionados con las grandes ciudades en donde los cambios

eran más visibles. Durante la década de 1920 las radios, las revistas, el cine difundían las nuevas formas de vida, al mismo tiempo que las cuestiones sexuales eran tratadas con creciente libertad. En estas cuestiones, en figuras femeninas que acortaban sus polleras y sus cabellos, en bailes de moda como el *charleston*, en el consumo de alcohol, desde las costumbres tradicionales se visualizaban los avances más claros de la corrupción y del libertinaje. Como señala Baines, en 1925, la aparición de los automóviles "cerrados" fue percibida como la más clara invitación al pecado.

Ante los cambios, los sectores más tradicionalistas reaccionaron con total intransigencia, afirmando su fe en los antiguos valores, en Dios, en la austeridad, en la moralidad y en todo lo que definían como el "espíritu" americano. En este clima comenzó a tener particular éxito el *fundamentalismo* religioso, que a partir de la interpretación literal de la Biblia, procuraba afirmar las viejas tradiciones. Estas tendencias tuvieron particular importancia en los estados del sur –los más afectados por la crisis de la agricultura– en donde lograron, por ejemplo, que en 1925 en el estado de Tennessee se promulgara una ley que prohibía los "ataques" a la Biblia: esto significaba que en las escuelas estaba vedada la enseñanza de la interpretación darwiniana de la evolución humana. Dentro de este clima, en la década de 1920 resurgió el Ku Kux Klan, secta que defendía la idea de una América tradicional, una América *Wasp*, es decir, blanca (*white*), anglosajona y protestante. El KKK recomenzó entonces los violentos ataques a los grupos que consideraban que destruían esa esencia americana: en primer lugar, negros, pero también católicos y judíos.

El gobierno no estaba dispuesto a otorgar a los sectores rurales el reclamo de la "paridad", pero ante las presiones debió dar lugar a su otra gran reivindicación: la prohibición del consumo de alcohol. En efecto, el consumo de alcohol era percibido por los sectores tradicionalistas como el origen de todos los males. Ya antes de la guerra, habían obtenido su prohibición en algunos estados, pero a partir de 1920 la "ley seca" se estableció a nivel nacional. Si bien con esta ley se buscaba preservar la moral, sus resultados fueron paradójicos. La "prohibición" fue, en rigor, una invitación a beber ilegalmente, actividad que se revistió de emoción, mientras los locales clandestinos se ponían de moda. Para solucionar el abastecimiento, aparecieron destilerías clandestinas (el *cocktail* se inventó para disimular el mal sabor de algunos de estos productos) y se intensificó el contrabando. No es sorprendente, por lo tanto, que esta actividad quedara controlada por los gánsters, que se transformaron en los más fervorosos partidarios de la "prohibición". En estas circunstancias, el célebre Al Capone construyó su primer imperio sobre la base de la producción ilegal de cerveza, mientras co-

menzaban las primeras guerras entre bandas en Chicago por barrios en que los gánsters tomaban bajo su "protección".

Si los valores "tradicionales" y los valores "modernos" enfrentaban a la sociedad estadounidense, en cambio, todos se unificaban en un fuerte nacionalismo. Ya durante la guerra, muchos estadounidenses se habían dedicado ardorosamente a detectar "saboteadores" alemanes. Y cabe aclarar que todo aquel que no entrara estrictamente en las pautas norteamericanas podía ser definido como "saboteador" alemán. Y todos realmente estaban convencidos de que el prejuicio contra los extranjeros constituía un sincero patriotismo. Después de la guerra se mantuvieron estos prejuicios dirigidos, sobre todo, hacia aquellos extranjeros que mantenían sentimientos de lealtad hacia sus países de origen y hacia sus Iglesias, y se reaccionó violentamente contra aquellos rasgos que se consideraban "foráneos".

Bajo el impacto de la Revolución Rusa, estos sentimientos se intensificaron y se dirigieron contra los políticos radicales y, sobre todo, contra los sindicalistas. Estos grupos, muchas veces de origen inmigrante, caían entonces bajo un doble estigma: "extranjeros" y "comunistas". De este modo, cualquier conflicto laboral (como las importantes huelgas de 1919 y 1920 en las minas de carbón y en la industria metalúrgica) podía ser presentado como una amenaza contra la Constitución. El miedo al "peligro rojo" que invadió a la sociedad norteamericana de la década de 1920 era bastante infundado: el Partido Comunista tenía sólo 75.000 afiliados, de los cuales un pequeño grupo era activista. Sin embargo, para muchos era una amenaza real que se tradujo en una verdadera histeria. Se persiguió a dirigentes sindicales, políticos, profesores universitarios, directores de cine (preanunciando el *macartismo* de la década de 1950). Dentro de este clima, dos anarquistas italianos, Sacco y Vanzetti, no lograron ser juzgados de manera imparcial en el estado de Massachusetts y, cuando fueron ejecutados en 1927, el movimiento de protesta fue mínimo.

Pero, más allá del nacionalismo y la xenofobia, sobre todo en las grandes ciudades, muchos de los conflictos sociales podían ser ignorados. Se vivía uno de los momentos de auge económico más duraderos de la historia estadounidense y esto alimentó la creencia de que se había encontrado una maquinaria de prosperidad de movimiento perpetuo. Pero muy pronto, la crisis puso abruptamente fin a la euforia.

El crack del 29 y la depresión de los años de la década de 1930

Desde fines de la guerra, la venta de acciones había constituido una de las principales formas de obtener capital para invertir en la industria y, por lo

tanto, se había transformado en un factor clave para el crecimiento económico. La confianza que se tenía en el capitalismo se trasladó entonces a la Bolsa de Valores: parecía imposible que allí se pudiera perder dinero. Esta confianza pronto derivó en una verdadera ola especulativa: comprar y vender valores se transformó en un negocio en sí mismo. En medio de la euforia y prosperidad, la Bolsa cobraba una popularidad creciente, era un tema de conversación cotidiana en amplios sectores sociales, mientras que las revistas femeninas, como *The Lady Home*, publicaban artículos que explicaban cómo un obrero que invirtiera 15 dólares mensuales en acciones en poco tiempo podría obtener 80.000 dólares. La especulación también parecía confirmar la idea de que la sociedad norteamericana ofrecía iguales oportunidades para todos. Y a nadie le parecía importante averiguar si las cotizaciones reflejaban el verdadero estado de la economía.

Sin embargo, el 29 de octubre de 1929 la Bolsa de Valores neoyorquina quebró.[9]

Desde los inicios de ese mes habían comenzado las incertidumbres: las acciones habían bajado y empezaron a correr rumores sobre financistas que habían perdido su fortuna y se habían suicidado arrojándose de los "rascacielos". De este modo, en medio de una ola de pánico, en Nueva York, el lunes 28, se vendieron nueve millones de títulos. Al día siguiente, el fatídico "martes negro", se vendieron más de 16 millones, pero la Bolsa no pudo responder, las acciones perdieron totalmente su valor y el mercado de valores quebró estrepitosamente. Arrastraba tras de sí a bancos y a empresas. En pocas horas se habían perdido fortunas, mientras los pequeños ahorristas formaban largas filas frente a los bancos tratando, muchas veces infructosamente, de salvar sus ahorros.

¿Cuáles fueron las causas de la crisis? La especulación había llevado a un alza artificial de las acciones y se acentuó la desproporción entre el valor nominal de los títulos y los verdaderos activos que las empresas tenían. En tales circunstancias los dividendos repartidos no podían ser más que ficticios. En síntesis, las acciones habían dejado de reflejar la marca de la economía.

En efecto, tras la expansión de comienzos de la década de 1920, el sector productivo comenzaba a registrar señales de estancamiento. Algunos rubros, como la industria de la construcción, mostraban cierta saturación del mercado. Lo mismo ocurría en la industria del automóvil. No se puede dudar de la importancia creciente de los automóviles, incluso como valor "social": el típico *babbitt* –apellido de una familia protagonista de una

[9] Véase Galbraith, John K. (1983), pp. 108-158.

novela de Sinclair Lewis que simbolizaba al estadounidense de clase media– prefería no vestirse antes que dejar de moverse en automóvil. Sin embargo, a comienzos de 1929, se vendieron menos de la mitad de los automóviles a compradores "nuevos". (Dicho de otra manera, compraban automóviles quienes "cambiaban" el viejo modelo por uno reciente, pero se reducían los compradores que accedían al automóvil por primera vez.) No se trataba de una crisis de subconsumo del mercado existente, sino de la dificultad de encontrar un mercado "adicional" que ampliase ese mercado existente.

Al mismo tiempo, las empresas habían realizado grandes inversiones en nuevos equipos, en maquinarias más eficaces. De este modo, se estaba incrementando una producción que iba a ser muy difícil de colocar. Por eso, Baines se refiere también a un proceso de *sobreinversión*, ya que estas inversiones crecían más rápidamente que el consumo, carecían de un mercado que las justificase. Pero había más. La caída de los precios agrícolas había llevado a los agricultores a retrasar el pago de los créditos para la compra de maquinarias poniendo en dificultad a algunos bancos. De este modo, como señalábamos, el estancamiento de la producción y las incipientes dificultades de los bancos no correspondía con el alza de valores que, como señalábamos, habían dejado de reflejar la marcha real de la economía.

Otro factor decisivo para explicar la gran depresión que continuó y que alcanzó niveles mundiales puede ubicarse en el sector del crédito internacional. En efecto, los aliados habían impuesto a los vencidos fuertes pagos en concepto de reparación por los gastos y la destrucción de la guerra; pero Alemania también había sabido aprovechar la situación: era imprescindible que se la ayudara a reconstruirse si se pretendía obligarla a pagar. Los capitales norteamericanos comenzaron entonces a fluir sobre Alemania y Austria, ya que los altos intereses pagados por los bancos germanos constituían sin duda un poderoso atractivo. Pero ante las dificultades internas, la repatriación de fondos puso al sistema financiero europeo en una grave situación: la quiebra del Creditanstalt en Viena generó una ola de pánico. Los banqueros estadounidenses procuraron entonces adelantarse unos a otros en la repatriación de capitales, agudizando la crisis a nivel mundial.

La crisis modificó la fisonomía de los Estados Unidos. Los efectos se sintieron más duramente en algunas ciudades como Detroit y Chicago donde se concentraba la industria pesada, la más afectada por la crisis, y menos en otros centros urbanos como Nueva York donde se producían artículos de "primera necesidad" como zapatos y vestimenta. Pero lo cierto es que una ola de problemas sociales abatió al territorio. Los salarios cayeron estrepitosamente: en 1932, su nivel era 60 por ciento inferior a 1929. La

desocupación alcanzó, en 1931, a más de ocho millones de personas, lo que representaba a una de cada seis familias. Los suicidios masculinos aumentaron en 20 por ciento. Hubo cambios en la estructura familiar en la medida en que muchas veces los ingresos dependían de las mujeres y los hijos. La desocupación disfrazada (como el caso de vendedores ambulantes), la mendicidad, las "ollas" comunes, las *hoovervilles* –caseríos armados de cartón y hojalata que fueron apodadas con el nombre del presidente Hoover– daban de los Estados Unidos una imagen muy diferente a la de la década anterior.[10]

En 1929 no se tenían todavía demasiados indicios para predecir que la crisis iba a prolongarse en una depresión tan larga y profunda. Fue un acontecimiento de una magnitud insospechada aun hasta para los críticos más acérrimos del capitalismo. Crisis anteriores habían sido superadas por los mecanismos espontáneos de la economía: cuando los costos de producción disminuían se creaban nuevamente los incentivos para inversión. Pero la depresión se fue prolongando y agravando cada vez más y cuando los costos alcanzaron su punto más bajo, las inversiones no reaccionaron. Había una profunda falta de confianza, la crisis había sido lo suficientemente grave como para que se mantuviera la incertidumbre frente al futuro. Y esto no sólo para los hombres de negocios. Destruyó incluso entre los pequeños ahorristas el estímulo individual al ahorro, no pudiéndose recuperar los recursos destinados a la inversión. Ya no se podía confiar en los mecanismos automáticos de la economía y debía actuar algún factor externo. Y ese factor fue el Estado.

La consecuencia política más inmediata de la crisis fue el desprestigio del Partido Republicano, considerado, hasta ese momento, como "el partido de los negocios". No es extraño entonces que el presidente electo en 1932, Franklin Delano Roosevelt, procediese del Partido Demócrata. En su primer discurso a los estadounidenses, Roosevelt prometió un "Nuevo Trato" (*New Deal*), término con que se definió su política. El *New Deal* consistió en una activa intervención del Estado en la regulación de la economía. Tomando medidas consideradas casi heréticas –muchas de las cuales fueron consideradas anticonstitucionales por la Corte Suprema que centralizó la oposición–, el Estado asumió el control del sistema financiero, se establecieron seguros contra el desempleo, se otorgaron subsidios a los agricultores.

Una de las medidas más significativas del *New Deal* la constituyó la NIRA (Ley Nacional de Recuperación Industrial), por la que se autorizó al

[10] Véase el film de Charles Chaplin, *Tiempos modernos* (1936).

gobierno a invertir en obras públicas. El objetivo era mitigar la desocupación y paliar el descontento social, pero también crear a través de los salarios, una masa de ingresos que permitiera aumentar el consumo y, por lo tanto, la demanda global. Y la confianza de los estadounidenses en las políticas de Roosevelt quedó expresada en las reelecciones que lo mantuvieron en el gobierno durante cuatro períodos presidenciales, hasta 1945 en que falleció.

Cabe preguntarse hasta qué punto tuvo éxito el *New Deal*. En rigor, la renta *per cápita* no recuperó su nivel de 1929 hasta 1940, momento en que el motor del crecimiento económico era el rearme. En este sentido pareciera que fue la guerra, y el desarrollo de la industria armamentista, lo que reactivó la economía norteamericana. Pero es indudable que, a partir del *New Deal*, el intervencionismo se transformó en un elemento clave de la política económica. En este sentido, se coincidía con las teorías que el economista inglés lord Maynard Keynes formuló en 1936, en *Teoría general del empleo, del interés y la moneda*. Se trataba de lograr el pleno empleo y de sostener la demanda; esto alejaría el conflicto social pero también estimularía la producción. Y esto no sólo ocurría en los Estados Unidos. Gran Bretaña, por ejemplo, abandonó en 1931 el libre comercio y fue el ejemplo más claro de esta rápida generalización del proteccionismo. En esta línea, los gobiernos se vieron forzados a dar prioridad a las consideraciones sociales sobre las económicas en la formulación de sus políticas para alejar el peligro de la radicalización, tanto de izquierda como de derecha. En síntesis, nacía el "Estado de bienestar".

La crisis de la política: el fascismo

En 1919, en Milán, se formaban los Fasci Italiani di Combattimento, adoptando como símbolo el haz de varas que representaba la autoridad de los magistrados en la antigua Roma. Así, *fascio* puede traducirse como "haz", o en un sentido más amplio, "unión". De allí derivó el término *fascismo*. Y esto es más que una anécdota: la vaguedad de ese término tiene su correlato en la ambigüedad ideológica que caracterizó a estos movimientos. Si bien en su origen el término fascismo designó al proceso italiano, pronto se extendió a otras formas autoritarias de modo tal que, en el período de entreguerra, los gobiernos de muchas partes de Europa –e incluso de fuera de ella– podían ser calificados de fascistas. Muchas veces se empleó también el término, en un sentido peyorativo, para calificar a dictaduras civiles o militares, o a partidos tradicionalistas o conservadores sin límites

cronológicos precisos. Pero tal extensión del concepto resulta problemática. Al aplicarlo a una serie de regímenes de características disímiles, el término pierde capacidad explicativa.

¿Qué es el fascismo? A partir de los casos de Alemania e Italia, algunas corrientes historiográficas marxistas, en términos generales, han presentado al fascismo como la dictadura del gran capital. Desde estas perspectivas, en medio de una situación de difícil crisis económica y social, los partidos fascistas instrumentaron las dificultades de la pequeña burguesía para acceder al poder, reprimir a la clase obrera y contener la revolución comunista. Otras corrientes, en cambio, consideran al fascismo y al comunismo como dos caras de una misma moneda: el totalitarismo. Según Francois Furet, la guerra de 1914 tuvo el carácter de matriz: sentimientos anti-burgueses despertaron una "pasión revolucionaria" que se expresó en estos regímenes inéditos, que convirtieron a la movilización de los ex soldados en la palanca de dominación de un partido único. Estas corrientes ponen de relieve lo que el fascismo y el comunismo tienen en común desde el punto de vista económico (planificación y dirigismo), como en el social (uniformización, adoctrinamiento), en el cultural (nacionalismo, exaltación de un líder providencial), y en el político (dictadura de partido único). Consideran que ambos fueron respuestas a una profunda crisis y que esa respuesta se expresó en la negación de la libertad bajo todas sus formas.[11]

En rigor, podemos señalar que el fascismo fue un producto del período inmediatamente posterior a la Gran Guerra. Se trató de un fenómeno profundamente novedoso: fue un movimiento revolucionario-conservador que aspiraba a movilizar a las masas a través de la combinación de técnicas modernas, valores tradicionales y una ideología de violencia irracional, centrada en el nacionalismo. Su novedad no significa que hubiera una ruptura con el pasado, ni que desconociera sus antecedentes, como la exaltación nacionalista y el racismo, que modelaron el consenso que indudablemente estos regímenes tuvieron. Nacidos de una grave crisis económica y social y del descrédito de la política, estos movimientos pudieron canalizar el descontento social haciendo uso de los medios de propaganda y a través los grandes desfiles, las inmensas concentraciones, la escenografía de los mitines, un discurso fuertemente emotivo y la sumisión incondicional a un líder. Un discurso antirracionalista articuló las aspiraciones difusas de las masas y estableció las "causas" concretas de los males.

[11] Véase Furet, Francois (1995), pp. 15-45.

En efecto, tanto Hitler como Mussolini pudieron interpretar la frustración de vastos sectores sociales que identificaban su situación con la decadencia de la nación. Ambos consideraron a la guerra y al Tratado de Versalles como las causas de todos los males. Tanto Hitler como Mussolini denunciaron la opresión del "capital usurero". Según Mussolini, "unos cuantos usureros colgados darán un buen ejemplo", mientras Hitler denostaba a la burguesía judía. Ambos eran hombres "comunes", hombres de orígenes oscuros que habían alcanzado posiciones preeminentes y con los que resultaba fácil identificarse a los sectores más frustrados. Hitler recordaba insistentemente al "hombre desconocido" que había sido en su juventud. De este modo, el fascismo pudo reemplazar las frustraciones –de soldados que volvían de la guerra cargados de medallas pero que sentían que sus sacrificios habían sido vanos, de padres que no podían dar un futuro a sus hijos, de muchachas sin dote, de pequeños propietarios hundidos en la bancarrota, de comerciantes sin clientes, de universitarios sin empleo– por un sistema de símbolos que nutrió las ansias de poder. Una ideología que proporcionaba seguridad en la obediencia al Duce o al Führer, la exaltación de la nacionalidad a extremos inimaginables y el desprecio por las minorías raciales –el antisemitismo, en el caso alemán– brindaron las oportunidades de acción y dieron salida al resentimiento que generaba la frustración social y económica. En síntesis, el fascismo nació como una respuesta a la profunda crisis europea del período de entreguerras.

Centrar el análisis en los casos de Italia y Alemania no significa desconocer la existencia de otros movimientos autoritarios, surgidos en Europa durante el mismo período, que algunos autores también calificaron como fascistas. Son, por ejemplo, los casos del régimen establecido por Salazar en Portugal y la dictadura de Primo de Rivera y el franquismo en España. Es indudable que la crisis del liberalismo permitió el surgimiento de movimientos autoritarios de derecha en distintas partes del mundo. Y estos movimientos, fuertemente nacionalistas, acusaban el "clima de ideas" de la primavera fascista. Pero también es indudable que los casos de Italia y Alemania, durante el período de entreguerra, son los que representan al fascismo "clásico".

¿Cuáles habían sido los resultados de la guerra para Europa? El Tratado de Versalles (1919) había intentado rehacer el mapa de Europa. La derrotada Alemania debió devolver Alsacia y Lorena a Francia, y otros territorios a Bélgica y Dinamarca. Danzig se constituyó en ciudad "libre" y las minas carboníferas del Sarre fueron ocupadas por Francia y administradas por la Sociedad de las Naciones. Asimismo, Alemania debía comprometerse al pago de indemnizaciones y de los gastos de guerra, reducir

su flota y su ejército a cien mil hombres. Por medio de otros tratados se entregó Trieste a Italia, se formó Yugoslavia con Serbia, Croacia y Eslovenia y se creó la República de Checoslovaquia sobre la base de Moravia y Bohemia. Polonia recuperó territorios y se le concedió salida al mar a través del "corredor polaco". Austria debió otorgarle la independencia a Hungría –que a su vez perdió tres cuartas partes de su territorio– y ambos países quedaron constituidos como pequeños estados sin salida al mar. Líbano y Siria pasaron a ser controlados por Francia, mientras Gran Bretaña se reservaba la administración de Palestina, Transjordania e Irak.

Como corolario se creó la Sociedad de las Naciones. A través de este organismo internacional los países europeos esperaban encontrar un equilibrio, pero muy pronto se evidenció su fracaso. Desde sus comienzos la Sociedad de las Naciones careció de una verdadera representatividad. La Unión Soviética y Alemania habían sido excluidas y los Estados Unidos no participaron al rechazar el convenio. De esta forma, sin las principales potencias internacionales, la organización se redujo a una serie de acuerdos entre Gran Bretaña y Francia, y con la guerra chino-japonesa (1937) se hizo evidente su inoperancia. Pero ni los nuevos repartos, ni los acuerdos internacionales podían resolver los graves problemas que aquejaban a los países europeos. La guerra había dejado un saldo de pérdidas desfavorable para todos y, en rigor, ninguno obtuvo mayores beneficios. La excepción la constituían los Estados Unidos, nación acreedora que quedó confirmada como primera potencia mundial. Quedaba claro que el eje del mundo había virado.

El caso italiano

Para Italia, las consecuencias de la guerra no habían sido favorables. Casi setecientos mil muertos y quince millones de dólares como pérdida eran un saldo considerable. Del Tratado de Versalles sólo había obtenido Trieste, ninguna colonia alemana había pasado bajo su control y las ambiciones sobre Fiume, en el Adriático, se habían visto frustradas. Como los mismos italianos decían: "Italia había ganado la guerra, pero perdido la paz".

La crisis económica de posguerra se hacía sentir con toda su dureza. Además, ante la política de muchos países americanos que para balancear su mano de obra se habían cerrado a la inmigración, Italia veía reducirse el mecanismo al que recurría para superar el desequilibrio interno –las remesas de emigrantes– y se veía obligada a encerrarse en sus propias fronteras. La agitación obrera parecía alcanzar límites extremos: la desocupación, la inflación, la caída de los salarios eran paralelos a huelgas y a la "toma" de

fábricas, a la constitución de las "ligas rojas" y al tercio de diputados socialistas que habían ganado las elecciones en 1919. Pero el fenómeno no era sólo urbano ni se reducía al norte industrializado (Milán y Turín, fundamentalmente). También en el sur, campesinos cansados del hambre habían iniciado la ocupación de tierras. Todo parecía indicar que en Italia podían darse las condiciones para reproducir la experiencia rusa de 1917.

También en 1919 nacieron los primeros Fasci di Combattimento. Al comienzo resultaron un fenómeno irrelevante. En Milán, donde habían sido fundados, habían recibido en las elecciones 5.000 votos, frente a los 170.000 sufragios socialistas. De qué manera un grupúsculo semejante pudo llegar al poder en sólo tres años es una pregunta que apasionó a historiadores y politólogos. Sin embargo, también es cierto que la fuerza del fascismo no puede medirse exclusivamente con datos electorales. Ya en los últimos meses de 1920, el pequeño grupo comenzó a beneficiarse tanto por la tolerancia del gobierno como por el apoyo de los grandes propietarios y de los dueños de fábricas alarmados por el curso de los acontecimientos. Los *fasci* cada vez más se fueron convirtiendo en organismos de carácter paramilitar, integrados por ex combatientes, y exaltados nacionalistas, dedicados al asalto de sindicatos, de periódicos, de grupos y de partidos de izquierda y de todo aquello que significara el "peligro comunista". Y lo que había comenzado como un fenómeno urbano, limitado a los centros industriales, pronto se extendió también al medio rural y a las pequeñas ciudades de Toscana, de Emilia y del Valle del Po.

A fines de 1921, se organizaba el Partido Nacional Fascista Italiano. Su crecimiento, en apenas un año, había sido espectacular: con 250.000 afiliados se había constituido en el mayor partido de Italia. Su programa también fue perdiendo su retórica revolucionaria poniendo de manifiesto lo que constituiría una de sus principales características: su pragmatismo, su capacidad de adaptación a las circunstancias. Sin duda, el *alma mater* del partido era Benito Mussolini. Desde muy joven Mussolini había militado en el Partido Socialista, en donde había dirigido el periódico *Avanti*. Expulsado del partido por su prédica belicista, pasó a dirigir *Il Popolo d'Italia* y participó en la guerra como soldado raso. En 1919, había sido elegido *Duce*, del *fascio* de Milán. Durante los años siguientes, el prestigio de Mussolini fue en aumento. Y su principal oportunidad se presentó en el transcurso de un motín en Nápoles que le permitió declarar la "revolución" fascista y ordenar la célebre Marcha sobre Roma, en la que 50.000 "camisas negras" tomaron la ciudad (28 de octubre de 1922).

La audacia de Mussolini se vio recompensada. Ante la situación creada, el rey Víctor Manuel III le otorgó el gobierno y le encomendó la formación de un nuevo gabinete. Durante los primeros años, Mussolini actuó con cautela: la autoridad del rey se mantuvo nominal y se respetaron los mecanismos institucionales. Sin embargo, Mussolini fue construyendo un poder omnímodo: como *Duce*, controlaba el partido y como *Capo di Governo* el poder político. Los destinos de Italia estaban en sus manos. Sin embargo, el apoyo que lograba también parecía ser notable: en las elecciones de 1924, la coalición integrada por los fascistas obtenía el 70% de los escaños.

Pronto comenzó a construirse el Estado de "excepción". En mayo de 1924, el diputado socialista Giacomo Matteotti había lanzado una dura acusación contra los métodos fascistas: denunciaba el clima de intimidación y de violencia en el que se habían celebrado las elecciones. Matteotti fue secuestrado en pleno centro de la ciudad de Roma y su cadáver apareció dos meses después. Y esto marcó un hito. Se intensificaron las medidas represivas contra los disidentes y la marcha hacia el totalitarismo fue un dato incuestionable. El parlamento fue disuelto y reemplazado por el Gran Consejo Fascista, cuerpo consultivo cuyos miembros se elegían bajo la orientación de Mussolini. Los partidos políticos fueron clausurados y se estableció el sistema de "partido único", el Partido Fascista. Pero no se trataba sólo de reorganizar la política. Se trataba básicamente de "disciplinar" a toda la sociedad, según un modelo militarizado.

En 1932, el ministro de Guerra, general Gazzera podía admirar los logros: "El régimen disciplinario de nuestro ejército gracias al fascismo aparece hoy como arma directiva que tiene valor para toda la nación. Otros ejércitos han tenido y todavía conservan una disciplina formal y rígida. Nosotros tenemos siempre presente el principio de que el ejército está hecho para la guerra y que para ella debe prepararse; la disciplina de paz debe ser, por consiguiente, la misma que la de tiempo de guerra. [...] Este sistema ha resistido magníficamente durante una larga y durísima guerra hasta la victoria; es mérito del régimen fascista haber extendido a todo el pueblo italiano una tradición disciplinaria tan insigne."

En rigor, los resultados obtenidos fueron ambiguos.[12]

Sin embargo, se construyeron los instrumentos destinados a organizar la sociedad fascista: en 1927 se suprimieron los sindicatos y el movimiento obrero quedó bajo un estricto control. Se cumplía, en este sentido, lo que el mismo Mussolini había declarado: "El sindicalismo fascista es una fuerza que se impone, un poderoso movimiento de masas, completamente

[12] Véase Tannenbaum, Edward R. (1975), capítulos 5 y 8, pp. 159-201 y 283-331.

controlado por el fascismo y el gobierno, un movimiento de masas que obedece." También se creó la Opera Nazionale Dopolavoro, espacios de recreación destinados a administrar el tiempo libre de los trabajadores y se estableció una rígida censura sobre la prensa y la educación. Los niños incluso pasaron a formar parte de organizaciones controladas por el fascismo.

Los principales dirigentes sindicales y políticos fueron perseguidos y encarcelados. Entre ellos, Antonio Gramsci, secretario del Partido Comunista, fue acusado de pretender "instaurar por la violencia la república italiana de los soviets" y condenado a veinte años de cárcel. Murió en prisión –en donde escribió los *Cuadernos,* que renovaron la teoría marxista– en 1937.

También se desató una cuidadosa campaña de exaltación del "espíritu nacional". El objetivo era no sólo la consolidación del consenso, sino también crear el clima apropiado para la expansión. Pero para ello era necesario asegurar el orden interno y atraer la adhesión de muchos católicos que miraban al fascismo con cierta desconfianza. Mussolini –ateo declarado y que muchas veces había manifestado su anticlericalismo– comenzó entonces un proceso de acercamiento a la Iglesia católica. Se trataba, fundamentalmente, de resolver la "cuestión romana" que había quedado pendiente desde 1870.

Con este objetivo, tras largas y complejas tratativas, en 1929 se firmaban los Tratados de Letrán, por el que se creó el Estado del Vaticano, particular enclave dentro de la ciudad de Roma. También el Estado italiano reconocía como religión oficial al catolicismo, cuya enseñanza se implantó en las escuelas. A cambio, el Vaticano se comprometía a no reclamar los territorios perdidos hasta 1870 y controlar a algunos de sus díscolos miembros.

En 1931, el papa Pío XI, en la encíclica *Quadragesimo Anno,* daba su aprobación al fascismo. El texto es explícito: "Recientemente, todos los saben, se ha iniciado una especial organización sindical y corporativa [...] Basta un poco de reflexión para ver las ventajas de esta organización, aunque la hayamos descripto sumariamente: la colaboración pacífica de las clases, la represión de las organizaciones y de los intentos socialistas, la acción moderadora de una magistratura especial." Es cierto que se reconocían problemas: "hay quien teme que en esa organización el Estado sustituya a la libre actividad en lugar de limitarse a la necesaria y suficiente asistencia y ayuda", pero también se consideraba que el problema del "estatismo" podía ser superado por medio de la participación de los católicos: "Cuanto mayor sea la cooperación de la pericia técnica, profesional y social, y más todavía de los principios católicos y de la práctica de los mismos." De este modo, incitando a los católicos a participar del régimen, la Iglesia transformaba al fascismo en un modelo a seguir.

En la década de 1930, Italia comenzó a expandirse fuera de sus fronteras, al mismo tiempo que intentaba afirmarse como potencia europea. En 1935 ocupó Etiopía y el gobierno italiano comenzó a reclamar los territorios de Túnez, Niza y Saboya, que estaban en poder de Francia, mientras Mussolini hacía explícita la intención de recuperar la tradición imperial y hacer del Mediterráneo, un "lago romano". Desde 1936, Italia participó de la Guerra Civil española, apoyando a las fuerzas de Franco, cuya simpatía por los regímenes totalitarios era clara. En ese mismo año, se había formado el llamado Eje Roma-Berlín. A partir de ese momento los acontecimientos parecieron precipitarse: Italia adhirió al Pacto AntiComintern –para "la defensa de la civilización contra el bolcheviquismo"– que habían firmado Alemania y Japón. En 1937, ocupaba Abisinia. Europa se encontraba nuevamente al borde de la guerra.

El caso alemán

Durante los últimos momentos de la Gran Guerra, muchos observadores se atrevieron a predecir para Alemania la inminencia de una revolución similar a la estallada en Rusia un año antes. La huelga general, la ocupación de fábricas, la sublevación de tripulaciones, soviets funcionando en Berlín eran indicios de un ascendente movimiento revolucionario. El armisticio y la crisis interna obligaron finalmente a abdicar al emperador Guillermo II. Ese mismo día se proclamó la República. Ante el vacío de poder creado e intentando mantener una línea "moderada", los socialdemócratas se colocaron a la cabeza de los sucesos: se convocó un Congreso en Weimar que eligió a Frederick Ebert, primer presidente, y se promulgó la Constitución que establecía un sistema representativo, republicano y federal.

Pero jaqueada desde la izquierda y la derecha, la República de Weimar carecía de bases sólidas. Además, la crisis económica alcanzaba niveles extremos. Ante una enorme deuda externa –sobre Alemania pesaban los gastos e indemnizaciones de guerra– y el caos interior reinante, la inflación se hizo incontrolable. A fines de 1923, la crisis financiera alcanzó su punto más agudo: el marco se desvalorizó totalmente y muchos alemanes se encontraron con que sus ahorros de toda la vida no eran más que una masa de papeles inservibles. En el mes de noviembre, el dólar se cotizaba en Berlín en dos billones y medio de marcos. Ese mismo año estallaba el "*putsch* de la cervecería de Munich". Era un golpe organizado por uno de los tantos grupúsculos de ultraderecha que se concentraban en Baviera –protegidos por un gobierno católico-conservador–, el Partido Obrero Nacional Socialista Alemán (Partido NAZI, según su sigla en alemán), y había estado

conducido por un todavía oscuro dirigente, Adolf Hitler, ex combatiente que había alcanzado la modesta categoría de cabo. El golpe fracasó y Hitler fue condenado a la cárcel. En prisión, escribió *Mein kampf* (Mi lucha) donde se enunciaban los principios nazismo.

Mein kampf constituye una obra importante no por su originalidad y profundidad sino por todo lo contrario. Es un libro muy elemental, sin grandes ideas donde se mezclan arbitrariamente lo biográfico, y principios de distinta procedencia. Sin embargo, es una muestra representativa del concepto nazi de adoctrinamiento: llegar a muchos con pocas ideas, expresadas en forma simple y reiteradas hasta lograr su eficacia. Algunos párrafos pueden servir de ejemplo:

> Como una mujer que prefiere someterse al hombre fuerte antes que dominar la débil, así las masas aman más al que manda que al que ruega, y en su fuero íntimo se sienten mucho más satisfechas por una doctrina que no tolera rivales que por la concepción de la libertad propia del régimen liberal; con frecuencia se sienten perdidas al no saber que hacer con ella, y aún fácilmente se consideran abandonadas. Ni llegan a darse cuenta de la imprudencia con que se las aterroriza espiritualmente ni se percatan de la injuriosa restricción de sus libertades humanas, puesto que de ninguna manera caen en la cuenta del engaño de esta doctrina.
>
> El mitín de masas es necesario, al menos para que el individuo que al adherir a un nuevo movimiento se siente solo y puede ser fácil presa del miedo de sentirse aislado, adquiera por primera vez la visión de una comunidad más grande, es decir, de algo que en muchos produce un efecto fortificante y alentador... él mismo deberá sucumbir a la influencia mágica de lo que llamamos sugestión de masa (Adolf Hitler, *Mein kampf*).

En los años siguientes la situación económica se estabilizó, sin embargo, como ya señalamos, la crisis estadounidense tuvo efectos catastróficos en Alemania. En medio de una difícil situación, el prestigio de Hitler fue en aumento: a fines de 1932, el Partido NAZI contaba con el 33 por ciento del electorado y se constituía en la segunda fuerza política. A comienzos de 1933, el presidente Hindenburg llamó a Hitler y le ofreció la jefatura de un gobierno de coalición con otras fuerzas conservadoras. Hitler fue entonces designado Canciller y al año siguiente, tras la muerte del anciano Hindenburg, asumía también la presidencia, decisión que fue ratificada por un plesbicito que le concedía además el título de *Führer* (Caudillo). Comenzaba así el *Tercer Reich*.

La bandera de la república fue reemplazada por la esvástica, símbolo

que representaba la superioridad de la raza aria, mientras que el sistema federal era también reemplazado por un Estado unitario. Se disolvieron los sindicatos y se estableció el Frente de Trabajo Alemán controlado por el Estado; el único partido admitido fue el Partido NAZI.

Comenzaba así una dictadura que superaba las peores previsiones: la Gestapo, policía secreta, pronto fue reconocida por su eficacia, mientras comenzaban a funcionar los primeros campos de concentración, dedicados, en una primera etapa a los opositores políticos.[13]

La violencia y el terror se transformaron en verdaderas armas políticas. El terror tenía un claro y definido objetivo. El mismo Hitler había declarado:

> ¿Habéis notado cómo acuden los babiecas cuando dos granujas se trenzan en la calle? La crueldad impone respeto. La crueldad y la brutalidad. El hombre de la calle no respeta más que la fuerza y la bestialidad. Las mujeres también, las mujeres y los niños. La gente experimenta la necesidad de sentir miedo, los alivia el temor. Una reunión pública, pongamos por caso, termina en pugilato, ¿no habéis notado que los que más severo castigo han recibido son los primeros en solicitar su inscripción en el Partido? ¿Y me venís a hablar de crueldad y de torturas? Pero si precisamente lo quieren las masas. Necesitan temblar. [...] Lo que no quiero es que los campos de concentración se transformen en pensiones familiares. El terror es el arma política más poderosa y no me privaré de ella so pretexto que resulta chocante para algunos burgueses imbéciles. Mi deber consiste en emplear todos los medios para endurecer al pueblo alemán y prepararlo para la guerra.

Junto con este rígido sistema de control social se estableció también el control sobre la economía que quedó subordinada a los objetivos políticos. El "Plan de Cuatro Años" tenía como objetivo el autoabastecimiento. Al mismo tiempo que se desconocían las determinaciones del Tratado de Versalles que prohibían el rearme, se comenzaron a reclutar nuevamente hombres para el ejército reestableciendo el servicio militar obligatorio, y se orientó la producción hacia las industrias bélica y química. Sin duda, Alemania se preparaba para una expansión que conduciría irremediablemente hacia la guerra.

La prueba más siniestra y evidente de la irracionalidad del nazismo la constituye la persecución desatada contra los judíos. En rigor, la cultura occidental rechazaba en muchos aspectos a los judíos, a quienes se responsa-

[13] Véase Dietrich Bracher, Karl (1995), cap. 7, pp. 64-152.

bilizaba del deicidio. No son escasas las fuentes que ponen en evidencia la exclusión a la que se los pretendía someter ni el hecho de que, desde el medioevo, se les adjudicara la responsabilidad sobre distintas calamidades. Sin embargo, estas actitudes antijudías nunca alcanzaron la amplitud y la radicalización que alcanzarían durante el nazismo. Con la toma del poder quedó libre el camino para transformar en realidad el objetivo que ya figuraba en *Mein kampf* y en el programa del Partido: eliminar la influencia cultural, política, social y económica judía y proceder a la sistemática expulsión de los judíos del Estado nacionalista. El "espíritu ario" no podía ser atacado por ese "fermento de descomposición".

Desde la radio y la prensa se puso en práctica una activa campaña difamatoria contra los judíos. En las escuelas y en todas las universidades se estableció como obligatoria una "ciencia de la raza": se trataba de formar a la juventud alemana en un antisemitismo que constituiría la base de la Gran Alemania "aria" que se procuraba construir. La campaña parecía contar con consenso. En rigor, no se levantaron protestas cuando ya en abril de 1933 se estableció el boicot a los comerciantes judíos. Tampoco las hubo cuando los judíos perdieron los derechos políticos y se estableció que ninguno podía ocupar cargos públicos. No se levantó ninguna ola de indignación entre los profesores de escuelas y universidades cuando fueron expulsados de las cátedras sus colegas judíos. Tampoco hubo reacciones –más allá de muestras de solidaridad individual– cuando en marzo de 1941 se decidió la exterminación biológica de los judíos, misión encomendada a las tropas de asalto de las SS en distintos campos de concentración, de los que Auschwitz alcanzó la más trágica celebridad.

La intención de explicar el Holocausto ha generado un amplio debate historiográfico. En 1996, en una controvertida obra, Daniel Goldhagen sostenía que los principales perpetradores del Holocausto eran alemanes "comunes" y que la única motivación para el genocidio era el antisemitismo eliminacionista de la cultura alemana, incubado durante mucho tiempo.[14] Desde su perspectiva, este antisemitismo omnipresente y virulento impregnó a la sociedad alemana de una manera distintiva y casi única y transformó a los alemanes corrientes en verdugos voluntarios capaces de llegar a límites extremos, más allá incluso de las políticas diseñadas por el Estado nazi. Era un antisemitismo fundado política e institucionalmente que formaba parte de la misma "identidad" nacional alemana.

El libro de Goldhagen –basado en su tesis doctoral defendida en la Universidad de Harvard– tuvo un gran éxito editorial que alcanzó a un amplio público. Desde los ámbitos estrictamente académicos, en cambio, se cuestionaron muchos de los criterios metodológicos empleados por el autor.[15]

[14] Véase Goldhagen, Daniel (1998).

Es cierto que Golhagen no ensaya ninguna explicación en torno a las condiciones sociales y políticas que permitieron la radicalización del antisemitismo, sin embargo, su interés, al ubicar el problema como intríseco a la cultura alemana, radica en abrir una línea de investigación que supera otros intentos explicativos del Holocausto.

Las explicaciones clásicas sobre el Holocausto siguieron dos tendencias. Por un lado, la línea representada, entre otros, por Saul Friedlander y Steven Katz hizo hincapié en la importancia del antisemitismo en la determinación de las políticas nazis, las dimensiones irracionales del sistema y la importancia de la figura carismática de Hitler sustentadora de la radicalización racial alemana. Por otro lado, una segunda línea representada por Adorno, Horkheimer y Hannah Arendt, pone énfasis en la racionalidad instrumental y burocrática del exterminio, en los tecnócratas nazis, en el surgimiento de una ciencia racista, y en la crisis de la sociedad occidental.

Más recientemente, una línea de debate fue abierta por Ernest Nolte y Francois Furet.[16] Mientras el historiador alemán Nolte, en una posición "revisionista" que intenta limitar los efectos del Holocausto, considera a los judíos no como víctimas de una empresa infame sino como actores necesarios de una tragedia, el francés Francois Furet sostiene que el antisemitismo moderno estaría basado en una privilegiada relación de los judíos con el mundo de la democracia. En su respuesta a Nolte, Furet señala que mientras el antisemitismo, en el medioevo, está arraigado en el mismo cristianismo –la negativa judía a reconocer la divinidad de Cristo, el diecidio– el moderno, si bien las antiguas motivaciones pueden persistir, "acusa al judío de ocultar, bajo la universalidad abstracta del mundo del dinero y de los Derechos del Hombre, una voluntad de dominación del mundo, que comienza por un complot en cada nación en particular [...] De muy buena gana reconozco que la representación imaginaria que el antisemita tiene del judío deriva no sólo de una herencia histórica, sino del conjunto de observaciones sobre la parte que los judíos tomaron en la economía capitalista, en los movimientos de izquierda o en las cuestiones del espíritu en las naciones de la Europa democrática". La transformación de ese juicio, que puede llamarse "racional" aunque sea para deplorar tal estado de cosas,

[15] Véase Filchelstein, Federico (ed.) (1999).

[16] Véase Nolte, Ernest (1996) y Nolte, Ernest y Furet, Francois (1998).

en ideología de exterminio, es lo que caracteriza el paso de lo racional a lo irracional. Y se opera por el deslizamiento de esa idea –el papel desempeñado por los judíos en la modernidad– en un medio de movilización de masas y un imperativo de la acción política. En esta línea, los judíos fueron transformados, en el imaginario colectivo, en agentes constantes y activos de un complot contra la nación. Sin embargo, más allá de las interpretaciones, una cosa queda clara: el Holocausto demuestra el grado de monstruosidad que los hombres y las mujeres somos capaces de alcanzar.

El irracional nacionalismo que se alentó en Alemania tenía como objetivo también la expansión y la guerra. Después de formar el Eje Roma-Berlín, de participar en la Guerra Civil española, de firmar el Pacto AntiComintern con Japón (1936), Hitler anexó Austria (1938) e invadió Checoslovaquia (1939). Ya desde abril de 1939, Hitler había expresado sus intenciones de anexar Danzig y exigió a Polonia la concesión de un camino y un ferrocarril para atravesar el "corredor polaco". Ante la situación creada, Gran Bretaña y Francia firmaron un tratado militar para garantizar la defensa de Polonia. Finalmente tras una serie de ultimátums que fueron rechazados por el gobierno polaco, las fuerzas alemanas invadieron Polonia el primero de septiembre de 1939. La guerra se reiniciaba.

1945: El fin de la guerra

En rigor, en su reanudación, la guerra fue un conflicto exclusivamente europeo: una guerra "civil" que enfrentaba a fascistas y antifascistas. En una primera etapa, la guerra fue favorable para los alemanes. Tras una rápida expansión, Alemania controlaba, a mediados de 1940, Austria, Checoslovaquia, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda, Polonia y gran parte de Francia; al año siguiente invadía Bulgaria, Yugoslavia y Bélgica. La rapidez de la ocupación demostraba la eficacia de la nueva técnica militar empleada, la *blitzkrieg* (guerra relámpago). Ésta consistía en devastadores bombardeos, posibles por la abrumadora superioridad aérea alemana, contra fortificaciones, carreteras, ferrocarriles, fábricas, centrales eléctricas, etc. En medio del caos y la destrucción reinante después de los bombardeos, el segundo paso era, por tierra, el avance de los tanques arrasando lo que quedaba y, tras los tanques, el avance de la infantería, que garantizaba la ocupación del territorio.

Pero esta situación bélica favorable pronto se agotó. En junio de 1940, sin previa declaración de guerra, las fuerzas alemanas invadían la URSS –rompiendo el pacto nazi-soviético de 1939, con el que Hitler había buscado garantizar la neutralidad de Stalin– en un frente que se extendía desde el mar Blanco hasta el mar Negro. El ataque a Stalingrado fracasó y con la táctica de "tierra arrasada" los rusos infligieron considerables pérdidas a los alemanes. Además, el invierno ruso hizo fracasar la técnica del *blitzkrieg*. Con una guerra en dos frentes, Alemania se veía condenada a perder posiciones. Además, desde fines de 1941, la guerra nuevamente había dejado de ser un conflicto europeo: no sólo se había extendido al norte de África, sino que Japón atacó a una base militar estadounidense en el Pacífico.

En Japón también se había instalado un sistema de carácter fuertemente nacionalista que se expresaba en una idea esencial: la concreción del espíritu imperial mediante una política expansionista. En esa línea, después de haber firmado el Pacto AntiComintern, Japón había ocupado el Manchu-kuo con el objetivo de consolidar su hegemonía. A partir de ese momento (1937) estalló la guerra chino-japonesa que luego se confundió con la guerra general. Y el ataque a Pearl Harbor fue el motivo que determinó al renuente Congreso de los Estados Unidos autorizar al presidente Roosevelt a participar en la guerra (1942). A partir de ese momento la coalición de fuerzas fue la del Eje (Alemania, Italia y Japón), enfrentada a los Aliados (Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética). En síntesis, en la guerra se enfrentaban nuevamente las principales potencias industriales.

La guerra dependía en gran medida de la capacidad para producir armamentos, lo que implicaba gran concentración de capitales y métodos adecuados de producción en masa. Gracias al "Plan de los Cuatro Años", Alemania había ingresado en la guerra en coincidencia con una óptima producción; sin embargo la situación varió a partir de 1942. Comenzó a registrarse una aguda crisis de producción y un grave déficit de mano de obra. Se intentaron programas de emergencia, se requisaron las zonas ocupadas y contigentes de mano de obra fueron enviadas a las fábricas alemanas. Pero esto no impidió que en 1943 la crisis alcanzara su punto más agudo y que debiera declararse la "movilización total". Situaciones similares eran atravesadas por Italia y por Japón. En síntesis, se debilitaba la capacidad de producción del Eje, en el momento en que se daban los ataques cada vez más intensos de los Aliados. Además, la consolidación de los movimientos de resistencia en las zonas ocupadas minaban la "colaboración".

En julio de 1943, los aliados ocuparon Sicilia y la situación italiana llegaba a un punto crítico. Mussolini fue acusado de "servilismo" con Alemania, depuesto por el Gran Consejo Fascista y apresado por orden del rey Víctor Manuel III. Inmediatamente Italia firmó la capitulación (septiembre de 1943). Ante esto, Alemania invadió el norte de Italia y rescató a Mussolini, quien mediante un golpe de Estado fue nombrado –tras abolir a la monarquía– presidente de la República Social Fascista.

Sin embargo, la suerte del Eje estaba echada y la ofensiva soviética sobre Berlín determinó el fin de la guerra. El 24 de abril de 1945, Mussolini se aprestaba a huir, pero fue capturado y ejecutado por guerrilleros de la resistencia italiana. Dos días más tarde, Hitler, junto con su amante Eva Braun, se suicidaba en los sótanos de la Cancillería del Reich. El 7 de mayo, Alemania firmaba la capitulación. El conflicto aún continuaba en el Pacífico, pero la solución fue drástica: la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki determinó la rendición de Japón, dejando un incalculable saldo de pérdidas humanas. La guerra había terminado con los regímenes fascistas, pero también había modificado al mundo de la democracia. A partir de ese momento las altas inversiones en armamentos y la revolución tecnológica permanente en el campo bélico habían encontrado una salida para la crisis del capitalismo.

Terminaba entonces la Guerra de los Treinta y un Años: una guerra iniciada en 1914 con el asesinato del archiduque de Austria en Sarajevo y acabada con la bomba atómica en 1945, dividida por un conflictivo período de entreguerra. Y dejaba a un mundo profundamente transformado.[17]

Los contemporáneos hablaron de Primera y de Segunda Guerra Mundial. Hubo indudables diferencias entre ambos períodos de la guerra, pero también resulta indiscutible su continuidad. Entre ambas hubo muchas semejanzas. Fueron dos episodios de una carnicería sin posible parangón, que dejaron imágenes de pesadillas tecnológicas –la memoria de los gases tóxicos y de los bombardeos, después de 1918, y de la nube de destrucción nuclear, después de 1945– que marcarían a los sobrevivientes y a la siguiente generación. También ambos conflictos concluyeron con el derrumbamiento y la revolución social en extensas zonas de Europa y Asia. Ambas dejaron a beligerantes extenuados, con la excepción de los Estados Unidos. Pero la continuidad está dada sobre todo por el hecho de que la segunda parte de la guerra concluyó con los problemas que la primera había dejado pendientes. Acabó con los problemas de la economía capitalista –por lo menos por un tiempo– y el progreso de la vida material sostuvo la democracia política occidental. Después de la guerra los viejos enemigos –Alemania y Japón– acabaron integrándose a la economía del mundo occidental, mientras surgían nuevos enemigos –Estados Unidos y la Unión Soviética– que nunca se enfrentarían en el campo de batalla. La guerra cambiaba de escenario y se desplazaba hacia el "tercer mundo".

17 Hobsbawm, Eric (1995), cap. 1, pp. 29-61.

2. La sociedad contemporánea

El mundo de la posguerra

La Guerra Fría

Tras la guerra mundial, era indudable que los Estados Unidos y la Unión Soviética se constituirían en las potencias hegemónicas dentro del concierto internacional. Ya entre 1943 y 1945 se había esbozado la línea demarcatoria que dividiría a Europa, tanto en función de las cumbres internacionales en que habían participado Churchill, Stalin y Roosevelt, como por el innegable hecho de que los ejércitos soviéticos eran los que habían derrotado a Alemania. En síntesis, la guerra terminó con el fin del sistema de equilibrio entre las potencias europeas, entretejido desde el siglo XVI. En su lugar surgía un nuevo ordenamiento internacional.

Dentro de ese nuevo ordenamiento, los países europeos dependerían de las relaciones soviético-americanas y podrían influir en su desarrollo según su importancia estratégica para los dos nuevos centros hegemónicos. Estaba claro además que ambas potencias estaban interesadas en la rápida estabilización económica de una Europa que había quedado devastada por la guerra.

Además era necesario atender urgentes problemas sociales: la desmovilización de los ejércitos, la inserción de masas de gente en la vida civil y productiva, la situación de los prisioneros de guerra, de los confinados en campos de concentración y de muchos que habían sido desplazados de sus lugares de origen. Ante la difícil situación, el gobierno de los Estados Unidos temía, al acabar la guerra, una nueva crisis de superproducción sin los socios ni los mercados europeos; en la URSS se temía que los debilitados estados europeos cayeran bajo la dependencia de los Estados Unidos que rápidamente habían concedido créditos y suministros de socorro. De este modo, ya desde fines de la guerra, Europa se convirtió en el centro de temores y planes contrapuestos aún antes de que la división en un bloque oriental y un bloque occidental fuese una realidad inalterable.[18]

La línea comenzó a estabilizarse paulatinamente. En los países europeos, muchos partidos conservadores o de derecha habían quedado desprestigiados por el explícito o implícito apoyo otorgado al fascismo. Al mismo tiempo, crecía el prestigio de la izquierda, en particular del Partido Comunista, prestigio que estaba avalado por el triunfo de la Unión Sovié-

18 Véase *ibid.*, cap. 8, pp. 229-259.

tica sobre Alemania y por el papel que los comunistas habían jugado en los movimientos de resistencia. Coaliciones de izquierda se impusieron en Polonia, Yugoslavia, Bulgaria, Rumania, Albania, Hungría y Checoslovaquia, que en distinto grado y en distintas condiciones, quedaron bajo la órbita de la URSS. De este modo, Europa oriental se separaba de la occidental por lo que Winston Churchill había definido en 1946 como el "telón de acero": una línea que se extendía del Báltico hasta el Adriático, pasando por las zonas de ocupación soviética en Alemania.

Pero el éxito de los partidos comunistas no se había dado sólo en Europa oriental, también ganaban adeptos en Italia, en Francia, en Grecia. Incluso, en Gran Bretaña, el ascenso de la izquierda se expresó en el triunfo del Partido Laborista en julio de 1945, que desplazó al conservador Winston Churchill como primer ministro. Desde la perspectiva de los Estados Unidos, el ascenso de la izquierda, y fundamentalmente del comunismo, se alimentaba de la pobreza y de la desesperación: era necesario actuar para contener la marea ascendente de esa amenaza. Tal fue el objetivo del Plan Marshall (1948) que otorgó ayuda financiera para acelerar la recuperación económica. Pero, desde la perspectiva de la Unión Soviética, esto constituía una indebida intromisión de los Estados Unidos en los asuntos internos de los países europeos. Y con esto comenzaron las tensiones que se definieron como la *Guerra Fría*.

El conflicto se agudizó en torno a la situación de Alemania. En efecto, tras la guerra, Alemania había sido dividida en cuatro zonas que fueron ocupadas por los vencedores. Hacia 1948, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos comenzaron las gestiones encaminadas hacia la unificación, al mismo tiempo que se tomaban medidas para formar un gobierno elegido por los propios alemanes. En síntesis, se daban los pasos conducentes a la formación de la República Federal de Alemania. Ante esto, la Unión Soviética procedió al establecimiento de un gobierno "títere" en Alemania oriental que pasaría a constituirse en la República Democrática Popular alemana.

Las tensiones que se generaban en una Alemania dividida tuvieron su mayor expresión en la ciudad de Berlín. La antigua capital alemana estaba también repartida entre las distintas fuerzas de ocupación, pero se encontraba enclavada en territorio soviético. En un intento de expulsar a los aliados de Berlín, la URSS cerró los accesos a la ciudad pese a las protestas internacionales. Los aliados pudieron mantener el control, sobre todo de suministros de provisiones para la población urbana, a través de la intensificación de las comunicaciones aéreas. Sin embargo el bloqueo de 1948, si bien fue temporario, anunciaba medidas más definitivas. En efecto, en 1961, para evitar la fuga hacia la zona occidental, las autoridades de Alemania oriental comenzaron la construcción de un sólido muro de cemento que atravesaba la ciudad de norte a sur. La metáfora del "telón de hierro" adquiría consistencia física y el Muro de Berlín se transformó en el símbolo más consistente de la Guerra Fría.

Pero la Guerra Fría no se expresaba sólo en el control de territorios y poblaciones. Ya hacia el fin de la guerra, los Estados Unidos habían demostrado con la bomba atómica que habían desarrollado un armamento de gran potencia destructiva. Pero esta supremacía pronto se acabó: en agosto de 1949 también la Unión Soviética produjo su primera explosión atómica. A partir de ese momento, la carrera armamentista se transformó en un elemento central de la Guerra Fría. La cantidad de armamento nuclear o químico, los emplazamientos y el número de cabezas de misiles, es decir, la capacidad destructiva que era capaz de desarrollar cada una de las "superpotencias" se transformó en el eje de la Guerra Fría. Según los discursos gubernamentales, estos armamentos no tenían como objetivo iniciar un ataque, sino que tenían solamente objetivos de defensa o de "disuasión". Sin embargo, también comenzó a instalarse el temor de que la Guerra Fría pudiera transformarse en "caliente" provocando un holocausto mundial.

La noticia de la capacidad nuclear de la Unión Soviética llevó al presidente Truman a asumir un discurso donde se presentaba al comunismo como un bloque monolítico y en expansión que sólo podía ser contrarrestado por un programa de contención. La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), considerada hasta ese entonces como una garantía de protección psicológica, se transformó en un ejército de defensa, después de que el inicio de la Guerra de Corea (1950) provocó un rebrote de los sentimientos anticomunistas y del temor a la expansión soviética. En respuesta a la OTAN, la Unión soviética organizó el Pacto de Varsovia (1955). De este modo, en la década de 1950, los bloques quedaban formalizados.

La imagen difundida por la Guerra Fría, de un mundo dividido en bloques mutuamente amenazantes, que caminaba sobre el filo de una navaja, pasó a formar parte del sentido común de la sociedad. Era una imagen incansablemente repetida y que, por ejemplo, el cine de Hollywood reprodujo sin temor a las reiteraciones.[19]

Sin embargo, como señala Hobsbawm, la singularidad de la Guerra

[19] Stanley Kubrik, por su parte, filmó *El Doctor Insólito o cómo aprendí a no preocuparme y amar la bomba* (1964), con Peter Sellers y George Scott. En este film, considerado una protesta moral de rechazo contra el paradigma dominante, Kubrik deja al descubierto el irracional terror americano al comunismo de la década de 1960 y muestra los riesgos de la Guerra Fría.

Fría estribaba en que, más allá de la retórica de ambos bandos, no había ningún peligro inminente de guerra mundial, a pesar de algunos incidentes como la "crisis de los misiles" (1962). Es cierto que en la década de 1970, la Guerra Fría se intensificó: la derrota en la guerra de Vietnam y los conflictos en Oriente Próximo habían debilitado a los Estados Unidos que respondió con una extraordinaria aceleración de la carrera armamentista. Sin embargo, esto tampoco alteró el equilibrio global.

De allí, las preguntas planteadas por Edward P. Thompson: ¿cuál es el significado de la Guerra Fría?, ¿cuáles son los objetivos a los que efectivamente sirvió?[20]

Indudablemente, la imagen de bloques sólidos, sin ningún tipo de fisuras, que construyeron mutuamente los antagonistas no corresponde a la realidad. Dentro del bloque "libre", occidental o capitalista no todos los países acataron disciplinadamente las consignas estadounidenses: el laborismo británico, la socialdemocracia alemana, la democracia cristiana en Italia, muchas veces adoptaron posiciones autónomas. Otro tanto ocurría dentro del bloque comunista, oriental o soviético: la Yugoslavia de Tito (que en 1948 fue expulsada del bloque), los conflictos surgidos en Polonia (1956), en Hungría (1956) y en Rumania (1963), la ruptura de relaciones entre la URSS y China (1964) y la "primavera de Praga" (1967) también fueron expresiones de las tensiones internas.

¿De dónde surgió entonces la imagen de bloque monolítico? Esa imagen fue la que construyó el "otro", buscando asegurar su propia existencia. Según Thompson, la Guerra Fría fue un "negocio" que se inauguró a partir de 1947, pero que posteriormente se independizó de sus orígenes para transformarse en un fenómeno encerrado en sí mismo; un fenómeno autónomo que, además, se autorreproducía. A medida que el poder militar de cada una de las "superpotencias" crecía año tras año, la Guerra Fría generaba sus propias estructuras. La carrera armamentista contaba con directores, administradores, productores e inversores interesados en que el negocio se ampliara y perdurara. En ambos bloques había intereses materiales muy poderosos: personal militar e industrial, investigadores para el desarrollo de las nuevas tecnologías bélicas, servicios de seguridad y de espionaje. Eran grupos que manejaban importantes y crecientes partidas de recursos, controlaban el desarrollo científico y ejercían una indudable influencia en la vida económica y social. Y el mantenimiento de esa estructura dependía básicamente de la Guerra Fría. Lo importante es marcar el carácter recíproco de este proceso: para que existiera uno debía existir necesariamente el

[20] Véase Thompson, Edward P. (1983), pp. 199-240.

otro. Los proyectiles soviéticos alimentaban a los proyectiles de la OTAN y éstos a los soviéticos, y así indefinidamente. En síntesis, la principal característica de la Guerra Fría fue su autorreproducción.

Pero la Guerra Fría generó una visión del mundo que también se reprodujo. Para definir a un "nosotros" es necesario definir a un "otro". Y si ese "otro" se presenta como algo amenazador, los vínculos que constituyen al "nosotros" se fortalecen. De esta manera, la Guerra Fría permitió homogeneizar a la sociedad y construir el consenso dentro de cada bloque. Según Thompson, la amenaza del "otro" se había internalizado de modo tal en la cultura estadounidense y en la soviética que la identidad de muchos de sus ciudadanos estaba íntimamente a las premisas de esta guerra.

En efecto, los Estados Unidos contaban con una población dispersa en medio continente, proveniente de distintas oleadas inmigratorias que no se organizaba tanto horizontalmente, en clases o grupos sociales, como verticalmente según orígenes regionales, étnicos o lingüísticos: negros, hispanos, polacos, italianos, judíos, irlandeses y chinos mantenían sus propias estructuras mentales y culturales. Además, el mito norteamericano de las posibilidades de ascenso que los Estados Unidos ofrecían para todos reforzaba el individualismo e impedía trazar objetivos comunes. El modo de contrarrestar esas fuerzas centrífugas fue la ideología de la Guerra Fría. La existencia de un "otro" amenazador permitió fortalecer la identidad de "norteamericanos libres". Además, el virulento anticomunismo permitía consolidar la disciplina interna: permitió descabezar sindicatos o marginar ciudadano de la política. Y esto explica el éxito logrado por las políticas del *macartismo* en la década de 1950.

El clima de la Guerra Fría preparó indudablemente el terreno al senador republicano Joseph McCarthy, quien en febrero de 1950 ya había denunciado la existencia de comunistas en el propio Departamento de Estado de los Estados Unidos. Pero el estallido de la Guerra de Corea contribuyó además a crear una atmósfera donde sus denuncias indiscriminadas llegaron a tener gran respaldo popular. Incluso, estas denuncias llevaron a la formación de un Comité en el Senado responsable de las investigaciones. McCarthy –de gran habilidad en el manejo de la prensa, la radio y la televisión– logró que, en medio de sentimientos anticomunistas que alcanzaban la histeria, cualquier pertenencia, presente o pasada, a cualquier organización reformista, liberal o internacionalista resultase sospechosa. El fin de la guerra de Corea, en julio de 1953, restó impulso a las campañas del macartismo. Finalmente, en 1954, las denuncias de McCarthy sobre un supuesto espionaje en las fuerzas armadas le valió una censura del Senado que acabó con su carrera.

En la Unión Soviética sucedía algo semejante. Dentro de un complejo conglomerado de distintas nacionalidades, distintos grupos lingüísticos, religiosos y étnicos, la Guerra Fría cumplió una función de cohesión. En la cultura soviética, la identidad de los ciudadanos surgía de la convicción de ser los herederos de la primera revolución socialista, revolución amenazada por un "otro", el imperialismo capitalista. Y también la Guerra Fría permitió el disciplinamiento. La amenaza del "otro" transformó a cualquier conflicto social o intelectual en una amenaza para el Estado soviético y legitimó la represión. De este modo se justificaron el terror indiscriminado desatado contra quienes fueron considerados "contrarrevolucionarios" en la época de Stalin, y el avance de los tanques soviéticos aplastando los movimientos disidentes en Hungría (1956) y Checoslovaquia (1967).

En síntesis, también por el papel cumplido dentro de cada uno de los bloques, la Guerra Fría era un fenómeno que había cobrado autonomía. Ante la pérdida de control racional sobre ese fenómeno, para muchos –como para Thompson o como lo muestra la película de Kubrik– el problema era entonces la amenaza de una guerra nuclear completamente destructiva para toda la humanidad.

La irrupción del "Tercer Mundo"

Desde fines de la guerra, diversos movimientos revolucionarios e independentistas fueron esbozando el concepto de "Tercer Mundo". ¿Por qué entre comillas? Porque es un concepto difuso, con una doble acepción económica y política. Supone que incluye países con economías dependientes tanto de uno como de otro bloque, y que aspiran a una independencia que es tanto económica como política. Sin embargo, dentro de tal conceptualización nos encontramos con países socialistas y capitalistas, lo que pone en duda la idea de "tercerismo". El único punto en común es el de ser países identificados con la dependencia colonial generada por la expansión del imperialismo.

En términos generales, se trataba de regiones caracterizadas por continuar siendo abastecedoras de materias primas y de productos alimenticios, y mercados para los productos industriales y las inversiones de capitales de las metrópolis. Las exportaciones comprendían un número muy escaso de productos claves (por ejemplo: Indonesia, carbón; Birmania, caucho; Filipinas, azúcar). Esto significaba que la economía dependía de la monoproducción. Cualquier problema, como la caída de los precios en el mercado mundial, provocaba inmediatamente una crisis general que afectaba a toda la economía y a todas las capas de la sociedad.

Pero además, la acción de los países metropolitanos había impulsado el desarrollo capitalista en algunas regiones, lo que trajo algunas consecuencias. Se acentuaron los desequilibrios internos, particularmente entre las ciudades y el campo.

Las ciudades fueron los centro de la actividad bancaria y comercial y donde se dieron algunos, aunque limitados, procesos de industrialización, al mismo tiempo que las áreas rurales continuaban manteniendo un marcado carácter tradicional. Pero estos procesos también modificaban la estructura social: en las ciudades comenzaban a surgir nuevos grupos sociales vinculados a las nuevas actividades.

Parte de las burguesías nativas prosperaron al ritmo del comercio de exportación-importación y de las actividades financieras; pero otros sectores, vinculados al mercado interno, debieron afrontar la competencia extranjera en inferioridad de condiciones. De este modo, la actividad política de esta burguesía, a la que se unieron grupos de profesionales e intelectuales, se manifestó en la creación de partidos nacionalistas y en la participación en movimientos democráticos y antimperialistas. En estas actividades políticas también confluyeron sectores populares. Por un lado, el proletariado crecía en la medida en que evolucionaba el sector capitalista de la economía. Era mano de obra recién emigrada del campo, barata y abundante, que sufría duras condiciones de trabajo. Y muy pronto cualquier conflicto laboral adquirió el carácter de una lucha nacional contra la dominación extranjera. Por otro lado, también en las áreas rurales, los movimientos campesinos contra los grandes propietarios (en muchos casos, extranjeros o empresas extranjeras) adquirían la forma de una lucha nacional.

Estos movimientos, que agrupaban a distintas fuerzas sociales, se basaban en el principio de que cada país tenía derecho a elegir su destino político. Además, el logro de la independencia era considerado indisociable de un amplio programa de reformas que incluía puntos referidos al desarrollo de una economía autónoma, al mejoramiento de las condiciones de vida y a la afirmación de una cultura que revalorizase las tradiciones locales. Estos programas eran, por lo general, bastante ambiciosos y los procesos posteriores demostraron que lo más sencillo fue quizá obtener la independencia política. En efecto, una vez lograda esta independencia, las mayores dificultades provinieron de la organización de estos nuevos estados. Surgieron diferencias entre los distintos grupos sociales, políticos y étnicos que habían integrado los frentes nacionales; pero además los conflictos se agravaron en la medida en que se transformaron en fértil terreno para la Guerra Fría. De esta manera, dentro de cada nuevo Estado los sectores más moderados o más conservadores contaron con el apoyo de los Estados Uni-

dos y los sectores más radicalizados contaron con el apoyo, primero, de la URSS y luego, de China.

En Asia, movimientos nacionalistas que integraron a distintas fuerzas sociales, ya se habían desarrollado desde las primeras décadas del siglo XX. Un ejemplo lo tenemos en los comienzos de la revolución china (1911-1912).

Pero el ejemplo de la Revolución Rusa, el impacto de la crisis económica de 1930 y de la Guerra Mundial hicieron que, después de 1945, estos movimientos fueran incontenibles. Los movimientos asiáticos estuvieron integrados por distintos elementos. En algunos casos, hubo también grupos que actuaron por motivaciones religiosas. Frente a la penetración de las misiones cristianas, tanto protestantes como católicas, percibidas como elementos estrechamente vinculados al dominio político y económico extranjero, estos grupos intentaron hacer de las religiones tradicionales el símbolo de la identidad nacional. Esto fue característico de algunos países, como Birmania y Camboya, donde las asociaciones budistas se transformaron en núcleos de la propaganda nacionalista.

Sin embargo, los núcleos principales de estos movimientos fueron dos: 1) los partidos nacionalistas, integrados por intelectuales, con aportes de la burguesía y de sectores populares, y 2) los "frentes populares", organizados por los distintos partidos comunistas nacionales en alianza con otros grupos políticos.

Dentro del primer grupo, tenemos el caso de Indonesia, antigua colonia holandesa, que declaró su independencia bajo la conducción de Sukarno, líder del Partido Nacionalista, en 1945 (y fue reconocida por Holanda en 1947). Pero el caso más notable lo constituyó la India. Ya desde fines del siglo XIX nos encontramos en la India con un movimiento independentista que se institucionalizó en el Partido del Congreso. Esta acción política, después de 1918, se combinó con la acción de Mahatma Gandhi que propuso un movimiento de "resistencia pasiva", de retiro de colaboración y de boicot a los productos extranjeros, que muy pronto demostró la fragilidad de la hegemonía inglesa.

Después de la guerra, se agudizaron los conflictos entre los ingleses y los nacionalistas indios que finalmente llevaron a la independencia en 1947. Empero, desde ese entonces, la India estuvo sacudida por profundos conflicto internos, regionales y religiosos. Estallaron conflictos entre la India, mayoritariamente hindú, y el Pakistán, musulmán. Incluso, Gandhi cayó asesinado por un fanático hindú ante las concesiones que se habían hecho a los musulmanes pakistaníes. Así, desde el establecimiento de la independencia los conflictos religiosos jalonaron la historia de la India (con picos importantes en 1948, 1965, 1971).

Los movimientos del segundo grupo, los "frentes populares", también se dirigían contra el dominio extranjero, pero además aspiraban de sistemas políticos y económicos socialistas. En Asia –si bien algunos autores consideran que dentro de este grupo puede encuadrarse la Revolución China–, fue especialmente el caso de Indochina, colonia francesa en donde Ho Chi Minh había proclamado la independencia en 1945 y establecido la República Democrática de Vietnam, de carácter socialista. La independencia de Vietnam dio origen a una larga y cruenta guerra, que culminó en 1954 cuando los franceses fueron derrotados en Diem Bien Puh. Los Tratados de Ginebra ordenaron el alto al fuego, de modo tal que las tropas de ambos bandos se agruparon a cada lado del paralelo 17. El norte, con capital en Hanoi, quedó controlado por el Frente Unificado Nacional, conducido por Ho Chi Minh; el sur, con capital en Saigón, quedó controlado por la dictadura anticomunista de Ngo Dinh Diem. Pero el conflicto se reinició cuando en el sur se formó, en 1960, el Frente de Liberación de Vietnam del Sur y comenzó una guerra que se extendió a Laos y Camboya y en la que los Estados Unidos tuvieron una activa participación. El conflicto terminó en 1976 con la derrota de los Estados Unidos y la reunificación del territorio en la República Socialista de Vietnam, con capital en Hanoi.

Los movimientos independentistas también se dieron en África. Desde fines del siglo XIX, y principalmente desde 1884, África fue repartida entre los países europeos en distintas áreas de dominación política y económica.

La economía fue organizada fundamentalmente en función de la exportación de productos agrícolas, en grandes plantaciones dedicadas al monocultivo, cacao, café y la explotación del caucho. Dentro de este esquema, el comercio fue monopolizado por grandes empresas agroexportadoras de origen europeo. Con esta base económica, la situación fue particularmente difícil después de la crisis de 1930. La caída de los precios agrícolas obligaba a exportar cada vez más para poder importar más o menos lo mismo. En este contexto, después de la guerra, también en África surgieron vigorosos movimientos nacionalistas.

La administración colonial había dado origen a una capa de nativos educados en Estados Unidos o en Europa. Estos sectores configuraban una capa de funcionarios, empleados, maestros, profesores universitarios, profesionales, e incluso militares que configuraron una *intelligenzia* africana que proveyó los líderes nacionalistas. Sobre estas bases, en la década de 1950, estallaron diversos conflictos, aunque los procesos se adaptaron a las distintas condiciones locales. De este modo, nos encontramos con movimientos de diferente tipo según tomemos como referencia el África musulmana o el África negra.

En el caso del África musulmana, los movimientos por la independencia comenzaron en Egipto, antiguo protectorado inglés. La monarquía egipcia estaba sostenida en realidad por el apoyo de Gran Bretaña, cuya presencia, sobre todo expresada en las tropas británicas encargadas de mantener el orden interno, causaba una marcada irritación en la sociedad. Esto no impedía, sin embargo, que se desataran huelgas, motines y manifestaciones sin que el gobierno encontrara una salida política. Dentro de ese clima, cobró importancia una organización interna del ejército egipcio, el grupo llamado de "Oficiales libres" que sostenía posiciones nacionalistas y propugnaba un proyecto político de nacionalización e incluso de modernización de la economía. El principal dirigente del grupo fue el coronel Nasser que dio un golpe militar, en 1952, por el que se pudo establecer la República (1953). Nasser llegó además a un acuerdo con Gran Bretaña que comenzó a retirar sus tropas. De este modo, en 1956, cuando culminó este retiro quedó garantizada la independencia de Egipto.

El golpe militar nacionalista en Egipto, en 1952, avivó los sentimientos nacionalistas árabes que impulsaron nuevos movimientos independentistas: en 1952, se estableció la República de Libia; en 1956, Sudán se liberó de la presencia tanto de egipcios como de ingleses y proclamó la República; en 1956, también se dieron los movimientos en Marruecos y en Túnez, que se independizaron de España y de Francia, respectivamente. Y también en 1952 comenzó la lucha por la independencia de Argelia, colonia francesa. Pero este proceso fue mucho más conflictivo y generó una larga guerra. El problema era que en Argelia se había establecido un número considerable de colonos franceses, que tenían un relevante papel dentro de la economía y en la organización política local. De esta forma, el movimiento independentista tuvo que enfrentarse no tanto con las tropas francesas como contra estos colonos, muchos de los cuales eran ya nacidos en Argelia, que se negaban a aceptar la independencia. La guerra abierta se declaró en 1954 y fue dirigida por el Frente de Liberación Nacional, de orientación socialista, que después de una lucha bastante cruenta fue consolidando posiciones.

El gobierno francés, presidido por el general Charles De Gaulle, decidió entonces iniciar las conversaciones destinadas a otorgar la independencia a Argelia. La decisión fue tomada, en parte, por las derrotas militares que los argelinos habían ocasionado, pero también por la presión de la opinión pública francesa. En efecto, cuando se conocieron los cruentos detalles de la guerra, dentro de la misma sociedad francesa pronto surgió un movimiento a favor de la independencia argelina. Pero los colonos no estaban dispuestos a admitir que Argelia abandonara su situación colonial y organizaron una fuerza armada, la OAS, dispuestos a resistir. La OAS desencadenó una serie de atentados terroristas tanto en Argelia como en Francia: en alguno de ellos, el mismo De Gaulle salvó sorprendentemente su vida. De este modo, la guerra se prolongó hasta 1962 en que se firmaron los acuerdos de Evian y, después de un sonado plebiscito, se le otorgó la independencia a la antigua colonia.

En el caso de los movimientos independentistas del África negra, la situación fue muy complicada. La primera vez que se formuló la aspiración a la independencia fue en 1945 cuando se reunió el Congreso Panafricano. Esta aspiración fue formulada por Nkrumah, un líder de la independencia africana, quien más tarde sería el presidente de Ghana. Sin embargo, los movimientos nacionalistas surgieron algunos años más tarde, a mediados de la década de 1950 y en las dos décadas siguientes. La mayor dificultad que tuvieron los líderes negros africanos no fue en conseguir la independencia. Aunque en algunos casos hubo enfrentamientos sangrientos, en muchos otros casos los países europeos estuvieron dispuestos al reconocimiento de las independencias, en gran parte por la presión internacional. El problema mayor fue lograr una mínima cohesión social que sirviera de base a los nuevos estados africanos. Una vez que se obtuvo la independencia, viejos conflictos tribales y regionales –que habían estado tapados por el poder colonial– salieron a la luz y se proyectaron en sanguinarias luchas políticas. El problema, en estos casos, fue inverso a lo que sucedió en los estados árabes dónde una lengua y una religión común y una vieja tradición cultural les daba su sostén.

Lo significativo de la constelación de nuevos países asiáticos y africanos, que surgieron en menos de dos décadas, fue que pronto repercutió a nivel mundial. No sólo ingresaron a las Naciones Unidas, atrayendo la atención mundial sobre sus problemas políticos, sociales, económicos y culturales, sino que además, si bien recibieron apoyo económico y tecnológico de las grandes potencias, fueron estados que comenzaron a actuar con cierta independencia en materia de política internacional, consolidando el Movimiento de los Países no Alineados, que buscaba incluir a los países del llamado Tercer Mundo.

Esto llevó a una transformación de los bloques de poder. Porque si bien en la oposición entre bloques regía el enfrentamiento entre capitalismo y comunismo, eran cada vez más innegables las diferencias que se planteaban entre países "avanzados" o "desarrollados" y países "atrasados" o "subdesarrollados", independientemente de que fueran capitalistas o socialistas. De esta manera, al conflicto entre bloques pronto comenzó a agregarse lo que se considera el enfrentamiento entre otra división del mundo: el Norte (avanzado) y el Sur (atrasado).

La construcción del Estado de bienestar

Tras la guerra, para los países europeos la prioridad absoluta la constituyó la recuperación económica, de modo tal que ya entre 1949 y 1950 se habían alcanzado los niveles de producción del período de entreguerra. A partir de esta base, en la década de 1950 y, sobre todo, en la de 1960, se produjo un aumento sostenido de la producción industrial. En rigor, el avance de los países europeos, incluso de Japón, fue más rápido que el de los Estados Unidos, ya que para este último país –que indudablemente dominaba la economía mundial– la prosperidad que se iniciaba en la década de 1950 implicaba una prolongación de la expansión de los años de guerra. Como señala Hobsbawm, mientras en Estados Unidos se continuaban tendencias, en los países europeos se acortaban las distancias. Ya en la década de 1950, Europa occidental aumentaba su participación en la actividad económica global sentando las bases para su prosperidad de la década de 1970.[21]

El resultado de este proceso fue el fortalecimiento de la situación económica de los países capitalistas desarrollados. Y este rápido crecimiento produjo una reestructuración y reformas sustanciales dentro del capitalismo, al mismo tiempo que un avance hacia la globalización y la internacionalización de la economía. La agricultura disminuyó su importancia en casi todas partes, tanto en lo que hace a su participación en el producto como en el empleo, siendo el sector industrial el que verificó los índices de crecimiento mayores. Por su parte, los sectores de servicios (transporte, comunicaciones, construcción, etc.) absorbieron una participación creciente del empleo.

La característica más destacada de este período fue el cambio del papel de los gobiernos respecto a la economía. La reestructuración del capitalismo facilitó a los estados la planificación y la gestión de la modernización económica, dentro de los parámetros de una economía mixta. Los grandes éxitos económicos de la posguerra en los países capitalistas, con contadísimas excepciones –como el caso de Hong Kong–, se debieron a procesos de industrialización efectuada con el apoyo, la supervisión, la dirección y, a veces, la planificación y la gestión de los gobiernos. Y hay ejemplos de esta actividad tanto en Gran Bretaña, Francia y España, en Europa; como en Japón, Singapur y Corea del Sur, en Asia. Al mismo tiempo, el compromiso con el pleno empleo y con la reducción de las desigualdades económicas –para alejar el fantasma de los conflictos sociales y de peligros del comunis-

[21] Véase Hobsbawm, Eric (1995), cap. 9, pp. 260-289.

mo–, es decir, el compromiso con el bienestar de la población y con la seguridad social permitió la expansión de un mercado de consumo masivo.

Durante los años anteriores a la guerra no se habían considerado que esos objetivos –el desarrollo económico, el bienestar de la población– estuvieran incluidos dentro de las responsabilidades gubernamentales. Los objetivos básicos de las políticas económicas habían sido el reestablecimiento de la estabilidad monetaria, el mantenimiento del patrón oro y de presupuestos equilibrados. También los instrumentos de las políticas económicas eran limitados: el arma principal de la administración de la economía era –por lo menos hasta su descrédito en la década de 1930– la política monetaria a la que se agregaban políticas en materia fiscal.

Pero a partir de la posguerra y, sobre todo, a partir de la década de 1950, el Estado no sólo aceptó la responsabilidad de mantener el pleno empleo y conseguir un crecimiento más rápido y la estabilidad económica, sino que absorbió una proporción mucho mayor y creciente de recursos nacionales, que en algunos casos supuso una extensión de la propiedad pública en las actividades de la economía. En síntesis, los gobiernos aceptaron un abanico más amplio de responsabilidades –incluyendo la administración global de la actividad económica– y utilizaron una variedad mayor de instrumentos para lograr sus objetivos.

El período de la posguerra también se caracterizó por un elevado nivel de innovación tecnológica, especialmente en aquellas industrias basadas en la investigación científica, como la química y la electrónica, y por la rápida difusión de los avances técnicos entre los principales países industriales. Los circuitos de comunicación de ideas, tecnología y productos se vieron facilitados por la desaparición de algunas barreras mercantiles, el crecimiento del comercio, especialmente de productos manufacturados, el mejoramiento general de las comunicaciones, la expansión de la inversión internacional y la explotación de nuevos productos por las compañías multinacionales. La eliminación de restricciones comerciales y la creación de nuevos tratados tuvieron un impacto favorable particularmente para el comercio europeo. En este sentido, tuvieron particular relevancia el programa de liberalización de la Organización Europea de Cooperación Económica, en 1950; la reducción de aranceles a través del GATT (Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio), y la formación de nuevas entidades como la Comunidad Económica Europea y la Asociación Europea de Libre Comercio, de fines de la la década de 1950. De este modo, la estabilidad económica lograda en este período favoreció el crecimiento. Incluso, a pesar de la división en bloques y de la Guerra Fría, la situación política se mostraba lo suficientemente estable como para estimular un mayor gra-

do de cooperación internacional. Este clima también dispuso a los Estados Unidos a participar.

Como señala Hobsbawm: "El capitalismo de posguerra era una especie de matrimonio entre el liberalismo económico y socialdemocracia (o en versión norteamericana, política rooseveltiana del *New Deal*) con préstamos sustanciales de la URSS, pionera en planificación económica." Resultaba evidente además que los gobiernos habían adoptado los principios de Keynes, configurando lo que se llamó el Estado de bienestar. Algunos autores establecen diferencias entre el Estado de bienestar y el nuevo Estado keynesiano que se organizó en los años de la década de 1950. En rigor, el Estado de bienestar había comenzado a esbozarse antes de la guerra apuntando a evitar el conflicto social mediante una redistribución que buscaba permitir a amplios sectores de la sociedad el acceso al consumo de bienes y servicios. Era un Estado que respondía a motivaciones políticas y sociales. El Estado de bienestar keynesiano que surgió en la posguerra tenía, en cambio, motivaciones económicas: paliar, mediante el pleno empleo, los efectos de las crisis cíclicas de la economía.

De un modo u otro, por las políticas asumidas, puede considerarse Estado de bienestar a los sistemas sociales desarrollados por las democracias capitalistas industriales después de la guerra y que permanecieron más o menos estables hasta mediados de la década de 1970. Y estas políticas, como señala Ramesh Mishra, se caracterizaron, en primer lugar, por la intervención estatal en la economía para mantener el pleno empleo o, por lo menos, garantizar un alto nivel de ocupación. La segunda característica fue la provisión pública de una serie de servicios sociales, incluyendo transferencias para cubrir las necesidades básicas de los ciudadanos en sociedades cada vez más complejas y cambiantes (educación, asistencia sanitaria, pensiones, ayudas familiares, vivienda).[22] En síntesis, se trataba de proveer servicios que tenían como objetivo la seguridad social en un sentido amplio. En tercer lugar, el Estado se hacía responsable del mantenimiento de un nivel mínimo de vida, entendido como derecho social, es decir, no como caridad pública para una minoría, sino como un problema de responsabilidad colectiva hacia todos los ciudadanos de una comunidad nacional moderna y democrática.

Estos programas se basaban en la convicción de que el gobierno podía y debía tratar de alcanzar esos objetivos dentro del marco de las democracias capitalistas. Y en este sentido, más allá de algunas controversias –en

22 Véase Mishra, Ramesh (1989).

1957, el profesor de Harvard J. K. Galbraith, en su obra *La sociedad opulenta*, anunciaba un negro futuro–, no hay dudas de que hasta los años de la década de 1970 hubo un marcado y significativo consenso sobre el Estado de bienestar, considerado como una deseable y posible forma de organización social.

La evolución del mundo capitalista

Hacia fines de la década de 1970 había terminado la ola de prosperidad. El desempleo, la inflación y la amenaza de la hiperinflación, el estancamiento de la economía y los déficit crecientes señalaban una crisis que pronto afectó al Estado de bienestar. Sobre todo, parecía que las herramientas que habían sido empleadas en los años anteriores, en la economía "mixta" de la posguerra, ya no eran suficientes: los gobiernos se veían superados por la inflación y el desempleo. Comenzó entonces a ponerse en duda la convicción de que el Estado podía asumir la responsabilidad del bienestar de sus ciudadanos en una sociedad capitalista.[23]

La crisis del Estado de bienestar provocó distintas respuestas políticas. Sin embargo, los modelos pueden reducirse a dos. Por un lado, la línea de la socialdemocracia, que se negó a abandonar los objetivos del capitalismo de bienestar, especialmente de pleno empleo, estabilidad y seguridad social. Es el caso, por ejemplo, de Suecia que mantuvo la idea de que la responsabilidad política del bienestar público es posible. Por otro lado, el modelo neoconservador o neoliberal que desmanteló el Estado de bienestar y se apoyó en el sector privado y en las fuerzas del mercado para alcanzar el crecimiento económico y cubrir la provisión de los servicios sociales. Son los casos de la Gran Bretaña de Margaret Thatcher y, como analizaremos, de los Estados Unidos de Ronald Reagan.

El neoconservadurismo: la era Reagan en los Estados Unidos

En julio de 1979, el presidente demócrata James Carter definía lo que llamó la "crisis de confianza": "La mayoría de los ciudadanos no cree que los próximos cinco años serán mejores. [...] Dos tercios de nuestra población ni siquiera vota. La productividad de los obreros ha bajado. Aumenta la falta de respeto hacia el poder estatal. La ruptura entre los ciudadanos de los

23 Véase Hobsbawm, Eric (1995), cap. XIV, pp. 403-431.

Estados Unidos y el gobierno jamás fue tan grande como ahora. [...] Esta crisis de confianza es una crisis que afecta el corazón, el alma y el espíritu de nuestra voluntad nacional."

Sin embargo, también se podía advertir que la crisis no era exclusivamente moral, sino que era expresión de una crisis profunda y global que, desde los comienzos de la década de 1970, había alcanzado un nivel mundial. En ese marco, los Estados Unidos parecían visualizar el fin de su hegemonía. En el plano económico, la superioridad financiera, tecnológica y productiva que había favorecido las relaciones norteamericanas con el resto del bloque occidental estaban en una clara disminución y le impedían imponer sus condiciones en forma unilateral. A esto se sumaban los problemas internos. Según datos de la Administración de la Seguridad Social, en 1976, el 12 por ciento de los norteamericanos vivía por debajo del límite de la pobreza. Hacia 1979, la desocupación alcanzaba el 9 por ciento de la población activa. Pero si estas cuestiones habían sido compensadas por el Estado de bienestar, a través de mecanismos como asistencia social y seguros de desempleo, intentando mantener el equilibrio económico y social, el problema radicaba en que también estos lineamientos keynesianos habían entrado en crisis. De este modo, el lema de la década de 1960, "la lucha contra la miseria", paulatinamente, fue dejada en el olvido.

Las dificultades de empleo agudizaron la discriminación social. Jóvenes, mujeres, negros, "chicanos" fueron los más afectados: constituían el 80 por ciento de los desocupados. Además eran los que más sufrían la discriminación en cuanto a los salarios y a los puestos de trabajo. Las dificultades mayores eran para los más jóvenes, para los que buscaban trabajo por primera vez. Hacia 1979, constituían el 25 por ciento de los desocupados. Al mismo tiempo, el acceso a la enseñanza universitaria se hacía cada vez más difícil por sus altos costos. Aunque este acceso tampoco constituía una solución. Según datos de la Organización Internacional del Trabajo, de 1974 a 1985, 950.000 egresados de universidades estadounidenses no encontraban posibilidades de un empleo de acuerdo con su calificación. En síntesis, la educación superior se había transformado en "un pasaje para ningún lado". Todas estas dificultades, la desocupación, la insatisfacción con el presente y la pérdida de confianza en el futuro, pudieron ser vinculadas con el aumento de la criminalidad y de la delincuencia, con la violencia dentro de la familia (mujeres y niños golpeados), y con el aumento del alcoholismo y la drogadicción que alcanzaba a escolares de 10 a 12 años. Eran expresiones de la "crisis de confianza".

En 1976 –cuando los Estados Unidos celebraban el bicentenario de su independencia, con un impresionante aparato publicitario dedicado a la exaltación de la nacionalidad–, la bajísima participación en las elecciones (votó el 54 por ciento de los inscriptos en padrones electorales) indicaba también que la crisis de confianza se había extendido a la política. Por un lado, la participación en la guerra de Vietnam –guerra considerada por amplios sectores sociales injusta e inconstitucional– puso en evidencia que la política había entrado en contradicción con los ideales democráticos de muchos norteamericanos. La derrota fue además el indicio más claro de la crisis de la hegemonía norteamericana. Pero fue sobre todo el escándalo de Watergate, que obligó a Nixon a renunciar a la presidencia (1974), lo que produjo la quiebra entre la sociedad y el Estado. En efecto, desde George Washington, la figura del presidente era una instancia imprescindible para las emociones patrióticas y los juicios de valor colectivos. Cada cuatro años se efectuaban elecciones de las que surgía un presidente, una figura simbólica que representaba las virtudes, los ideales y las esperanzas de todo el país. Con Watergate, entró en crisis el significado de esta figura simbólica y los principios que se habían creído inmutables.

Dentro de ese clima, signado por la recesión económica y la "crisis de confianza", desde 1977 la administración de Carter no parecía encontrar los caminos adecuados. Su política exterior, basada en la defensa de los derechos humanos, no parecía reestablecer el consenso interno ni frenar la carrera armamentista. Su política interna tampoco encontraba soluciones para la inflación, la desocupación, ni para la crisis energética (el problema del petróleo que se vinculaba a las presiones de los países árabes), ni para una política económica que provocaba fuertes críticas ya que se basaba en la intensificación de la presión fiscal. El empeoramiento de la situación del norteamericano medio y la falta de respuestas políticas eficaces reafirmaba la idea de que a fines de la década de 1970 la "búsqueda de la felicidad" que había guiado a la sociedad estadounidense de las décadas de 1950 y de 1960, no era ya asunto del Estado sino una búsqueda privada, asunto del individuo, de sus esfuerzos y de su suerte. Dicho de otra manera, el bienestar no era una cuestión pública, sino privada. Dentro de este clima de ideas, reanudaron muy pronto sus actividades los círculos más conservadores.

Desde fines de la década de 1970 comenzó a cobrar cohesión una nueva corriente de pensamiento, el neoliberalismo o neoconservadurismo, producto de la actividad de un grupo de intelectuales (como Daniel Bell, Jean Kirkpatrick, Herman Kahn y el economista Milton Friedman) convencidos de la necesidad de salvaguardar al sistema capitalista de su colapso. Para los neoconservadores, el rasgo distintivo de la crisis era la pérdida de legitimidad de los gobiernos democráticos y de sus clases gobernantes. Era una crisis cultural, producto de la acción de intelectuales liberales que,

desde las universidades, los medios de comunicación y los aparatos guber- namentales, habían minado los valores fundamentales de la sociedad ame- ricana al fomentar un Estado de bienestar, un Estado intervencionista que conllevaba un socialismo encubierto. Según los neoconservadores, la am- pliación de funciones del Estado –en salud, comunicación, educación, se- guros sociales– derivaba no sólo en una crisis fiscal sino también en una crisis de credibilidad porque el Estado se mostraba ya incapaz de cumplir con todas las expectativas. Se consideraba que el keynesianismo había exa- cerbado las demandas igualitarias y conducido el Estado a la crisis, al mis- mo tiempo que lo debilitó al colocarlo en una situación de excesiva dependencia con respecto al consenso de la sociedad.

Para estos neoconservadores, por lo tanto, la salida era la recuperación de los viejos valores centrados en el esfuerzo individual y en la libre empre- sa, al mismo tiempo que afianzar la autoridad y la eficacia de los gobiernos deslindándolos de las excesivas cargas sociales. Y estos principio neoconser- vadores sirvieron como plataforma para el Partido Republicano, en 1980, y fueron la base de los discursos de Ronald Reagan durante su campaña electoral. Reagan insistió en que su política económica tendría como obje- tivo reducir la actividad gubernamental y colocar al mercado nuevamente como centro de la economía. Los mecanismos para equilibrar el funciona- miento económico serían la reducción de los impuestos y el control del presupuesto, evitando la socialización de áreas como salud y educación. En política exterior, el eje de su discurso fue la reconstitución de la posición hegemónica de los Estados Unidos que debería reconquistar el liderazgo mundial.

Sobre estas bases, Ronald Reagan accedió a la presidencia de los Esta- dos Unidos en 1981. Sin embargo, las elecciones no habían provocado de- masiado entusiasmo: Reagan fue electo por el 29 por ciento del electorado, lo que demostraba el escepticismo de los ciudadanos.[24]

[24] ¿Quién fue Ronald Reagan? Nació en un pequeño pueblo del Medio Oeste, en 1911, hijo de un modesto vendedor de zapatos. Estudió ciencias económicas pero muy pronto abandonó sus estudios y entre 1933 y 1937 trabajó en radio como locutor de- portivo. En 1937, consiguió un contrato como actor en la Warner Brothers, donde fil- mó la primera de sus 51 películas. En Hollywood, se consolidó como actor de películas de clase B filmadas prácticamente en serie. Pero sus actividades actorales fueron com- binadas con el sindicalismo y, en 1946, fue elegido presidente del sindicato de actores. Participó activamente en la campaña maccartista, denunciando en el Comité de Acti- vidades Antinorteamericanas la "infiltración" comunista en Hollywood. En 1964, par- ticipó también de la campaña presidencial del candidato ultraderechista y racista Barry Goldwater y al año siguiente, 1965, lanzó su propia candidatura para gobernador de

Pese al escepticismo inicial, ya en los años 1983 y 1984 parecían ad- vertirse signos de reactivación económica. La propaganda republicana in- sistía en que la inflación anual en 1984, que había llegado con Carter al 12 por ciento, había bajado al 5 por ciento; que el desempleo, que en 1982 era del 10 por ciento, había bajado al 7 por ciento. Indudablemente Rea- gan fue reelecto en 1984 por estos aspectos más visibles de la nueva pros- peridad. Sin embargo, la recuperación presentaba ciertas debilidades (que son las que explican la recesión de comienzos de la década de 1990).

Las debilidades radicaron en el modo en que se reacomodó la econo- mía estadounidense en el mercado mundial. Dentro de ese reacomoda- miento internacional, las principales corporaciones industriales abandona- ron los mercados de masas para dirigirse a la producción de alta tecnología y servicios financieros. Si iniciaba la época de auge de los grandes provee- dores informáticos, como IBM y Texas Instrument, y de las empresas dedi- cadas a la electrónica, como ITT y Standart Electric. Esta reactivación se fundó en la captación de capitales extranjeros (europeos y japoneses) que fueron atraídos por altas tasas de interés. Por otra parte, la apertura del mercado inundó a los Estados Unidos de productos de consumo masivo –desde automóviles hasta vestimenta y alimentos– importados. Esto arrui- nó a muchas industrias que no pudieron competir con las importaciones más baratas. Esta contradictoria reactivación favoreció otras economías na- cionales, especialmente al Japón y a Corea, Taiwán, Singapur y Tailandia que encontraron en el mercado norteamericano la salida para una produc- ción de muy bajos costos debidos a una superexplotación del trabajo.

De este modo, la región del Pacífico surgió como el área más dinámi- ca de la economía. En 1983, el intercambio comercial de Estados Unidos con los países del Pacífico superó ampliamente al intercambio con Europa. También en los Estados Unidos fue la región del Pacífico, sobre todo Ca- lifornia, la que presentó el mayor desarrollo relativo. Allí se instalaron las industrias "de punta", con fuertes inversiones y tecnología de vanguardia. Y la prosperidad californiana se reflejó en el ostentoso "megaconsumo" de las clases más altas. Este "megaconsumo" fue, sin embargo, un problema de la economía norteamericana. El auge de la industria de la construcción y el desarrollo de empresas de servicios habían absorbido una parte impor- tante de la riqueza transformándose en una amenaza para la estabilidad fi-

California, cargo al que llegó en 1966, y en el que fue reelecto en 1970. En 1980, so- bre la base de los principios neoconservadores, fue elegido como el cuadragésimo pre- sidente de los Estados Unidos. Falleció en 2004.

nanciera. Además, el "megaconsumo" hacía evidente la desigual redistribución de los ingresos: mostraba la agudización de las diferencias sociales.

Tras la derrota en Vietnam, el papel internacional de los Estados Unidos parecía haber sido puesto en tela de juicio. El problema se agravó cuando, en abril de 1980, el presidente Carter en un breve comunicado hizo público que una misión comando enviada a Irán para el rescate de 53 rehenes norteamericanos había fracasado.

Estas cuestiones permitieron que Reagan durante su campaña hiciese de la "defensa nacional" un objetivo prioritario. Era un discurso grato para el Pentágono, pero también para muchos norteamericanos que vivían su propia situación, basada en la inflación y en la desocupación, como la decadencia de la nación. Nuevamente, las aspiraciones al ascenso social y económico fueron reemplazadas por un sistema de símbolos basados en la grandeza de la nación: para ser una gran potencia era necesario recuperar el liderazgo internacional.

Este renovado nacionalismo se combinó con el viejo anticomunismo que nutría a la Guerra Fría. De este modo, durante la primera presidencia de Reagan, se justificó la formación de la mayor fuerza militar que haya visto el mundo. Se instalaron nuevas bases militares y construyeron nuevos y sofisticados armamentos; se continuaron proyectos como la construcción de los Trident, una nueva generación de submarinos nucleares armados con misiles intercontinentales, y se iniciaron otros nuevos: el desarrollo de nuevos sistemas de misiles, despliegue de armas químicas y la experimentación de la bomba neutrónica. En síntesis, se aspiraba a utilizar el poderío militar para compensar la pérdida de poder en el campo económico.

El crecimiento y sofisticación de los nuevos armamentos generó oposición entre los grupos pacifistas y ecologistas que temían por la destrucción del mundo y que llamaron a este sistema "Destrucción Mutua Asegurada", cuya sigla en inglés es MAD (loco). Dentro de los planes militares del reaganismo, el que mayor oposición provocó fue la llamada "guerra de las galaxias". Hasta ese momento, la Guerra Fría había tenido límites geográficos, pero con el reaganismo se aspiró a liberarse de esos límites para ganar el espacio. El objetivo era la militarización espacial. El mismo Reagan, en marzo de 1983, comunicó por televisión a atónitos espectadores, este proyecto que según él estaba destinado a cambiar el curso de la humanidad. El proyecto –llamado oficialmente Iniciativa de Defensa Estratégica– consistía en establecer una especie de "paraguas" defensivo de armas espaciales que destruirían a los misiles intercontinentales soviéticos antes que tocaran el suelo norteamericano. Este proyecto, que también suponía una revolución industrial sin precedentes, desencadenó una serie de debates sobre la legitimidad moral de militarizar el espacio y sobre su factibilidad, tanto en términos económicos (sus costos iban a ser desorbitantes) como tecnológicos (nadie estaba seguro de que la teoría era practicable).

El reaganismo también se apoyó en una decidida política cultural que permitió el avance de los sectores más conservadores. Nuevamente se rescataron los viejos valores puritanos, considerados fundacionales de la sociedad norteamericana, y se persiguió a todo aquello que amenazara el "espíritu americano" expresado en el fe en Dios, la moralidad y el esfuerzo individual. Se configuraba así un discurso que si bien apelaba a la ética era fundamentalmente un discurso nacionalista: lo positivo equivalía a lo americano. Estas concepciones coincidían con las de distintos grupos que desde comienzos de la década de 1980 habían conocido una marcha ascendente. La coalición "por la familia y los valores tradicionales" estaba formada por grupos ultraconservadores que desde 1974 integraban la Nueva Derecha. Desde 1977, aparecieron aliados con grupos Pro-Vida, en acciones contra la legislación sobre el aborto y, desde 1977, con las iglesias fundamentalistas, a favor de la enseñanza religiosa y el rezo obligatorio en las escuelas. La acción de estos sectores permitió generar una cultura populista conservadora que sustentó las políticas de Reagan.

El conservadurismo se expresó en la educación. En 1981, en California hubo una nueva ofensiva contra la enseñanza del evolucionismo en las escuelas elementales y medias. Pero también se expresó en la enseñanza superior y en publicaciones especializadas donde se atacaron las tendencias intelectuales consideradas responsables de debilitar los valores nacionales. Se combatieron las influencias liberales y se procuró que las universidades dejaran de ser ámbitos de pensamiento libre y crítico y se fijaran como objetivo adiestrar profesionales con una marcada orientación pragmática y, sobre todo, infundir valores. Pero el conservadurismo también alcanzó los medios masivos de comunicación, con una importancia fundamental para la constitución de ese nuevo populismo conservador. Grupos religiosos y conservadores controlaron emisoras de radios y la difusión de los canales a "cable" les permitió acceder a la televisión hasta entonces controlada por las grandes redes comerciales. Desde allí se destacaron temáticas como la revisión de la guerra de Vietnam, para rechazar lo que se consideraban las desviaciones liberales. En esta línea, también contribuyó la cinematografía a través de películas como la serie de *Rambo*, cuyo protagonista reinicia individualmente una guerra que no considera terminada. Pero tal vez fue la serie de *Rocky* –también interpretada por el popular actor Sylvester Stallone–, la que mejor expresó la política cultural reaganiana: es la historia del éxito del héroe mítico que afirma los valores tradicionales y la identidad estadounidenses.

Pero los modelos culturales no brindaban soluciones a algunos de los más graves problemas que aquejaban a la sociedad de los Estados Unidos. Uno de los fenómenos más visibles era el auge de la delincuencia juvenil en las grandes ciudades, como Nueva York. Allí se concentraban casi doscientas bandas que reunían a más de 6.000 miembros. Todos ellos tenían características semejantes: eran negros o hispanoparlantes, habían pasado la mayor parte de sus vidas en los barrios más pobres, habían dejado la escuela a edad temprana, habían trabajado sólo ocasionalmente y tenían muy poco futuro dentro de la sociedad. En un medio basado en la exaltación del individualismo, la banda era lo único que proporcionaba la sensación de seguridad y pertenencia. En síntesis, surgía una nueva clase de pobres, más jóvenes y menos educados, marginada por una sociedad que no les daba cabida.

A mediados de la década de 1980, la política de la Guerra Fría parecía mostrar signos de cambio. En medio de la expectativa internacional, se realizó la "cumbre" entre Ronald Reagan y Mijail Gorbachov, líder de la Unión Soviética, en Ginebra en noviembre de 1985. La reunión, celebrada en medio de las mayores medidas de seguridad, había despertado resquemores en los Estados Unidos. Mientras el Pentágono daba a conocer un informe donde se formulaban implícitos interrogantes sobre la oportunidad de llegar a nuevos acuerdos con Moscú, el *Washington Post* anunciaba el temor de algunas empresas comprometidas con los planes armamentistas de una reducción de armamentos antes de que algunas piezas entraran en la fase remunerativa de la producción. El temor radicaba tanto en que el mentado "encanto personal" del líder soviético debilitara la inflexibilidad de Reagan, como que el anciano presidente –enfermo y sin posibilidad de reelección– decidiese pasar a la historia por su acción en favor de la paz. Sin embargo, nada de esto pasó: todo se redujo a una declaración mutua de buena voluntad y a la promesa de reuniones anuales. En rigor, la reunión demostraba los cambios que se estaban registrando en la URSS.

La evolución del socialismo "real"

Las transformaciones de la Unión Soviética

La Guerra Fría permitió que el férreo dominio que Stalin ejercía sobre Europa del Este se endureciera aún más. Siguiendo los principios que marcaba lo que se llamó el "centralismo democrático" se habían impuesto constituciones –que situaban el poder en el Politburó– y economías planificadas de corte soviético en Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Alemania

oriental, Albania y Bulgaria. Además, para completar las reformas (1948), se declaró abolida la propiedad privada y el Estado se hizo cargo de los medios de producción como representante de la clase obrera. En síntesis, el "centralismo democrático" concentraba, además del poder político, el económico, en manos del Estado, en una fusión que subrayaba la autoridad incuestionable del Partido Comunista. De este modo, entre 1948 y 1953, la "estalinización" que había caracterizado a la Unión Soviética también se transformó en la característica dominante del mundo socialista.[25]

Tras la muerte de Stalin (1953), comenzó a afirmarse el liderazgo de Nikita Jruschov. Su prestigio se fundamentaba en su fama de reformista, pero se consolidó en el inicio de la "desestalinización". En efecto, en 1956, en el Vigésimo Congreso del Partido Comunista, Jruschov lanzó un duro ataque contra las políticas de Stalin, donde condenó tanto los métodos empleados como el "culto a la personalidad". Indudablemente, Jruschov estaba motivado por el deseo de sacudir a la pesada burocracia soviética y generar el clima necesario destinado a promover un plan de reformas. En efecto, tras el rápido crecimiento económico de la URSS, surgía el fantasma del estancamiento. Era necesario además tomar medidas que mejoraran el nivel de vida de la población. De allí, la importancia de introducir modificaciones en el sistema económico.

Bajo la administración de Jruschov, se mantuvo la autoridad del Politburó sobre las repúblicas soviéticas, pero se intentó iniciar un debate político y público sobre las reformas económicas. Para ello se crearon entonces asambleas locales y regionales, al mismo tiempo que se promovía el cultivo de nuevas tierras, la modernización de la agricultura y se modificaban los objetivos de la producción industrial: si bien se mantuvo el dominio de la industria pesada, también se intensificó la producción de bienes de consumo. Sin embargo, ya en 1960 se advertían los límites de las medidas tomadas. Y el estancamiento de la economía sumado a la "crisis de los misiles" (1962) llevaron a un debilitamiento de la autoridad de Jruschov que fue destituido en 1964.

Después del nombramiento de Brezhnev, hasta las más tímidas reformas fueron rechazadas a favor del mantenimiento del *statu quo*. De este modo, durante su gobierno no hubo cambios drásticos sino una lenta, constante e inexorable caída hacia el estancamiento. El único cambio lo constituyó la intensificación del peso de las fuerzas armadas en la vida soviética. En efecto, el aumento de la autoridad y de los recursos a disposi-

[25] Véase Hobsbawm, Eric (1995), cap. XIII, pp. 372-399.

ción de las Fuerzas Armadas reforzaron el papel de la Unión Soviética en el campo de la política internacional. Pero los problemas de la agricultura y la industria continuaron sin resolver. En rigor, la acumulación de arsenal soviético sólo sirvió para acentuar el desequilibrio crónico entre la producción de la industria pesada y la producción de bienes de consumo.

Desde la "perestroika" a la caída de la URSS

Hacia finales de la era Brezhnev, y de sus sucesores, el estancamiento era la principal amenaza que se cernía sobre la URSS. Dentro de este panorama, en 1985, el liderazgo caía en Mijail Gorbachov –de la llamada "nueva generación"– quien era designado Secretario del Partido Comunista.[26]

Gorbachov, de 53 años, era un hombre relativamente joven para los parámetros políticos soviéticos y pronto mostró además una nueva actitud ante los problemas que se debían enfrentar. En primer lugar, mostró una posición más abierta hacia los intelectuales permitiéndoles expresarse en los medios de comunicación; pero además encargó informes científicos para conocer la real situación de la URSS. Y dichos informes, que mostraban sin ocultamientos la desastrosa situación económica y social soviética, fueron la base de las políticas reformistas. Indudablemente Gorbachov no actuaba solo, junto a él trabajaba un equipo dispuesto a asumir tanto las críticas pasadas como presentes. Tal vez ignoraban que esto llevaría al cuestionamiento global de la realidad soviética.

En 1986, Gorbachov inauguró el nuevo estilo. En el XXVII Congreso del Partido Comunista planteó abiertamente la necesidad de la "transparencia" (*glasnost*) como premisa básica para la "reconstrucción" (*perestroika*) de la URSS. Y ambos términos pronto se transformaron en los principios de las reformas impulsadas por el gobierno. Poco después, el accidente nuclear de Chernobil, en Ucrania (abril de 1986), cuyos efectos equivalieron a los de una guerra nuclear limitada, aceleró la toma de medidas. Chernobil demostraba el deterioro de la economía y de la tecnología soviéticas, pero también la información brindada era demostrativa de la *glasnost*.

Para dinamizar la economía se introdujeron medidas destinadas a fomentar la creación de sistema de autogestión que ponía fin a la planificación centralizada y que permitió la formación, entre 1987 y 1988, de numerosas empresas cooperativas semiprivadas. Sin embargo, las intenciones de hacer más rentable la economía exigían atenuar una carrera armamentista que consumía la mayor parte del presupuesto estatal. Y ese fue el objetivo que,

[26] Véase Veiga, Francisco, Da Cal, Enrique y Duarte, Ángel (1997), pp. 305-371.

ya a fines de 1985, impulsó a Gorbachov a reunirse con Reagan en la Cumbre de Ginebra. En esta línea, en 1987, se firmaban con los Estados Unidos tratados destinados a suprimir los misiles de alcance intermedio.

Las intenciones de desarme contribuyeron a consolidar el prestigio internacional de Gorbachov y a otorgar credibilidad a su propuesta de *perestroika*. Pero la Unión Soviética daría aún pasos más espectaculares que los tratados con Estados Unidos. En abril de 1988 se anunciaba el retiro de las tropas de Afganistán –considerado el Vietnam soviético– y, en diciembre de ese mismo año, Gorbachov comunicaba en la Asamblea de las Naciones Unidas el retiro de un importante contingente de fuerzas militares de los países de Europa oriental: a comienzos de 1989, retornaban a la Unión Soviética desde las bases de los países satélites 240.000 soldados y 10.000 carros de combate. Indudablemente se trataba de pasos destinados a reducir el presupuesto militar, con el objetivo de rentabilizar el sistema soviético; sin embargo, sus efectos serían insospechados.

Respecto a los países europeos del Este, el objetivo que se planteaba era también dinamizar sus economías, liberalizando las trabas para generar mayor producción de bienes de consumo e iniciar libres contactos con las economías occidentales. De esta manera, desde la perspectiva soviética, estos países dejarían de cumplir el papel de barreras defensivas –inútiles además en la era de los misiles intercontinentales– para transformarse en el nexo con Occidente, sus inversiones y sus capacidades tecnológicas. Sin embargo, no pudo calcularse el impacto emocional que significó el retiro de las tropas. En Polonia, por ejemplo, en las elecciones parlamentarias de 1989, triunfaban los candidatos del sindicato católico –religión que definía la identidad polaca– *Solidarnosc* (Solidaridad), en una clara muestra de afirmación de autonomía frente a la Unión Soviética. En Hungría, también se comenzó a desmontar el sistema buscando el camino hacia el pluralismo político. Pero el efecto más importante de la liberalización húngara fue la apertura de la frontera con Austria: desde allí comenzó a afluir una oleada de alemanes del Este deseosos de alcanzar la República Federal alemana.

Este aperturismo también influyó en la misma Alemania oriental e importantes y tumultuosas manifestaciones comenzaron a exigirlo en varias ciudades. Tras varias incertidumbres –Moscú desaconsejaba rotundamente la represión– y un recambio de autoridades, la noticia de que se otorgarían pases de salida hacia la zona occidental de Alemania (9 de noviembre de 1989) lanzó en Berlín a la multitud contra el Muro, mientras la guardia fronteriza quedaba desbordada. La caída del Muro de Berlín se transformó en un disparador. Al día siguiente, en Bulgaria, un golpe palaciego derribaba al viejo líder Zhivkov; en Praga, la multitud en la calle hacía caer sin vio-

lencia el régimen comunista; el 17 de diciembre, se iniciaba la insurrección en Rumania.

El mundo occidental estaba eufórico. Gorbachov había demostrado sobradamente su espíritu conciliador. Eliminado el bloque oriental, abierta la vía para la reunificación de Alemania (que se consumó el 3 de octubre de 1990), la Guerra Fría llegaba a su fin. Francis Fukuyama podía anunciar "el fin de la Historia" al haberse quedado Occidente sin oponentes ideológicos. En síntesis, 1990 traía la confirmación de lo que pasó a llamarse el Nuevo Orden Internacional. Sin embargo, no todo el optimismo estaba justificado. En primer lugar, surgían conflictos en tableros hasta entonces secundarios, como lo fue la Guerra del Golfo. Pero también el Nuevo Orden, con su magnitud planetaria, no parecía impresionar a los pequeños nacionalismos de objetivos limitados: en 1991, el mundo se paralizaba ante el estallido de la guerra entre Eslovenia y Croacia.

También los conflictos comenzaron a sacudir a la Unión Soviética. Las medidas económicas no habían dado los resultados previstos. Los afanes capitalistas chocaban contra la mentalidad de muchos ciudadanos acostumbrados a pensar en contra de ellos durante la mayor parte del siglo. La desaparición de la planificación centralizada no había dado paso a la formación de un mercado libre, sólo había dejado a la economía soviética descabezada. Las huelgas proliferaban sin que nadie fuese capaz de controlarlas. El mercado negro crecía sin control y con él crecían las "mafias." Pero el aligeramiento de los controles también había permitido surgir desde un auge de los nacionalismos.

En efecto, a lo largo de 1988, los nacionalismos se afianzaron en los puntos más conflictivos de la Unión Soviética, mientras Gorbachov caía en la contradicción de reconocer el derecho a la soberanía de los estados del Este, mientras lo negaba a las repúblicas que constituían la Unión Soviética. Pero esto no hubiera pasado a mayores sin las tensiones que atravesaban a Moscú. Ya a comienzos de 1990, Gorbachov se encontraba encajonado entre dos tendencias diferentes. Por un lado, un sector más conservador aspiraba a hacer más lentos los cambios de la *perestroika*, y no faltaban además quienes proponían el retorno a la antigua ortodoxia. Por otro lado, un grupo, muy difuso en sus límites, propiciaba la aceleración de las reformas, e incluso al abandono total del comunismo. Dentro de estos últimos, la cabeza visible era la de Boris Yeltsin.

El auge de los separatismos brindó a Yeltsin la oportunidad de actuar. Habiendo sido electo presidente de la República Soviética Federativa Rusa –la mayor de la URSS– en mayo de 1990, tomó una serie de desafiantes medidas: declaró la supremacía de las leyes rusas sobre las soviéticas, proclamó la autonomía de Rusia y finalmente abandonó el Partido Comunista. Desde allí, comenzó a presionar para el abandono definitivo del sistema soviético y para una rápida transición a la economía de mercado, algo a lo que nunca Gorbachov había estado dispuesto. La crisis política se sumaba a la inflación, a la corrupción y a un estancamiento general de la economía, mientras que las privaciones que pasaba la población agudizaban el descontento. Pero el descontento mayor era el que atravesaba a las fuerzas armadas, privadas del protagonismo anterior, con un presupuesto disminuido y con una tecnología cada vez más obsoleta. La retirada de Afganistán, la incapacidad de controlar los brotes nacionalistas, el abandono de las defensas en los países del Este habían sido golpes difíciles de asimilar. Más aún, la "hazaña" del joven alemán Mathias Rust aterrizando impunemente en la Plaza Roja –violando el sector más vital del espacio áereo soviético– constituía una humillación que los enfrentaba con su incapacidad para la defensa.

En agosto de 1991 se intentó un golpe contra Gorbachov de objetivos poco claros. Lo único que permitió el golpe fue la consolidación de la figura de Yeltsin que logró erigirse como líder "carismático" antigolpista. Pero el liderazgo de Gorbachov, ya muy deteriorado frente a la opinión pública, sobreviviría sólo unos meses, mientras que el proceso de fragmentación se hacía incontenible. En esa coyuntura, Yeltsin –que había llegado a declarar la ilegalidad del Partido Comunista en Rusia– firmaba con los líderes de Ucrania y de Bielorrusia un tratado por el que se comprometían a crear una Comunidad de Estados Independientes. El 25 de diciembre, Gorbachov presentaba su renuncia; se arrió la bandera roja del Kremlin y se izó la rusa: la Unión Soviética había dejado de existir. Con ella, poco después terminaba también, el siglo XX. Pero son muchos los interrogantes que quedan abiertos.

Anexo. De los frentes populares a la Guerra Civil española

Mientras en países como Italia y Alemania se asistía a la consolidación del fascismo, en otros, como en Francia y en España, se registraba un ascenso de la izquierda que complejizaba el panorama político europeo.

El caso francés

La situación económica en Francia también había entrado en crisis después de 1930, con la consiguiente caída de la producción de los salarios, aunque

la desocupación no alcanzó los niveles de Alemania. También en Francia comenzaron a actuar grupos de derecha, de orientación fascista, como la Cruz de Fuego (1927) y Solidaridad Francesa (1932). Este último estaba constituido por los "camisas azules", un grupo paramilitar que se preparaba para un golpe de Estado y producía enfrentamientos con sindicalistas y grupos de izquierda. Y ambos estaban financiados, entre otros, por el perfumista francés Francois Coty.

A partir de 1934, estos grupos provocaron una serie de graves desórdenes. A fines 1933, se habían descubierto las actividades de un financista, Stavinky, acusado de fraude al Estado. Varios diputados aparecieron además comprometidos con la estafa. Fueron acusados de corrupción, lo que provocó, en enero de 1934, una gran concentración fascista frente a la Cámara de Diputados exigiendo la disolución del parlamento. Hubo enfrentamientos que culminaron con cerca de 20 muertos y más de mil heridos.

Lo ocurrido en enero de 1934, recordó a muchos franceses la toma de Roma por parte de Mussolini. Para prevenir la situación se organizó una gran coalición de partidos de izquierda, el llamado Frente Popular, impulsada por comunistas e integrada por radicales y socialistas. Esta coalición ganó las elecciones en 1936 y llevó al gobierno al socialista León Blum, que integró su gobierno con miembros de la coalición. Sin embargo, la suerte del Frente Popular fue efímera. El temor al fascismo había favorecido su triunfo, pero las medidas sociales que comenzó a tomar Blum (aumentos salariales, establecimiento de la semana laboral de 40 horas, vacaciones pagas, etc.) generó el temor ante el ascenso de la izquierda entre amplios sectores de la clase media. Por otra parte, la drástica división de la sociedad francesa en izquierdas y derechas inconciliables hizo pensar a muchos que Francia se encontraba al borde de una guerra civil semejante a la que estaba asolando a España durante esos mismos años.

A fines de 1937, Blum (que era hostilizado además por la prensa de derecha por su origen judío) renunció a la presidencia y fue reemplazado por un radical, Daladier, que para calmar la situación interna intentó anular algunas de las medidas sociales, sin conformar a nadie y sin poder anular las críticas que venían tanto de la derecha como de socialistas y comunistas. Estos agudos conflictos internos permiten explicar, en parte, la facilidad con que Alemania pudo ocupar gran parte de Francia una vez declarada la guerra. Mientras comunistas, socialistas y radicales enfrentados entre sí observaron impotentes la ocupación nazi, la derecha le dio la bienvenida esperando que los alemanes pusiesen finalmente en orden la situación francesa.

El caso español

Desde su instauración en 1931, la república española se había visto sacudida por conflictos sociales y por la lucha política entre la derecha y la izquierda. Dentro de ese clima, se había organizado un Frente Popular –sindicalistas, socialistas y comunistas– que ganaron las elecciones para diputados a comienzos de 1936. Ante el ascenso de la izquierda, en julio de 1936, se produjo la sublevación militar encabezada por el general Francisco Franco. El golpe militar fracasó en su intento de tomar el gobierno, pero desencadenó una guerra civil que se prolongó hasta 1939.

La guerra civil española fue una guerra entre distintos grupos políticos: por un lado republicanos, socialistas, anarquistas y comunistas; por otro lado, los "nacionales", es decir, monárquicos y la derecha junto con un grupo, la Falange, de clara orientación fascista. Además, la Iglesia católica apoyaba a los nacionales mientras consideraba la guerra como una nueva "cruzada". Pero la guerra fue también un conflicto regional: autonomistas catalanes y vascos apoyaban a los republicanos, mientras que los nacionales eran apoyados por el oeste y el sur (Galicia y Andalucía).

Si bien esta era una guerra civil, pronto cobró una dimensión internacional. Alemania e Italia apoyaban y enviaban su ayuda a los nacionales, como lo demostró el célebre episodio de Guernica; mientras que los republicanos recibían la ayuda de la Unión Soviética. Incluso los partidos comunistas organizaron en distintos países las llamadas Brigadas Internacionales, que fueron a la guerra en apoyo republicano. Sin embargo, la ayuda que recibieron estos últimos fue más débil que la recibida por los nacionales, ya que Gran Bretaña mantuvo su neutralidad y la agitada Francia que gobernaba León Blum poco apoyo pudo brindarles.

De esta manera, en marzo de 1937, Franco completó la conquista de las provincias vascas del norte y, a comienzos de 1938, lograba aislar al ejército republicano de Cataluña de la comunicación con Madrid que terminó capitulando tras un asedio de 29 meses, en marzo de 1939. De esta manera en España, el generalísimo Franco se hizo cargo del gobierno, asumiendo el título de Caudillo de España por la Gracia de Dios e iniciando una larga dictadura que duró hasta su muerte en la década de 1970.

Anexo. El otro comunismo: la Revolución China

Si bien la constitución del bloque socialista había girado alrededor de la Unión Soviética, poco después de acabada la guerra mundial, en 1947 se

consolidó otro proceso que constituyó a China como un país comunista, al mismo tiempo que generó un nuevo modelo tanto revolucionario como de concepción del comunismo.

Desde mediados del siglo XIX, el imperio chino había quedado abierto al comercio y a las inversiones de los países imperialistas occidentales. El impacto de Occidente sobre la estructura económica y social de China había generado la existencia de dos mundos yuxtapuestos: una economía "moderna" ubicada en los puertos de exportación y en algunas ciudades vinculadas al comercio (Shangai, Cantón, Tientsin) y una economía "tradicional", rural y ampliamente autosuficiente, localizada en el interior. El sector "moderno" estaba constituido por un área de inversiones extranjeras, con mayor interés en el comercio que en la industria. La mayor parte de las inversiones se daban en bancos y en transporte marítimo. Incluso dentro de la industria, el interés estaba puesto más en las manufacturas de consumo inmediato (textiles, cigarrillos) que en la industria pesada. Además, esta economía se caracterizaba por su dualidad (empresas autóctonas coexistían con empresas extranjeras) y por bajas tarifas, impuestas por los tratados comerciales que frenaban el desarrollo nacional.

A este sector se encontraba ligada una incipiente burguesía, que a medida que advertía las desventajas de la competencia imperialista, descubría el nacionalismo. También se encontraba un embrionario proletariado, generalmente recién emigrados del campo, sumergido en miserables condiciones de vida: hacinamiento, bajos salarios, mano de obra infantil y femenina, extensas jornadas de trabajo, severas reglamentaciones, etc. Dentro de esos grupos, el actor dinamizante lo constituían intelectuales y estudiantes que organizaron ideológicamente los principios del nacionalismo como base de la lucha contra el orden establecido. Incluso, ya desde la década de 1920, muchos de estos grupos intelectuales fueron influenciados por las ideas del marxismo, intentando encontrar el método para transformar a la sociedad china.

La presencia de una burguesía y de un proletariado incipientes no ejercía un peso relevante en la estructura de la sociedad china que seguía siendo fundamentalmente una sociedad campesina. El campesinado chino vivía en condiciones que apenas superaban el límite de la subsistencia. En parte, el bajo nivel de vida se debía a la explotación que los sometían los *ti-chu* (terratenientes), pero en gran parte se debía también a problemas estructurales: el peso de la demografía y el retraso de la economía rural. Los demógrafos ignoran los motivos que llevaron a que la población china subiese de 400 millones en 1850 a 500 millones en 1930 y a 700 millones en 1965. Hay explicaciones parciales sobre la difusión de cultivos como el

arroz y el trigo que dieron la base para un *boom* demográfico que constituyó a su vez la base de una reproducción que sigue los patrones de los países subdesarrollados. Pero la cuestión está muy lejos de haber quedado completamente resuelta.

Una tierra excesivamente parcelada llevó a que la agricultura china fuese prácticamente un trabajo de jardinería. A esto se agregaban herramientas primitivas, falta de capitales y abonos, dificultades para sistemas de drenaje y de irrigación (por la excesiva parcelación) y prácticas culturales profundamente arraigadas. Entre estas prácticas culturales, el culto a los antepasados llenaba de tumbas las tierras familiares, quitándolas para el cultivo. Sobre estos campesinos también caía un formidable sistema impositivo, que les quitaba la mitad de la cosecha, cada vez que el gobierno local necesitaba recursos extraordinarios. Se cobraban además sobretasas, que quedaron después establecidas en forma permanente, para la construcción de obras públicas o para la represión del bandolerismo, que era otra de las plagas del campo. Era bastante usual que las familias campesinas debieran recurrir a préstamos de los usureros y la imposibilidad de cumplir con los pagos era una de las causas más frecuentes de la proletarización. Los usureros del pueblo y los recaudadores de impuestos solían pertenecer a una aristocracia rural (*ti-chu*) que vivía de rentas y monopolizaba el comercio de granos. Era además la clase de los letrados (la mayoría campesina era analfabeta), por lo tanto detentaban el prestigio intelectual y controlaban el poder político de la región.

La presión de los países imperialistas sobre China puso en evidencia la debilidad de la dinastía de origen manchú (que para muchos chinos continuaba siendo vista como una dinastía extranjera). De esta manera, el último cuarto del siglo XIX estuvo jalonado por la formación de sociedades secretas y una serie de disturbios. Incluso las tentativas de modernización económica que –por presión de los países occidentales– intentaba hacer el gobierno imperial chino conoció el enfrentamiento generado por los Boxer, una sociedad secreta que provocó un grave enfrentamiento con base en el tradicionalismo religioso, en la destrucción de las máquinas y la expulsión de los extranjeros. Si bien la guerra de los Boxers (1899-1901) terminó con el aniquilamiento de éstos, la lucha civil había quedado enquistada. Los conflictos se sucedieron hasta que en 1911 finalmente una revolución acabó con el imperio chino y estableció la república.

El primer período de la república se extendió desde 1912 a 1927. Su principal característica fue la anarquía reinante. Las instituciones democráticas y liberales que los intelectuales nacionalistas chinos habían aspirado a imponer resultaban completamente extrañas a la tradición y a la clase po-

lítica china. Además, la opinión pública era algo absolutamente inexistente y lo que contaba efectivamente en política era el apoyo financiero de las potencias imperialistas y la actitud de los gobernadores de provincia y de los generales del ejército. Después del caos que siguió a la caída del imperio, aparecieron nuevas figuras en el interior de China que fueron generando un poder basado en el personalismo. Eran los llamados "señores de la guerra", que intentaron afirmar su dominio combatiendo entre sí.

Sin embargo, en este período se encuentra también la génesis de la Revolución China. Una fecha importante fue el 4 de mayo de 1919, el día del levantamiento de los estudiantes de Pekín. Esta rebelión de los estudiantes tuvo como motivo las concesiones que China efectuó frente a Japón (reconocimiento de derechos sobre la provincia de Santung). En este sentido, fue una reacción del nacionalismo chino que además se extendió a otros centros urbanos (de Pekín a Shangai, Cantón y otras grandes ciudades) y a otros grupos sociales. Hubo, por ejemplo, huelgas de comerciantes, que reforzaron las manifestaciones estudiantiles. Pero el movimiento también incluyó la renovación intelectual: los estudiantes comenzaron a impugnar el sistema ideológico sobre el que descansaba toda la estructura social china, el *confucionismo*. Atacaron las prácticas y los valores tradicionales, las jerarquías sociales, la obediencia y la sumisión del súbdito al soberano, del hijo al padre y de la mujer al marido; el respeto a los ancianos, la sumisión a códigos y ritos, el conformismo, los matrimonios concertados, la práctica de los pies vendados en las mujeres, etc. Pero además sostenían un proyecto de reforma que desde la perspectiva del confucionismo era considerado herético: propusieron que los publicistas y literatos abandonaran el uso de la lengua clásica (wen-yen) comprendida sólo por una minoría y emplearan para escribir la lengua vulgar (pai-hai) empleada por la mayoría. Esto significaba un golpe para las minorías letradas, en particular para el grupo de la burocracia estatal, los mandarines, que con la escritura controlaban un instrumento de dominación.

El problema estribaba en cómo conciliar estas demandas, de qué manera un movimiento nacionalista podía atacar los fundamentos culturales chinos. En rigor, las demandas no eran contradictorias: se aspiraba a construir la nación barriendo con los obstáculos culturales que impedían que China se integrase en un mundo caracterizado por los avances de la tecnología y la competencia. En síntesis, se consolidaba un nacionalismo moderno. A partir de estos principios se formó el Partido Nacionalista, el *Kuomintang*, que en 1922 se aliaba con el recién fundado Partido Comunista chino, muy débil numéricamente, pero integrado por un sólido núcleo de intelectuales.

En 1924, comenzó la organización de un Ejército Revolucionario (integrado por comunistas y nacionalistas) que quedó al mando del dirigente del Kuomintang, Chiang Kai Chek. La campaña que desarrolló el ejército con el objetivo de unificar China, permitió tomar Shanghai y Nankín y controlar las regiones centrales y meridionales del país. Pero la expedición hacia el norte se detuvo durante más de un año: comunistas y nacionalistas estaban demasiado ocupados con sus propias diferencias como para continuar la lucha contra los "señores de la guerra". En abril de 1927, Chiang Kai Chek –que aspiraba a la unificación pero no a la revolución social– se volvió contra los comunistas a quienes masacró según los procedimientos descriptos por André Malraux en *La condición humana*. Esto no impidió que la era de los "señores de la guerra" quedara cerrada: en 1928, tras nuevas conquistas y nuevas alianzas, el conjunto de China reconocía al nuevo gobierno al mando de Chiang Kai Chek –que reestableció el confucionismo y una ideología impregnada de muchos de los principios del fascismo– con sede en Nankín.

Sin embargo, los comunistas no abandonaron la lucha. Los levantamientos se dieron en el campo y estuvieron dirigidos por el hijo de un campesino, Mao Tsetung. Pudieron instalarse en la provincia de Kiang Si, en donde comenzaron a repartir tierras entre los campesinos y, en 1931, establecieron la República Soviética China. Si bien habían podido resistir varios ataques de las fuerzas de Chiang Kai Chek, un último ataque (1934), reforzado por el asesoramiento técnico y armamento alemanes, derrotó al Ejército Rojo. Para escapar del aniquilamiento, los comunistas comenzaron a evacuar el terreno, iniciando la Larga Marcha (1934 a 1935) que les permitió ubicarse en el norte del país.

La invasión japonesa en 1937 cambió la situación de los comunistas. No sólo los comunistas se mostraron como celosos defensores de la integridad nacional, sino que desde el bando nacionalista primaba la opinión de que no se podían dispersar las fuerzas, sino que era necesario formar un frente común. La participación en la guerra chino-japonesa –que se confundió a partir de 1939 con la Guerra Mundial– permitió a los comunistas consolidar su posición frente a los campesinos como campeones de la resistencia frente a los invasores. De este modo, cuando terminó la guerra, en 1945, habían logrado un poder que les era muy difícil de negar. Sin embargo, Chiang Kai Chek no aceptó organizar un gobierno de coalición y la guerra civil recomenzó en 1946, ya en el marco de la incipiente Guerra Fría: el bando nacionalista con apoyo de los Estados Unidos y el bando comunista con apoyo de la Unión Soviética. Sin embargo, la superioridad del Ejército Rojo no puede medirse en términos exclusivamente militares. La lucha fue in-

disociable de la reforma agraria: significaba para los campesinos liberarse del poder de terratenientes y recibir una parcela de tierra. Dicho de otra manera, los comunistas habían lograron movilizar a la masa campesina, sentando las bases de la táctica del maoísmo: asentamiento de bases revolucionarias rurales y toma militar del poder. De este modo, se logró tomar la ciudad de Pekín donde, en octubre de 1949, se estableció la República Popular China. Por su parte, Chiang Kai Chek se retiró a la isla de Taiwán, donde estableció como contrapartida, la República Nacionalista China.

La construcción del socialismo en China tuvo que salvar dos obstáculos: la presión demográfica y el atraso económico. Los primeros años (1949-1953) tuvieron como objetivo la reconstrucción económica del país devastado por la guerra (era necesario reconstruir las vías férreas, por ejemplo), pero también el adoctrinamiento y el encuadramiento ideológico de la población. Hubo juicios en masa y ejecuciones de los "contrarrevolucionarios", y pronto empezaron también las depuraciones dentro del propio partido en el marco de la lucha contra la corrupción, el burocratismo y el despilfarro. Pero la coacción fue combinada también con lo que se llamó la "reforma del pensamiento", una tarea de adoctrinamiento, destinada a que la gente rompiera los lazos emocionales con la vieja sociedad. Y esto era necesario no sólo para introducir el socialismo, sino también nuevas formas de vida. El tradicionalismo era muy fuerte en China y algunas medidas que se habían tomado como la prohibición de los matrimonios de niños u organizados por los padres, y del concubinato y la bigamia eran medidas que encontraban grandes resistencias sociales.

El segundo período (1953-1957) coincidió con el Primer Plan Quinquenal que se planteó como objetivo la colectivización y la industrialización. El objetivo era, indudablemente, la construcción de una industria de base que garantizara el desarrollo económico de China. La colectivización de la tierra era considerada, como lo había sido en el caso de la Unión Soviética, el paso previo a la industrialización. Sin embargo, el ejemplo de la URSS estuvo presente y la colectivización agrícola se dio en pasos paulatinos. Esta política económica coincidió con la campaña de las "Cien Flores" ("Flores" era la metáfora con que Mao, que además era poeta, se refería a las distintas escuelas de pensamiento). La finalidad fue dar cierta libertad de pensamiento para ganar a intelectuales y profesionales que miraban remisos a la revolución, con el objetivo de ganar colaboración técnica para el desarrollo.

El tercer período fue el llamado "Gran Salto adelante" que abarcó de 1958-1965. El Primer Plan Quinquenal había logrado importantes objetivos de industrialización, pero en lugar de buscar la estabilización de esta etapa, China se lanzó al Gran Salto con el objetivo de superar la industrialización de Gran Bretaña. Para ello se propuso encontrar un camino más breve hacia el desarrollo a través de la implantación de las llamadas "comunas populares", cada una dedicada a organizar su propia industria y su propia agricultura, al mismo tiempo que cada una funcionaba como unidad administrativa y militar autónoma. Sin embargo, esta experiencia no dio los resultados esperados: hubo errores de planificación, faltaron controles de calidad de la producción, las máquinas se deterioraron por el uso intensivo. A esto se sumó el retiro, por fricciones políticas, de la asistencia técnica soviética. En síntesis, el Gran Salto terminó en la crisis económica de 1960. Sin embargo, también pareciera que los observadores occidentales exageraron los efectos de la crisis (en este sentido, también la información que se brindaba formaba parte de la Guerra Fría). En rigor, China pudo reestablecer rápidamente el nivel de su producción industrial, basada en una elaborada tecnología. Hacia 1964, ya controlaba la energía atómica y los datos de 1965 mostraron que había duplicado la producción en comparación con 1957.

Mientras tanto se fueron agudizando los conflictos entre China y la Unión Soviética. Conflictos fronterizos se sumaron a tradiciones culturales diferentes y llevaron a Mao a acusar a los dirigentes de la URSS de "revisionismo", lo que significaba abandonar los principios de Lenin para aproximarse al occidente capitalista. Los ataques principales se centraron sobre la figura de Jruschov, al que un artículo en 1963 –que finalmente signa la ruptura entre los dos países– lo acusa de "pseudocomunista". La lucha contra el "revisionismo" y el "pseudocomunismo" también se aplicó para depurar las propias filas del Partido Comunista chino, sobre todo, de algunos dirigentes que se oponían a la política de Mao en contra de la URSS.

Ante las protestas que generó la "depuración" del partido, Mao tomó una medida extraordinaria: la Revolución Cultural, que se extendió entre 1965 y 1969 y se desarrolló con el apoyo del Ejército. Primero se dirigió contra todos aquellos, desde literatos hasta burócratas, que habían disentido con Mao; luego la limpieza se dirigió a las universidades, intelectuales, y centros de producción artística, controlando toda expresión de pensamiento considerada disidente. Por último, bajo el control de la Guardia Roja, se logró que todas las manifestaciones culturales tuvieran como centro a Mao, construyendo un efectivo culto a su personalidad. Para fortalecer esta orientación se establecieron en todos los puntos del país los "comités revolucionarios" destinados a un control estricto sobre la población.

Esta orientación no impidió que la Revolución China se transformara para muchos en un modelo a seguir, alternativo al modelo que proporcio-

naba la Unión Soviética. En los sectores marxistas de Occidente, sobre todo entre los jóvenes e intelectuales en los años de las décadas de 1960 y 1970, el maoísmo despertó grandes esperanzas. Se consideraba que era el verdadero camino a la revolución, aquel que los burócratas soviéticos habían traicionado. En las universidades, entre los estudiantes y los profesores más radicalizados se aceptaba con fruición el nuevo comunismo chino con su insistencia en la inevitabilidad de la guerra contra el imperialismo, y el énfasis en la combatividad y creatividad de las masas.

Anexo. Los conflictos de Medio Oriente

La nueva presencia del mundo árabe

Uno de los rasgos de la década de 1970, que se prolonga hasta nuestros días, es la nueva presencia del mundo árabe, basada en una peculiar cultura y una fuerte conciencia religiosa. Muchos de los estados árabes habían estado bajo el dominio occidental, tras la desintegración del imperio otomano después de la Gran Guerra. Ya en 1916, Francia e Inglaterra habían firmado una serie de tratados por los cuales se repartían esas regiones en áreas de influencia. Así, por ejemplo, entre otros territorios, Siria y el Líbano correspondieron a Francia; y Egipto, Irak y la amplia región de Palestina quedó bajo la administración inglesa. Pero a diferencia de la colonización en otras zonas, el occidente cristiano europeo no pudo vencer la fuerza del Islam que continúo siendo la religión y la cultura dominante.

Su posición de proveedores de materias primas y, en algunos casos de petróleo, dejó a la economía de estos países fuertemente subordinada a la economía occidental, al mismo tiempo que la invasión de mercaderías importadas europeas arruinó a las artesanías tradicionales. Respecto a la explotación de petróleo, Irak cumplió un papel clave, lo mismo que Palestina, en donde, en la región de Haifa, estaba una de las estaciones finales del oleoducto. De allí la importancia estratégica que el control de Irak y de Palestina, y también del Canal de Suez, tenía para Inglaterra durante los años de entreguerra.

En 1950 comenzaron a gestarse los movimientos independentistas. Sin embargo, en estos primeros movimientos fue el nacionalismo y la intención de modernizar a estos países lo que guió la conducta de sus líderes: en los años de la década de 1950 las motivaciones culturales y religiosas ocuparon un segundo plano. En este sentido, el punto de partida fue el movimiento encabezado por Nasser a favor de la independencia de Egipto, movimiento que se transformó en un hecho paradigmático para los otros países árabes a lo largo de la década de 1960.

En la década de 1970, en cambio, los movimientos de los países árabes cambiaron sus contenidos, abandonaron el nacionalismo y los planes de modernización económica, para acentuar los contenidos religiosos y los valores tradicionales de la cultura. Para esto concurrieron varios factores. El peso económico de muchos de estos países radicaba en su riqueza petrolera, con la que incluso pudieron presionar con el control de los precios y la suspensión de ventas al occidente capitalista, generando incluso una importante crisis energética, a comienzos de la década. Esta posibilidad afirmó su sentimiento nacional, pero también creó para muchos nacionalistas un dilema: la modernización y la industrialización implicaban muchas veces perder las viejas pautas culturales e incorporar de forma cada vez más creciente formas de vida y valores occidentales. Y esto produjo como reacción una verdadera "reislamización" de los países árabes.

El ejemplo más típico de la "reislamización" lo encontramos en el caso de Irán (la antigua Persia). Después de la guerra mundial, Irán había quedado bajo el control indirecto de los Estados Unidos. En 1951 triunfó en las elecciones el Frente Nacional, encabezado por el líder nacionalista Mossadeq, quien como primer ministro logró la nacionalización del petróleo. Ante esto, en 1953, un golpe de Estado –en el que se denunció la participación de la CIA, central de inteligencia norteamericana– lo derrocó y otorgó al Sha, el monarca, poderes casi absolutos. Incluso, en 1961, fueron disueltas las cámaras legislativas y en 1967, el Sha y su esposa fueron coronados emperadores de Irán. El gobierno del Sha estaba prácticamente sostenido por los empréstitos y el apoyo militar de los Estados Unidos. A cambio, de esto, el mayor porcentaje de la producción de petróleo pasó a ser controlada por empresas estadounidenses.

Pero además de perder de vista los objetivos nacionalistas, el gobierno del Sha introdujo una serie de medidas de modernización, que le ganaron la oposición de los grupos religiosos más tradicionales. Desde 1962, las mujeres obtuvieron derecho al voto, se les otorgó también la tenencia de sus hijos en caso de divorcio, y hubo planes de alfabetización para los campesinos. Sin embargo, esta modernización no debe engañar respecto a la naturaleza del gobierno del Sha: una verdadera dictadura unipersonal, sin ningún tipo de mecanismo de participación política y con una gran represión policíaca contra todo intento de oposición política.

Desde 1963 estallaron serios conflictos antigubernamentales en Teherán. Estos descontentos, que se extendieron pese a la represión durante las décadas de 1960 y 1970, fueron canalizados por un líder religioso que se

encontraba en el destierro, el ayatollah Jomeini. Jomeini dirigió, en 1979, una huelga general que hizo a la situación incontrolable. El Sha debió desterrarse y Jomeini volvió a Irán donde se proclamó la República Islámica. En diciembre de 1979, se establecía entonces una nueva Constitución, cuya fuente de inspiración fue el Corán, y se reestablecían las viejas costumbres culturales y religiosas (obligación para las mujeres de usar chador, pena de muerte por adulterio, etc.). Jomeini murió en 1989, pero sus sucesores mantuvieron el carácter de esta república religiosa, donde lo secular y lo sagrado aparecían totalmente confundidos.

Pero la revolución iraní fue también un desafío para Occidente. Cuando, durante la insurrección, la situación se hizo incontrolable, en noviembre de 1979, un grupo de estudiantes extremistas ocupó la embajada de Estados Unidos en Teherán tomando 53 rehenes. El objetivo declarado era "canjearlos" por el Sha, que enfermo de cáncer se encontraba internado en una clínica de Nueva York. Pero indudablemente era mucho más que un canje: se trataba de desafiar al orden internacional, de humillar a la potencia que establecía el orden en el mundo. Y la humillación se cumplió cuando el presidente Carter ordenó una operación rescate que fracasó estrepitosamente (abril de 1980).

El Estado de Israel y Palestina

La presencia del fundamentalismo islámico, donde lo político y lo religioso se confunde, se intensificó por el enclave dentro de mundo árabe de otro Estado donde también la organización política se confunde con la religión, que es el Estado de Israel. Después de la primera guerra mundial, Palestina había sido otra de las regiones que habían pasado a control británico. Pero en esa región había comenzado a darse una paulatina inmigración judía, favorecida por el surgimiento del movimiento sionista que aspiraba a la construcción de un Estado que se identificara con la nacionalidad judía.

Para constituir un Estado era necesario conseguir territorios, de allí que la adquisición de tierras, la colonización agrícola y el establecimiento de *kibutz*, granjas colectivas, fueron los primeros pasos para el asentamiento. Durante el período nazi la inmigración judía se acrecentó, lo que no dejó de ocasionar una serie de conflictos, porque el territorio que se buscaba habitar estaba ocupado por la población árabe de Palestina. Para mantener la calma interna, los británicos intentaron detener esta inmigración judía, lo que desencadenó una serie de atentados y guerra de guerrillas por parte de organizaciones judías. Ante el conflicto, Gran Bretaña acudió, después de la guerra, ante las Naciones Unidas que propusieron que en el territorio

de Palestina se crearan dos estados, uno árabe y otro judío, pero tanto unos como otros rechazaron la propuesta. Los conflictos armados continuaron hasta que finalmente, los judíos proclamaron el Estado de Israel que fue reconocido internacionalmente en 1949.

Sin embargo, el conflicto original, entre árabes e israelíes parece no encontrar una solución. El Estado de Israel intentó evitar la organización de un Estado palestino, formado por árabes, que podría constituirse en un rival de peso. Para esto desarrolló una política de anexión de territorios que impediría la unificación de Palestina. Las guerras árabes-israelíes de 1956, 1967 y 1973 fueron parte de un conflicto que todavía parece no encontrar solución.

La guerra del Golfo

Si bien el resurgimiento del islamismo tuvo como centro Irán, muy pronto se extendió a otros países árabes. Sin embargo, hablar de islamismo no significa hablar de unanimidad religiosa. En parte porque el islamismo está fracturado en dos corrientes religiosas, el chiísmo y el sunismo, enfrentadas entre sí muchas veces en forma violenta, además de otros grupos. Pero por otra parte, la unidad en el islamismo no es suficiente para evitar conflictos por intereses nacionales. De este modo, dos países fuertemente islámicos, Irán e Irak se vieron envueltos en una serie de conflictos fronterizos que finalmente desembocaron en la guerra.

Irak era también un centro de producción petrolera donde se jugaban poderosos intereses internacionales. También en la década de 1950 nos encontramos con un movimiento nacionalista y republicano que culminó con el derrocamiento del rey Faisal y el establecimiento de la República de Irak. Sin embargo la política de la nueva república fue muy inestable hasta que en 1979, se hizo cargo de la presidencia y de numerosos cargos (en una suerte de "suma" del poder público) el líder militar Saddam Hussein. En septiembre de 1980, un conflicto fronterizo había desencadenado una larga guerra entre Irán e Irak, que finalizó en 1988. En esa guerra, Irak había logrado apoderarse de algunos territorios; sin embargo, el saldo no le fue favorable. Irak había quedado con una situación económica muy crítica, con un ejército sobredimensionado y con numerosos conflictos internos. La población chiíta se sublevaba contra el régimen sunita de Saddam Hussein; mientras que la población de origen kurdo continuaba con sus levantamientos.

En medio de este clima político, Irak invadió el emirato de Kuwait. Kuwait es un pequeño territorio que hacia 1989 contaba con sólo dos millones de habitantes, pero su escaso territorio es compensado por la riqueza

petrolera: en 1934, empresas británicas y estadounidenses habían organizado la Kuwait Oil Company que tranformó al país en el principal productor de petróleo del Medio Oriente. En 1961, si bien los intereses económicos anglobritánicos se mantuvieron, se organizó el primer emirato independiente. Se estableció una monarquía constitucional, aunque en la práctica el poder era detentado por el Emir y un estrecho grupo de familiares y allegados (que son, por otra parte, las familias más ricas del mundo). Desde 1989, comenzaron las tensiones con Irak, por el reclamo que Kuwait hizo sobre la isla de Babiyán en el Golfo Pérsico. Las tensiones se agudizaron de modo tal que Irak invadió Kuwait y lo anexó en agosto de 1990.

Ante la situación planteada, en 1991, una fuerza internacional integrada por los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Arabia Saudita inició las operaciones que condujeron a la derrota de Irak y al reestablecimiento de la independencia de Kuwait (febrero de 1991). La guerra significó para Kuwait grandes pérdidas materiales que afectaron la producción petrolera. Pero también la guerra fue el inicio de transformaciones internas. Tras la vuelta al poder del emir al-Jaber comenzaron una serie de movilizaciones internas que demandaban reformas de tipo democrático. De este modo, en julio de 1991, se debió reestablecer la Asamblea Nacional como órgano legislativo.

Cronología

1914 Tras el incidente de Sarajevo, en Europa estalla la guerra.

1917 En Rusia estalla la revolución bolchevique. Los Estados Unidos entran en la Gran Guerra.

1918 Alemania y Rusia firman la paz de Brest-Litovsk. En Rusia comienzan las medidas que configuran el "comunismo de guerra".

1919 El Tratado de Versalles rehace el mapa europeo.
En Milán se forman los Fasci Italiani di Combattimento.
En Alemania, el Congreso de Weimar establece la república.
La sublevación de los estudiantes en Pekín inicia un movimiento reformista.

1920 La caída de los precios afecta a los agricultores en los Estados Unidos.
Entra en vigor la ley que prohíbe el consumo de alcohol.

1921 En la URSS se inicia la Nueva Política Económica.
Se funda el Partido Nacional Fascista Italiano.

1922 Tras la "marcha sobre Roma", el rey Víctor Manuel III encomienda a Benito Mussolini la formación de un nuevo gabinete.

1923 En Alemania, la crisis económica alcanza su punto más agudo. En Munich estalla un golpe dirigido por Hitler que fracasa.

1924 La muerte de Lenin consolida en la URSS la posición de Stalin.
Tras el asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti, en Italia, se intensifican las acciones totalitarias del fascismo.
En China se organiza el Ejército Revolucionario, integrado por comunistas y nacionalistas.

1925 En la URSS, Eisenstein filma *El acorazado Potemkin* en conmemoración del aniversario de la revolución de 1905.

1927 En la URSS se inician las medidas económicas destinadas a la colectivización de la tierra y la industrialización intensiva.
En Estados Unidos son ejecutados los anarquistas italianos Sacco y Vanzetti.
En Francia comienza la acción de grupos pro-fascistas.
En China se produce la ruptura entre comunistas y nacionalistas.

1929 Se produce la caída de la Bolsa de Nueva York.
En Italia se firman con el papado los Tratados de Letrán que crean el Estado del Vaticano.

1930 Se inicia en los Estados Unidos una larga depresión económica que tiene efectos mundiales.

1931 En Gran Bretaña comienzan a implementarse políticas económicas proteccionistas.
El papa Pío XI publica la encíclica *Quadragesimo Anno.*
En España se implanta la República.

1932 En Estados Unidos es electo presidente el demócrata Franklin Delano Roosevelt quien inicia la política del *New Deal.*
En Alemania, el Partido NAZI se constituye en la segunda fuerza política.

1933 Hitler es designado Canciller de Alemania; comienzan las medidas antijudías.

1934 En Alemania, Hitler asume la presidencia; un plebiscito le otorga el título de Führer. Leni Reifenstahl filma *El triunfo de la voluntad,* documentando la concentración del Partido NAZI en Nuremberg.
Para huir de la persecución del gobierno nacionalista, los comunistas, dirigidos por Mao Tsetung, inician la "Larga Marcha".
Empresas británicas y estadounidenses organizan la Kuwait Oil Company que tranformó a Kuwait en el principal productor de petróleo del Medio Oriente.

1935 Italia ocupa Etiopía.

1936 Tras los "procesos de Moscú" son ejecutados disidentes del stalinismo.
En Estados Unidos, Charles Chaplin filma *Tiempos modernos.*
En Gran Bretaña, Maynard Keynes publica la *Teoría general del empleo, del interés y la moneda.*
Hitler y Mussolini forman el Eje Roma-Berlín. Se firma el Pacto Anti-Comintern con Japón.
En Francia se impone en las elecciones el Frente Popular que lleva a la presidencia al socialista León Blum.

En la República española triunfa en las elecciones el Frente Popular, el levantamiento del general Franco inicia la Guerra Civil.

1937 Estalla la guerra chino-japonesa.
Italia ocupa Abisinia.

1938 Hitler anexa Austria.

1939 Hitler invade Checoslovaquia. La invasión alemana a Polonia desencadena nuevamente la guerra mundial.
Tras una larga resistencia, la capitulación de Madrid pone fin a la guerra civil española.

1940 La técnica del *blitzkrieg* (guerra relámpago) favorece la rápida expansión alemana. Comienza la invasión a la URSS.

1941 En Alemania se decide la exterminación de los judíos.

1942 El ataque a Pearl Harbor incorpora a los Estados Unidos a la guerra.

1943 En Alemania comienza una crisis de producción.
Los aliados ocupan Sicilia. Mussolini es depuesto e Italia firma la capitulación, la invasión alemana repone a Mussolini como presidente de la República Social Fascista.
Roosevelt, Churchill y Stalin se reúnen en la Conferencia de Teherán.

1944 Distintas reuniones entre los representantes de los Aliados fijan las "esferas de intereses" en la Europa de posguerra.

1945 Roosevelt, Churchill y Stalin se reúnen en la Conferencia de Yalta.
Estados Unidos arroja la *bomba atómica* sobre Hiroshima y Nagasaki.
Termina la Guerra de los Treinta y un años.
Se funda la Organización de las Naciones Unidas.
Muere Roosevelt; el vicepresidente Harry Truman completa el período presidencial.
El Congreso Panafricano expresa la aspiración a la independencia.
Indonesia, bajo el liderazgo de Sukarno, declara la independencia.
Vietnam declara la independencia, comienza la guerra contra Francia.

1946 Comienza a registrarse el ascenso de los partidos comunistas en varios países europeos.

1947 La India, con el liderazgo de Gandhi, declara la independencia.
Roberto Rossellini filma *Roma ciudad abierta,* considerado un clásico del neorrealismo italiano.

1948 Estados Unidos pone en práctica el Plan Marshall para la reconstrucción de Europa occidental.
Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos inician las gestiones encaminadas hacia la unificación de Alemania. Comienzan las tensiones de la Guerra Fría.
En los países de Europa del Este se establecen sistemas centralizados y planificados de corte soviético.
Por las disidencias de Tito con Stalin, Yugoeslavia es expulsada del bloque comunista.

1949 La URSS produce su primera explosión atómica.

Se establece la República Popular China.
El Estado de Israel es reconocido internacionalmente.

1950 Se inicia la Guerra de Corea.
En Estados Unidos comienzan las campañas del macartismo.
Se forma la Organización Europea de Cooperación Económica.

1951 En Irán, triunfa en las elecciones Mossadeq, quien nacionalizará el petróleo.

1952 En Egipto estalla un golpe militar que establece la república.

1953 Finaliza la Guerra de Corea.
Tras la muerte de Stalin, en la URSS de consolida el liderazgo de Jruschov.
Asume la presidencia de los Estados Unidos el republicano Dwight D. Eisenhower.
En Irán, un golpe derroca a Mossadeq y otorga al Sha poderes absolutos.

1954 En Vietnam, los franceses son derrotados en Diem Bien Puh; el territorio queda dividido en dos regímenes.
Comienza la guerra de Argelia.

1955 La Unión Soviética organiza el Pacto de Varsovia, formalizando el "bloque oriental".

1956 La insurrección húngara es sofocada por las fuerzas soviéticas. Jruschov inicia la campaña de "desestanilización", destinada a introducir reformas en la URSS.
Comienzan movimientos independentistas en Sudán, Marruecos y Túnez.

1959 En Cuba triunfa la revolución encabezada por Fidel Castro.

1960 Comienza la guerra de Vietnam.
Se profundiza la crisis económica en la URSS.

1961 Comienza la construcción del Muro de Berlín.
En Estados Unidos llega a la presidencia el demócrata John F. Kennedy que inaugura un nuevo estilo político.

1962 Estalla la crisis de los misiles soviéticos en Cuba.
Francia reconoce la independencia de Argelia.

1963 El presidente Kennedy es asesinado; completa el período presidencial Lyndon B. Johnson.

1964 Se rompen las relaciones entre la URSS y China. Jruschov es destituido.
Después de la designación de Brezhnev se suspenden todos los intentos de reforma.
En Estados Unidos se garantizan los derechos civiles de la población negra.
Stanley Kubrik filma *El Doctor Insólito o cómo aprendí a no preocuparme y a amar la bomba,* sátira sobre la Guerra Fría.

1965 Comienza la Revolución Cultural china.

1967 Las tropas soviéticas en Checoslovaquia terminan con la "primavera de Praga".

1968 En Francia estalla la rebelión estudiantil.

1973 Comienzan a registrarse datos de la crisis del Estado de bienestar.

1974 En Estados Unidos se intensifica la acción de grupos ultraconservadores.
Tras el escándalo de Watergate, Nixon renuncia a la presidencia.

1976 Termina la guerra de Vietnam con la derrota de los Estados Unidos, que celebra el bicentenario de la independencia.
1979 En Irán se establece la República Islámica.
En Irak, llega al poder el líder militar Saddam Hussein.
1980 Fracasa una misión estadounidense destinada a rescatar a los rehenes en Irán.
Comienza la guerra entre Irán e Irak.
1981 El republicano Ronald Reagan llega a la presidencia de los Estados Unidos dispuesto a implementar el programa neoliberal. Grupos fundamentalistas lanzan campañas en el campo de la educación.
1983 El intercambio comercial de los Estados Unidos con los países del Pacífico supera al de Europa.
1984 Reagan es reelecto presidente de los Estados Unidos.
1985 Mijail Gorbachov es designado Secretario del Partido Comunista.
Reagan y Gorbachov se reúnen en Ginebra con el objetivo de limitar la carrera armamentista.
1986 Gorbachov plantea la necesidad de la "transparencia" (*glasnost*) como premisa para la "reconstrucción" (*perestroika*) de la URSS.
1987 Entre Estados Unidos y la Unión Soviética se firman tratados destinados a suprimir misiles.
1988 Se retiran las tropas soviéticas de Afganistán. Se afianzan los nacionalismos en los puntos más conflictivos de la URSS.
En los Estados Unidos, es electo presidente el republicano George Bush.
1989 Se retiran las tropas soviéticas de los países del Este. En Polonia, en las elecciones parlamentarias triunfan los candidatos del sindicato católico Solidaridad. Cae el Muro de Berlín.
1990 El ideólogo Francis Fukuyama anuncia "el fin de la Historia" al haberse quedado Occidente sin oponentes ideológicos.
Boris Yeltsin se afirma como líder de los sectores más renovadores, es electo presidente de la República Soviética Federativa Rusa, la más importante de la URSS.
Irak invade Kuwait, se inicia la Guerra del Golfo.
1991 Estalla la guerra entre Eslovenia y Croacia.
La Unión Soviética deja de existir.

Referencias bibliográficas

Anderson, Benedict (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.

Baines, Dudley (1979), "Los Estados Unidos entre las dos guerras, 1919-1941", en Adams, Willi Paul (comp.), *Los Estados Unidos de América*, Madrid, Siglo XXI, pp. 257-327.

Carr, Edward H. (1985), *1917. Antes y después*, Madrid, Sarpe, "Revolución desde arriba: la vía hacia la colectivización" y "Reflexiones sobre la industrialización soviética", pp. 121-155.

— (1993), *La Revolución Rusa: de Lenin a Stalin*, Madrid, Alianza, pp. 11-113.

Dietrich Bracher, Karl (1995), *La dictadura Alemana/2. Génesis, estructura y consecuencias del nacional socialismo*, Madrid, Alianza, cap. 7 "Movilización interna y oposición", pp. 64-152.

Finchelstein, Federico (ed.) (1999), *Los alemanes, el holocausto y la culpa colectiva. El debate Goldhagen*, Buenos Aires, Eudeba.

Furet, Francois (1995), *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, cap. 1 "La pasión revolucionaria", pp. 15-45.

Galbraith, John K. (1983), *El crac del 29*, Barcelona, Ariel, cap. IV "El crepúsculo de una ilusión" y cap. V "El crac", pp. 108-158.

Goldhagen, Daniel (1998), *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Madrid, Taurus.

Hobsbawm, Eric J. (1983), "Introduction: Inventing Traditions", en Hobsbawm, Eric J. y Ranger, Terence (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, pp. 1-14.

— (1995), *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, cap. 1 "La época de la guerra total", cap. 2 "La Revolución Mundial", cap. 8 "La Guerra Fría", cap. 9 "Los años dorados", cap. 13 "El socialismo 'real'", cap. 14 "Las décadas de crisis", pp. 29-61, 62-91, 229-259, 260-289, 372-399 y 403-431.

Mishra, Ramesh (1989), "El Estado de bienestar después de la crisis. Los años ochenta y más allá", en Muñoz de Bustillo, Rafael (comp.), *Crisis y futuro del Estado de bienestar*, Madrid, Alianza.

Nolte, Ernest (1996), *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*, México, Fondo de Cultura Económica.

—, "Sobre revisionismo" y Furet, Francois, "El antisemitismo moderno", en Francois Furet y Ernest Nolte (1998), *Fascismo y comunismo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Tannenbaum, Edward R. (1975), *La experiencia fascista. Sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*, Madrid, Alianza, cap. 5 "Socialización fascista y conformismo" y cap. 8 "Cultura popular y propaganda", pp. 159-201 y 283-331.

Thompson, Edward P. (1983), *Opción cero*, Barcelona, Crítica, cap. 7 "Más allá de la Guerra Fría", pp. 199-240.

Veiga, Francisco, Da Cal, Enrique y Duarte, Ángel (1997), *La paz simulada. Una historia de la Guerra Fría*, Madrid, Alianza, parte V "El miedo relegado", pp. 305-371.